

Alán Armando Cortés López  
Tania Hernández Basurto  
Coordinadores

#EntreCuentosNormalistas



Ediciones Normalismo Extraordinario





#EntreCuentosNormalistas



Alán Armando Cortés López  
Tania Hernández Basurto  
Coordinadores

#EntreCuentosNormalistas

Ediciones Normalismo Extraordinario

#EntreCuentosNormalistas

Primera edición, 2022

D. R. © 2022 Alán Armando Cortés López y Tania Hernández Basurto  
(Coords.)

D. R. © 2022 Griselda Aguirre Santos, Luis Enrique Angeles Torres,  
Auristela Benito Hernández, Jesús Eduardo Cruz Franco, Esmeralda  
García Coronel, Eddy Hernández Medina, Ivonne Michelle López Paz,  
María Fernanda Martínez Morgado, Francisco Javier Mártir Mártir,  
Valeria Ortiz Mauro, Marco Uriel Pérez Aradillas, Mariana Puga  
Colorado, Marco Antonio Rincon Morales, Elsa Arlet Salas Ortiz, Eva  
María Torres Zamorano.

D. R. © 2022 Ediciones Normalismo Extraordinario

ISBN: 978-607-8671-84-7

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad del autor o autores.



Andrés Manuel López Obrador  
**Presidente de México**

Delfina Gómez Álvarez  
**Secretaria de Educación Pública**

Francisco Luciano Concheiro Bórquez  
**Subsecretario de Educación Superior**

Mario Alfonso Chávez Campos  
**Director General de Educación Superior  
para el Magisterio**

Édgar Omar Avilés Martínez  
**Director de Profesionalización Docente**

Cuitláhuac García Jiménez  
**Gobernador del Estado de Veracruz**

Zenyazen Roberto Escobar García  
**Secretario de Educación**

Jorge Miguel Uscanga Villalba  
**Subsecretario de Educación Media Superior y Superior**

Gilberto de Jesús Corro Feria  
**Director de Educación Normal**

José Manuel Rodríguez Romero  
**Director de la Escuela Normal “Juan Enríquez”**

Arcadio Marcos Santiago  
**Director del Centro de Estudios Superiores  
de Educación Rural “Luis Hidalgo Monroy”**





# ÍNDICE

Presentación .....	11
INFANTIL .....	13
En el mundo de la imaginación .....	15
<i>Valeria Ortiz Mauro</i>	
El león y el zorro .....	21
<i>Eddy Hernández Medina</i>	
El sueño de Noa .....	38
<i>Jesús Eduardo Cruz Franco</i>	
Un deseo del corazón .....	43
<i>María Fernanda Martínez Morgado</i>	
¿Dónde está Shushus? .....	52
<i>Mariana Puga Colorado</i>	
La abuelita y sus nietas .....	64
<i>Auristela Benito Hernández</i>	
Mi tío José y su amigo Ramón .....	76
<i>Marco Antonio Rincón Morales</i>	
La familia de Mena .....	90
<i>Eva María Torres Zamorano</i>	
¿Quién es Juan? .....	99
<i>Marco Uriel Pérez Aradillas</i>	
Las misteriosas historias de mi abuelo .....	108
<i>Luis Enrique Angeles Torres</i>	

JUVENIL .....	119
Ojos noche .....	121
<i>Griselda Aguirre Santos</i>	
Brillante oscuridad .....	135
<i>Ivonne Michelle López Paz</i>	
El colibrí de Ana .....	158
<i>Elsa Arlet Salas Ortiz</i>	
¿La ha visto? .....	163
<i>Francisco Javier Mártir Mártir</i>	
Con fragancia a Sol .....	170
<i>Esmeralda García Coronel</i>	
<i>Sobre los autores</i> .....	184
<i>Sobre los ilustradores</i> .....	189

## PRESENTACIÓN

*Un libro, como un viaje, se comienza con inquietud y se termina con melancolía.*

José Vasconcelos

El libro que tienes en tus manos es el resultado de un taller virtual impartido desde la Dirección de Educación Normal: #EntreCuentosNormalistas, a las y los estudiantes de la Escuela Normal “Juan Enríquez” y del Centro de Estudios Superiores de Educación Rural “Luis Hidalgo Monroy”, cuyo propósito fue acompañar a las y los jóvenes en la creación literaria de textos que cumplieran con las características del género cuento, con el fin de su publicación.

A través de siete sesiones, una por semana, se construyeron los cuentos con temáticas infantiles y juveniles, a partir de los intereses literarios e inquietudes profesionales, con la particular visión de las y los futuros docentes del estado de Veracruz.

Parte importante de esta obra radica en el entusiasmo que el estudiantado tenía por la creación de sus textos literarios, pues algunos cuentos están redactados a partir de una necesidad por explicar a niñas y niños un hecho social o situaciones cotidianas, pero con una implicación emocional.

Sin duda, esta intención resulta de su formación académica, especialmente de su vocación por la enseñanza, debido a la adquisición de la responsabilidad como agentes de

cambio, característica inherente a la formación en las escuelas normales.

Además, los cuentos, como demostración artística literaria, funcionan como una alternativa para atraer, divertir y enamorar, así como un elemento primordial para mediar, desde las aulas de educación básica, el fomento de las literacidades: alfabetización inicial, comprensión lectora, entre otras.

De esta forma, la trascendencia de este libro radica en la enorme aportación artística de las y los estudiantes a través de las letras; cabe destacar el caso de cinco participantes que, además de escribir un relato, hicieron las ilustraciones para su texto. Asimismo, esas expresiones artísticas son acompañadas del talento de dos ilustradores que contribuyeron a enriquecer este libro.

Por ende, su lectura será una experiencia visual y emocional, pues los cuentos reflejan el sentimiento de las y los autores, quienes pusieron todo su corazón en la elaboración de sus escritos.

Solo me resta invitarlas e invitarlos a disfrutar de este libro, y que su lectura sirva para el descubrimiento personal, de nuevas formas de ver el mundo y, por qué no, como motivación para la propia exploración de la creatividad literaria.

Gilberto de Jesús Corro Feria  
*Director de Educación Normal*

**INFANTIL**



# EN EL MUNDO DE LA IMAGINACIÓN

*Valeria Ortiz Mauro*

*Ilustración: Andrés Rafael Menier León*

En un pequeño lugar para reuniones, se encontraba una gran cantidad de objetos de madera que tenían vida. Había juguetes, trompos, sillas, mesas, muebles y un sinfín de cosas que te puedas imaginar. Se consideraban como una gran familia por ser todos hechos de madera.

Se reunían todos los fines de semana para hablar de los problemas que habían tenido en su vida. En estas reuniones se escuchaban, aconsejaban y, como bien sabemos, externaban sus opiniones acerca de lo que eran expertos en hacer. Cada uno se mostraba muy emocionado cuando tenía que hablar de lo que le había sucedido durante la semana.

El representante era un pequeño carrito de madera, muy viejo y desgastado, quien, por sus incontables experiencias, podía dar muchos consejos. Él conocía muy bien a todos los que se encontraban allí, junto con su esposa, una yegua de madera muy bonita, pero con muchos años también. Debido a su importancia, ambos otorgaban los turnos, escuchaban, daban consejos y mantenían el respeto y el orden, para una buena convivencia.







En esta junta se encontraba un lápiz llamado Marco, quien asistía por primera vez a una de estas reuniones. Se enteró de ella gracias a un cartel que encontró en el camino mientras regresaba de la escuela. Aunque era un lápiz muy ocupado, se entusiasmó por hacer amigos, por lo que decidió ir.

Llegó el día. Entró al salón, observó y se sentó en la parte de atrás. Se encontraba escuchando muy atento a lo que decían cada uno de esos pequeños objetos.

De repente, lo voltearon a ver con extrañeza, pues todos ya habían tenido su turno para hablar, excepto él. Entonces, le preguntaron los representantes: “¿quién eres?, ¿qué haces cada día?, ¿cuál es tu especialidad?”.

Era normal que al ver a alguien completamente desconocido tuvieran mucha curiosidad, porque no sabían lo que hacía, y era algo nuevo ver a alguien así.

—¿Yo?—respondió asombrado.

Todos asintieron, incluso los organizadores de la reunión (los esposos), quienes le pidieron pasar al frente.

Marco obedeció y muy alegre respondió que él creaba mundos distintos al que ellos conocían, con tan solo su imaginación.

Pero todos se mostraron un poco confundidos y no lo podían creer. Marco se percató y emocionado les comenzó a platicar sobre lo que hacía:

Al iniciar cada día, me siento listo para comenzar a escribir historias. He escrito sobre hojas blancas mundos que ni siquiera se pueden imaginar.



Un día escribí una historia de guerreros muy valientes que intentaban salvar su tierra; pelearon intrépidamente porque unos monstruos gigantes querían quitársela y destruirla. Afortunadamente los guerreros ganaron.

Otro día me puse muy sentimental. Escribí la historia de una bella persona que siempre se sentía muy triste porque no sabía lo que era capaz de lograr; sin embargo, después de muchas situaciones, se dio cuenta de lo inteligente y creativa que era. ¡Vaya que me sentí conmovido!, y aprendí que todos somos especiales.

En otra ocasión, hablé de algo que me dejó temblando y muy temeroso. Era una historia de terror. Seguro que

no quieren escucharla, porque se trataba de un lápiz que se terminaba. ¡Ay, no, solo de pensarlo me dan escalofríos!

También me ha tocado escribir historias de números que se encuentran en grandes problemas, intentan buscar una solución, pero algunos cometen errores y todo se pone un poco más difícil. ¡No quisiera estar en su lugar! Y no me van a creer, pero un día no escribí, pero pude dibujar. ¡Fue grandioso!

¿Ahora pueden entenderme? Es tan fantástico lo que hago, todo lo que escribo lo puedo sentir, se queda plasmado en las hojas y más personas lo pueden ver.

Todos quedaron muy asombrados. Fue entonces cuando entendieron que Marco era muy especial, así como ellos, porque cada uno hace algo importante. Se sintieron muy conmovidos, pero a los que más les había impactado su vida fue a los organizadores, quienes recordaron experiencias pasadas.

El carrito de madera recordó con gran felicidad muchas de las carreras que hizo y los sitios que visitó cuando aún se encontraba en muy buen estado. De igual manera, la yegua de madera recordó las cabalgatas que realizó en los distintos lugares con sus amigos. Todos fueron momentos tan divertidos que han quedado en su memoria.

Ese día quedó grabado en los recuerdos de todos los presen-



tes. Debido a esto, pudieron apreciarse más a ellos mismos, tanto en las actividades como las cualidades de cada uno; le tomaron más amor a lo que hacían y vivían cada experiencia con mucha alegría.

Pasó mucho tiempo, Marco continuaba haciendo lo que le gustaba todos los días y asistía a las reuniones también. Había hecho muchos amigos. Sin embargo, un día, Marco se hizo muy pequeño y ya no podía escribir más; aun así, estaba muy feliz de todo lo que había hecho, pues sus trazos e historias las podían encontrar en una gran cantidad de libretas y libros.

Lo último que escribió Marco fue una nota dedicada para todos nosotros, recordándonos que cada uno puede continuar escribiendo historias con otro lápiz...



# EL LEÓN Y EL ZORRO

*Eddy Hernández Medina*

*Ilustración: Ma. Fernanda Martínez Rosales*

Esta historia se desarrolla en algún lugar de la sabana africana, donde todo, absolutamente todo, seguía su curso natural. Cada uno tenía definido su rol, desde las presas hasta los depredadores, así como alguno que otro animal externo. Todo era como se nos pinta en documentales o series de televisión.

Precisamente en este lugar se desarrolla la historia de un león llamado Arnold, con un ego que estaba más arriba de las mismas nubes. ¿Y cómo no estarlo?, si, además de ser un depredador fuerte y calculador por naturaleza, se sentía el superior de su manada. No conocía otro pasatiempo además de cazar o alardear sobre sus muchas hazañas (una que otra algo dudosa, pero nadie las cuestionaba). Fuera de eso, su rutina nunca cambiaba. Nadie le reprochaba nada y vivía solo para él; parecía tener la vida perfecta (aunque la soledad no siempre es la mejor compañía, ¿o no?). Después de un tiempo, los días se fueron tornando cada vez más aburridos para Arnold, llegando a un punto donde se preguntó si de esa forma iba a pasar toda su existencia.

—¿En verdad es todo lo que puedo hacer? ¿No hay nada más allá de lo ordinario? —pensaba el león.

Noche tras noche tenía las mismas incógnitas y no encontraba las respuestas, las cuales eran difíciles de obtener si no se buscan en las opiniones de otros. Un día se le ocurrió una

idea: ir más allá de las montañas. A este lugar no había ido otro animal. De esta manera, decidió salir de su zona de confort para ver si se volvía a sentir vivo.

Cuando estaba preparándose para el viaje, otros dos jóvenes leones, Kiba y Dan (fieles admiradores suyos), fueron a verlo, pues estaban preocupados porque ya casi no lo veían por el lugar.

—¿Está usted bien? Lleva días comportándose muy extraño. ¿Podemos ayudarlo en algo? —preguntó Kiba con voz nerviosa.



—Ustedes nada tienen que hacer aquí, que les valga lo que decido hacer con mi vida. ¡Largo! —contestó Arnold con una gran voz, casi gritando.

Ante esta pésima actitud, Kiba y Dan decidieron marcharse, pero no sin antes decirle que, si llegaba a necesitar algo, podía decirlo.

—No es malo pedir ayuda a otras personas, eso no significa que seas débil —dijo Dan, casi susurrando.

Dichas palabras dejaron pensando a Arnold, ya que no se explicaba esa reacción, pero pronto volvió al mismo pensamiento de siempre. Después de esta escena, el decidido león emprendió el viaje con el que buscaría darle un nuevo sentido a su vida (o al menos poder sentirse un poco mejor).

En algún otro lugar de la sabana se encontraba un zorro, de nombre Zack, corriendo a toda velocidad para escapar de una manada de hienas que buscaban saciar su gran apetito. Zack corrió como nunca, y después de haber recorrido un buen tramo, encontró un pequeño agujero en la pared de una montaña para esconderse. Esto significó un alivio muy grande, ya que de tanto correr estaba al borde de quedarse inconsciente y sus patas se encontraban hechas polvo. Haciendo uso de su gran agilidad, logró entrar en ese hueco y, cerrando los ojos, le rogaba a la vida que no lo encontraran.

—Si me encuentran estoy perdido —exclamó el ya muy agotado zorro—. No sé por qué la vida me trata así de mal.

Apenas había terminado de decir esto, cuando escuchó algunas pisadas, y ya se imaginaba de quién eran. Las endemoniadas hienas comenzaron a olfatear para dar con su paradero.



—Este es mi fin. Ya no puedo más, que pase lo que tenga que pasar —pensó muy nervioso el zorro.

Entonces, como si fuera un milagro, empezó a llover; esto hacía más complicado encontrar su olor, por lo que las hienas desistieron de la persecución y abandonaron el lugar muy decepcionadas (no aplicaron la de “el que persevera alcanza”). Zack no lo podía creer, después de tanto sufrimiento, por fin veía una luz de esperanza. Dejó que pasara la lluvia para poder salir y estirarse un poco. El pobre apenas podía ponerse de pie y decidió descansar un rato en ese lugar.

—¡Qué día tan difícil! Detesto lo que me ha tocado. Quisiera ser un ave para volar lejos de los problemas.

Una vez que repuso un poco de energía, siguió su camino. Sin embargo, apenas había avanzado unos cuantos metros cuando, para su mala suerte, encontró a otras dos hienas. Estas, apenas lo vieron, no lo pensaron dos veces y empezaron a perseguirlo.



—¿Por qué sigo corriendo? No tiene caso luchar, si la vida me trata tan mal.

Cuando pensaba en detenerse, chocó con Arnold (sí, el león del comienzo), quien, al ponerse de pie, se encontraba furioso.

—¿¡Qué te pasa!?! No sabes con quién te metiste.

—No puede ser. De mal en peor —pensó Zack.

Antes de que Arnold intentara agredirlo, se percató de que detrás de él venían las dos hienas, pero, al ver la imponente presencia del león, mejor decidieron irse. Esta reacción hizo sonreír a Arnold y alimentó su ego. Después de esto, y sin decirle nada al zorro, Arnold dio la vuelta y siguió su camino.

Zack pensó por un momento que, si seguía viajando solo, lo más probable era que las hienas o algún otro depredador acabarían con su vida. Así que, armándose de valor y sin muchas expectativas, se acercó a león, quien se molestó y le dijo que se apartara de su camino.



—¿Qué te pasa? Por lo visto no tienes muchas ganas de vivir —le dijo el león.

—La verdad, tengo motivos, pero me gustaría seguir intentándolo; a lo mejor existe algún lugar en donde pueda sentirme como en casa, sentirme alguien.

Ante esto, Arnold se quedó sin palabras, y por un momento se sintió identificado, pues sentía algo similar, a pesar de estar en distintas situaciones. Después de meditarlo, el león llegó a la conclusión de que le podría ser de utilidad más adelante, ya sea por su pequeño tamaño o para saciar su hambre, así que accedió a que el zorro lo acompañara. Zack no podía sentirse completamente feliz, pues desconfiaba de Arnold; tampoco sabía con exactitud a dónde se dirigían, pero ya se encontraba más tranquilo. Antes de continuar, el león le dejó en claro que si descubría que se quería aprovechar de él o que todo era una trampa planeada con las hienas, no dudaría en acabar con su vida. Además, le advirtió que debía conservar su distancia, ya que no estaban en el mismo nivel. Zack no le prestó importancia a esto, porque lo único que quería era seguir adelante.

De esta manera, emprendieron el viaje. Aunque ya habían pasado algunos ríos, encontraron uno más grande, cuya corriente era más intensa y de mayor profundidad. Al notar que el león no se detenía, Zack se preocupó.

—Creo que deberíamos buscar otra ruta. Este río se ve muy peligroso para poder cruzarlo.

—¡No seas cobarde! Una simple corriente de agua no significa nada para mí.

El zorro seguía insistiendo en que no era buena idea, pero el león lo ignoraba. Ante esto, Zack decidió ponerse fren-

te a Arnold, negándole el paso. Esta acción molestó al león, pues la consideró como una burla y una obvia falta de respeto, por lo que empujó a Zack con su pesada pata y lo quitó del camino.

—No entiendo en qué momento llegué a pensar que me serías útil, solo me retrasas —dijo el león.

—El tonto soy yo, por pensar que viajar contigo haría mi vida más tranquila.

Después de este inconveniente, Zack dio media vuelta y empezó a caminar en sentido contrario, mientras Arnold, con una gran determinación, continuó con su camino solo para demostrar que estaba en lo correcto.

—¡Qué lástima me da ese zorro! Mira que tenerle miedo a una simple corriente de agua. ¡Tonterías! —exclamó el confiado león.

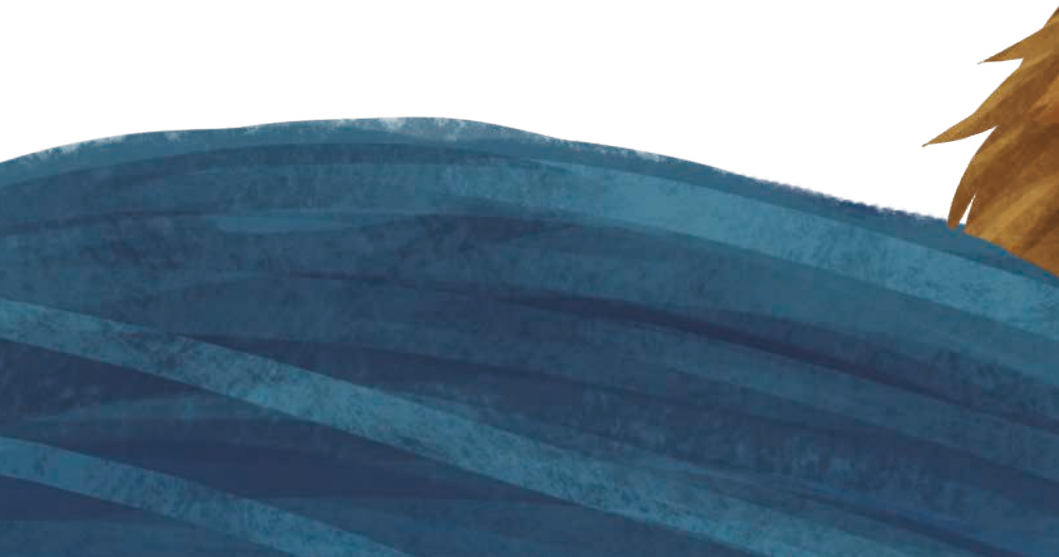


Poco a poco fue entrando al río, cuando de pronto...  
¡splash!

En cuestión de segundos, el león había desaparecido por completo. Instantes después, apenas alcanzó a sacar la cabeza para tomar aire con movimientos bruscos. La corriente era muy fuerte y no tenía nada cerca para sostenerse; además, el río era tan profundo que no podía tocar el suelo con las patas. Desconcertado y sin saber qué hacer, Arnold se sentía más desesperado conforme pasaban los segundos.

—No entiendo qué pasó. El agua no parecía muy profunda, debí haber caído en un desnivel por error. ¡No puede ser! Es imposible que ni siquiera pueda mantener la dirección —pensó el león—. Tengo que hacer algo, pero ya. Si esto sigue así, agotaré todas mis fuerzas y si eso pasa nada evitará que me ahogue.

Pasaron los minutos y el pobre león seguía a la deriva en ese río que parecía no tener fin. Arnold se debilitaba poco a poco. La lucha por respirar se volvía cada vez más dura e imposible de ganar. Unos metros más adelante, se percató de que había una gran roca y pensó:



—Si logro darle dirección a mi cuerpo, aprovechando la corriente, podré detenerme en esa gran roca y esta penosa situación habrá terminado.

Utilizando algo de las pocas fuerzas que le quedaban, Arnold fue empujando su cuerpo para que diera con la roca, sin importarle el daño que esta le podría hacer.

—La corriente me está empujando muy fuerte; esto dolerá, pero no importa. Esto es insignificante para mí —exclamó Arnold, que se repetía estas palabras para armarse de valor.

A lo lejos se escuchó el sonido de un golpe muy fuerte. Muchos animales se quedaron pasmados al no saber qué era lo que pasaba y preguntándose qué pudo haber ocasionado tal impacto. Uno de los animales que habían escuchado el fuerte sonido era Zack, que suponía de lo que se trataba. Rápidamente se dirigió al lugar del impacto, que se encontraba algo lejos.

—No se si esté en lo correcto, pero por donde se escuchó el estruendo recuerdo que hay un río igual al que nos topamos antes. ¿Será el mismo?



Corriendo lo más rápido que le permitía su lastimado y cansado cuerpo, se estaba acercando cada vez más hasta que, para su mala suerte, se encontró con las dos hienas que anteriormente lo habían estado persiguiendo. Sin pensarlo, empezó a correr y una nueva persecución había comenzado; pero ¿cuánto podría durar?

—Otra vez en la misma situación que trataba de evitar. Debí seguir mi camino.

La persecución se extendió un buen rato y cuando se estaba quedando sin fuerzas, el zorro vio un risco que daba directo a una caída de varios metros.

—Creo tener una idea, aunque no estoy seguro de que funcione.

Las hambrientas hienas aumentaban más y más su velocidad, desconociendo a dónde se estaban dirigiendo; mientras que el zorro, de manera muy inteligente, la iba disminuyendo. Cuando estaban a punto de llegar al final del risco y le estaban tocando la cola con sus filosos dientes, el zorro, haciendo uso de su agilidad, hizo un movimiento tan veloz a su lado izquierdo que una de las hienas se fue de largo y cayó al precipicio, donde encontraría su final; sin embargo, la otra hiena, que venía dos metros más atrás, apenas y alcanzó a cambiar de dirección, y se impactó con Zack. Debido a esto, ambos comenzaron a rodar hasta que sus dos cuerpos se encontraron colgando del risco, pues Zack, de manera milagrosa, alcanzó a sostenerse; pero no estaba del todo bien, la astuta hiena se negaba a morir y se aferró con sus dientes a la cola del zorro, que sentía un gran dolor, pero estaba decidido a no soltarse.

—Piensa, Zack, piensa, ¿qué puedo hacer en esta terrible situación?

Cuando comenzaba a resbalarse, volteó hacia abajo y notó una base de piedra. Entonces, si lograba dar un salto para atrás con la suficiente fuerza, la caída podría hacer que la hiena lo soltara.

Armándose de valor, brincó para atrás mientras la hiena no entendía qué estaba haciendo y del susto le soltó la cola unos momentos. Zack aprovechó para darle una patada e hizo que la hiena finalmente cayera del risco, mientras el intrépido zorro lograba mantenerse de pie. Esperó unos minutos en lo que recobraba sus fuerzas para escalar y subir a la cima del risco. Seguía sin creer lo que había pasado, pero se sentía feliz por haber salvado su vida, aunque su cuerpo seguía resintiendo los daños causados por las ya fallecidas hienas.

—Nunca pensé que mis dos repentinos planes funcionaran tan bien. A lo mejor eso es lo que me faltaba, confiar más en mis capacidades y no vivir con miedo a lo desconocido.

Después de decir esto, recordó a dónde se dirigía.

—¡Es verdad, tengo que apurarme y ver si el molesto león se encuentra bien!

Mientras tanto, el león, anteriormente noqueado por el impacto, apenas recuperaba conocimiento.

—¿Qué ha pasado? No puedo creer que me haya quedado noqueado tanto tiempo. El impacto fue más fuerte de lo que pensé. Creo que me he lastimado el pecho y una pata, pero al menos me he conseguido salvar. Esta será otra interesante historia que podré contar, ja, ja, ja.



Sin embargo, esto se encontraba lejos de terminar. La roca comenzó a moverse poco a poco, cuando de pronto, con todo y roca, el pobre león volvió a ser arrastrado por la corriente del río.

—¡Diablos! No puedo hacer nada para mantenerme firme. Si no fuera por la roca, estaría muerto. No sé cuánto tiempo más podré sostenerme.

Después de muchos minutos, el orgulloso león se estaba quedando sin aliento.

—Nunca pensé que todo terminaría así. Siempre imaginé que caería peleando, pero esto es más que humillante. Qué más da, a fin de cuentas, no creo que esto le importe a alguien.

En estos instantes, Arnold se había resignado y empezó a reflexionar sobre lo vivido hasta ahora. Comprendió que no había hecho bien las cosas. Nunca escuchó a los demás y siempre se preocupó por él mismo y por sus intereses.

—Quién lo diría. Si le hubiera hecho caso a ese molesto zorro, ahora mismo estaría más cerca de mi destino. Es gracioso, nunca me tomé el tiempo de preguntarle su nombre, pero, en fin, a donde voy eso ya no sirve de nada.

Cuando cerraba los ojos, escuchó una voz que se acercaba cada vez más. Era nada más y nada menos que Zack. Debido a que la corriente arrastró al león río abajo, le fue más fácil llegar a él. Sin embargo, el problema seguía siendo el mismo: ¿cómo un pequeño, cansado y lastimado zorro podría detener una gran roca con un león enorme arriba de ella? Sumándole el hecho de que el río era muy hondo y veloz. Si entraba, sufriría el mismo destino que Arnold. Entonces, notó que a lo lejos se encontraba una pequeña montaña con un árbol inclinado,

que daba exactamente a donde pasaría el león. Corriendo con todas sus fuerzas y con las patas lastimadas pudo llegar antes que Arnold, y con la misma velocidad que llevaba se lanzó hacia el árbol para hacerlo caer, pero este no se movió. Siguió intentando, pero no lograba nada. En eso, se percató de que la solución era escarbar un agujero y así poder desestabilizar más la base del fuerte árbol. Por fin consiguió tirar el árbol. El estruendo despertó al ya inconsciente león, que, al ver lo que hizo Zack, entendió su plan. Al llegar a donde estaba el árbol, Arnold, ignorando el inmenso dolor que le había provocado el golpe anterior, pegó un brinco, cayendo encima de él; pero no contaba con que lo partiría en dos, haciendo que una de sus partes fuera arrastrada por el río; y la otra, a la que estaba aferrado el león, apenas y se mantenía en tierra. Al notar esto, Zack dio un brinco para poder llegar y con toda la seguridad del mundo extendió su pata para intentar rescatar al león.

—¡Toma mi pata rápido! Te ayudaré a salir de ahí.



Arnold seguía sin confiar en las palabras del zorro, pues seguía creyendo que era demasiado débil, y pensó que, si lo hacía, también terminaría sucumbiendo ante la intensidad de las corrientes del río.

—¿Estás loco? Si intervienes, tú también morirás. Sería un desperdicio. ¡Aléjate de aquí!

—Me parece gracioso que alguien como tú se preocupe por alguien como yo, mejor cállate y haz un esfuerzo.

El león se encontraba totalmente sorprendido. Nunca pensó que el zorro regresara después de lo que pasó, y mucho menos que tuviera tanta fuerza.

—En verdad me has dejado más que sorprendido, pequeño zorro. Nunca pensé que fueras capaz de tanto. Ahora yo soy el animal indefenso.

—¡Cállate ya y haz algo tú también!

Arnold, haciendo su máximo esfuerzo, apenas se podía despegar unos centímetros del tronco para sostener la pata de Zack. Cuando parecía que por fin se acabaría la pesadilla, la otra parte del tronco se estaba soltando también. Ya no había tiempo, tenían que salir de ahí cuanto antes.

Zack tiraba y tiraba de la pata de Arnold, pero no podía moverlo. Después de esta larga travesía, sus músculos estaban hechos polvo.

—¡Diablos!, me he quedado sin fuerzas y, por lo que veo, él tampoco puede hacer algo más. Si esto sigue así, será nuestro final.

Arnold, al ver que el intento de rescate era en vano, volvió a dejarse caer sobre el tronco.

—Déjame ya, muchacho. Es el fin.

Zack ignoró estas palabras y cuando todo parecía estar terminado para los dos, sintió que alguien lo tomó de la espalda. Al voltear, se dio cuenta de que eran muchos animales pequeños, como ciervos, cebras y hasta roedores, que, al ver la situación, decidieron ayudar. De esta manera, tiraron con fuerza de la espalda de Zack y entre todos lograron traer al león de vuelta a tierra firme, donde pocos segundos después el resto del tronco desapareció en la corriente del río.

Una vez en tierra y después de unos minutos, Arnold se volvió a levantar.

—Esto sí que no se ve todos los días. ¿Por qué si soy un depredador desalmado me han ayudado?

—No lo hicimos porque nos agrades. De hecho, seguimos desconfiando de ti, pero nos conmovió la valentía y determinación que mostró el zorro, y supusimos que, si luchó de esa forma por salvarte, entonces no eres tan malo —dijo Lucas, un pequeño ciervo.

—Te equivocas, pequeño animalito. En realidad, solo vivo para mí, para satisfacer mis necesidades y sin importarme nada. A decir verdad, estoy tan sorprendido como ustedes. Por cierto, ¿por qué me has ayudado zorro?

Zack, que apenas se estaba reponiendo de un día tan pesado y loco, meditó unos momentos su respuesta.

—La verdad es que ni yo mismo sé con exactitud la respuesta. Supongo que fue porque me salvaste de las hienas; además, cuando tuvimos aquel altercado, pudiéndome golpear con toda tu fuerza y usando tus enormes garras, no lo hiciste, te contuviste y fue solo un empujón.

—Supongo que no soy tan despiadado, después de todo, ja, ja, ja.

Ambos fueron atendidos por los demás animales, que les proporcionaron agua y un lugar en donde descansar sin el temor de que llegara algún depredador. Así pasaron aproximadamente dos días, en los que apenas y cruzaron palabras para preguntar una u otra cosa insignificante. Los dos se habían recuperado casi por completo; por lo menos ya podían caminar. Era el momento de irse.

Zack, pensando que el león no iba a querer que lo acompañara, emprendió primero su marcha. Sin embargo, después de unos metros, se escuchó una voz que lo llamaba, era Arnold.

—¿En verdad piensas irte solo? Porque no sería tan malo tener un compañero de aventuras; además, has comprobado ser realmente fuerte y astuto, hasta te compararía con otro león.

—No esperaba eso de ti, pero debo decir que en estos días que hemos interactuado no me has parecido tan malo como al principio; solo que, en esta ocasión, mi destino es diferente al tuyo. Quiero regresar a mi hogar y hacer una vida ahí.

—Entiendo lo que dices y lo respeto. Creo que ambos buscábamos lo mismo: encontrar un lugar en donde estar, nuestro destino.

—Tal vez más adelante nos volvamos a encontrar. Solo espero que sea en mejores circunstancias, ja, ja, ja.

Dicho esto, cada uno tomó caminos opuestos. Ante esto, Zack volteó hacia atrás y dijo:

—¿Cuál es tu nombre? Pasamos un infierno juntos y es gracioso que no me lo sepa todavía.

—Me llamo Arnold —respondió con una sonrisa. ¿Y el tuyo?

—Soy Zack.

Después de unas horas de haber meditado lo que había pasado, Arnold se dio cuenta de que en realidad la respuesta que siempre había buscado estaba frente a él. Recapitó sobre sus actos y descubrió que la amistad, el compañerismo y la bondad son el tesoro maspreciado que puede existir. Alejándose hacia el horizonte regresaba a casa emocionado, pero no de contar lo que había pasado, si no porque desde ese día se había prometido cambiar y tratar mejor a todos, esperando a que algún día sus caminos se vuelvan a encontrar.



## EL SUEÑO DE NOA

*Jesús Eduardo Cruz Franco*

*Ilustración: Andrés Rafael Menier León*

Era una nueva mañana, la luz que salía de ese círculo a lo lejos iluminaba mi cara. Siempre que despierto, el verlo me hace sentir una calidez y alegría para comenzar mi día. Ver a mis padres, ir con mis amigos y salir a explorar el arrecife es lo que suelo hacer. Aunque el arrecife es muy grande, ya lo he explorado todo, por eso he tenido la curiosidad de saber qué hay allá afuera, en el océano, y más lejos, fuera de él.

Al arrecife solían llegar, a menudo, peces y otras criaturas marinas que migraban. Siempre contaban sus historias y todos acudíamos a escucharlas, pues eran fascinantes. Eso me motivaba a salir a explorar, pero las corrientes marinas son peligrosas y el gran océano también.

Un día, al regresar a casa, mis padres me tenían un pastel de cumpleaños, y al soplar las velas solo pedí un deseo: tener la oportunidad de salir del arrecife. Aquella noche fui a dormir como siempre y tuve un sueño que pareció muy real.

Al principio, sentí una corriente de agua, aunque era muy extraño que llegara tan cerca, no le tomé importancia. Abrí los ojos y noté que me encontraba muy lejos de mi hogar, así que decidí nadar de regreso, pero la noche no me dejaba ver el camino. Esto me hizo chocar con la casa de alguien, pero extrañamente, en lugar de lastimarme, solo la

atravesé. Vi que era la casa uno de mis amigos y podida ver imágenes sobre sus cabezas, ¡eran sus sueños! Mi amigo soñaba que estaba en una carrera, pero cuando traté de hablarle terminó y perdió por su distracción. Después de eso me disculpé. Confundido, traté de olvidar lo ocurrido y seguir mi camino a casa; sin embargo, otra vez terminé atravesando la pared de otra casa y sucedió lo mismo. Aunque no parecía una coincidencia, seguía incrédulo ante tales sucesos.

A pesar de lo ocurrido, pensé que en un sueño así sería divertido controlar tu propio sueño para imaginar que avanzas más allá. Para mi suerte, un círculo menos brillante que el que aparece en las mañanas salía a lo lejos y, aunque su luz no era tan resplandeciente, podía iluminar el cielo.

Por fin soñé que salía del arrecife. Algo en mi interior me decía que fuera a donde se escondía por las tardes el círculo más brillante, así que lo hice. En el camino, lo primero que encontré fue algo fantástico, un gran pez que tenía el tamaño de la mitad de todo el arrecife. En sus sueños, pude observar sus planes para recoger a un grupo de peces que ya se había reproducido; él tomaría su parte y





los protegería de los tiburones, pues sabía que, por su gran tamaño, no se le opondrían. Aunque era muy codicioso, sabía que no necesitaría más de ese cardumen.

Más adelante me topé con uno de esos tiburones. Sus grandes dientes me intimidaron, pero sus sueños eran aún más aterradores. Recuerdo que algunos viajeros relataron historias de cómo algunos tiburones se comían a los más pequeños por su competencia, y los sueños de este tiburón me lo confirmaron. ¡Esta parte pareció más una pesadilla que un sueño!

Después me encontré con todo un cardumen, sus sueños eran similares entre ellos, y se parecían a muchas formas de vivir de los peces de mi arrecife. Algunos soñaban con recolectar más comida de lo usual, otros se conformaban con lo que tenían. Solo pensaba en por qué ninguno se preocupaba de sus depredadores.



Mi viaje se vio frustrado cuando me encontré con una gran isla que parecía no tener fin, ni siquiera podía rodearla. A lo lejos solo veía algo parecido al coral, pero de un color verde con bases cafés; entonces, algo pasó encima de mí, pero sobre el mar. Nunca había visto algo así, era de color blanco con algo naranja saliendo de su cara, y dos aletas muy largas que extendía en el cielo. Cuando salté para verlo más de cerca, en lugar de caer, solo seguí flotando, aunque estaba sorprendido, sabía que seguía siendo un sueño, así que no hice preguntas.

Conforme avancé, encontré a una criatura con enormes colmillos que tenía cuatro patas y era de color amarillo. Su sueño era sobre cuidar a otras criaturas que llamaba cebras y repartírselas. Fue sorprendente que no pensara igual que esa ballena o el tiburón. Otra enorme criatura, también de cuatro patas y una enorme nariz, soñaba con proteger a

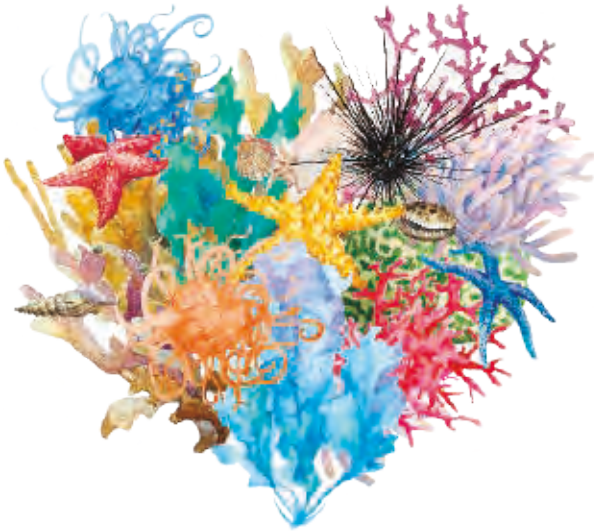


otros más pequeños; pero había otro grupo de criaturas que, pese a que era de noche, estaban despiertas; además, hacían mucho ruido en lugar de dormir, por lo que no quise acercarme.

Conforme avanzaba, me aproximaba más a ese círculo brillante. Su luz cálida podía sentirla más y más cerca. Sin embargo, cuando parecía que la alcanzaba, vi cómo mis aletas y después todo mi cuerpo se desvanecían mientras mis ojos se cerraban profundamente. De un instante a otro desperté de nuevo en mi casa, pues el sueño había terminado.

Al salir en la mañana de mi casa, uno de mis amigos me dijo: “no te metas más en mis sueños”.

FIN



## UN DESEO DEL CORAZÓN

*María Fernanda Martínez Morgado*

*Ilustración: Andrés Rafael Menier León*

Cuentan que, hace mucho tiempo, en un lejano pueblo habitaba una familia de pájaros Torlón. Eran imponentes aves coloridas; verlos volar y lucir sus plumas e inmensas alas era un espectáculo impresionante. Pero su belleza no era todo, se creía que las plumas de aquellos bellos pájaros tenían el poder de concederte el más grande deseo de tu corazón.

*¿Te imaginas qué maravillosos eran estos pájaros? Por supuesto, esto hizo que todos quisieran tener un pájaro Torlón.*

Se decía que ellos te observaban y podían saber cuándo necesitabas su ayuda y, sobre todo, cuándo merecías una de sus plumas. Iban por la vida cumpliendo deseos que salvaban vidas, llenaban de dicha y felicidad o mejoraban el futuro de la humanidad.

Todo era perfecto, todo era increíble, hasta que un día, una pluma llegó a las manos equivocadas.

Esta historia comienza con la llegada de Berlín, un egoísta y ambicioso rey de avanzada edad. Junto con él, su joven



serviente Denol, un muchachillo que desde pequeño entregaron al rey para no hacerse cargo de él. Denol llevaba una vida triste por los malos tratos de su rey, viviendo siempre a las sombras de la alteza.

El viejo rey conocía la leyenda de los Torlón y tan rápido como llegó, ordenó a los sirvientes que le comunicaran a todo el pueblo que, quien le trajera un pájaro Torlón, sería recompensado con tierras y demás riquezas para su familia.

*¿Quién no quisiera riquezas para su familia?, ¿verdad? Lo que no sabían, es que esto se convertiría en un completo caos.*

A la mañana siguiente, todos los hombres del pueblo fueron en busca de tan deseada ave. Entre los intentos de encontrar alguna, cientos de pájaros bellos y coloridos fueron cazados, confundiéndolos con un Torlón. Se escucharon tantos disparos como en una guerra, pero nadie entregó el ave que anhelaba el rey. La noche llegó y todos estaban muy cansados.

*¡Cómo no!, si pasaron el todo el día disparando.*

Por otra parte, Denol, que también estaba agotado de servir el día entero al rey Berlín, decidió escapar para conocer un poco del bosque que rodeaba al pueblo. Durante su caminata, reflexionaba sobre su vida y se sentía tan mal de estar siempre encerrado y servir a Berlín.

*¿Crees que era vida lo que él llevaba? No tenía amigos y tampoco alguien con quién salir.*



Denol se echó a llorar sumergido en su soledad. Mientras sus lágrimas caían sobre su rostro, un frío viento sopló en el bosque. De pronto, un enorme y precioso pájaro con plumas de colores se postró frente a él. Era un pájaro Torlón, uno de los más viejos de la familia. Se acercó al muchacho y le dijo:

—Ya no llores más. Hace tanto que no te veía. ¿Ya no te acuerdas de mí?

Denol estaba pasmado, se encontraba frente a un inmenso e imponente pájaro Torlón.

*¿Podrías imaginarlo? Todo un pueblo buscando a un Torlón y un simple sirviente como Denol estaba frente a uno.*

—Disculpe, señor pájaro, yo... nunca lo había visto. Mi nombre es Denol —contestó tímidamente.

—Mmm... eres idéntico a un joven —respondió el pájaro— que venía todas las noches a escucharnos cantar. Nos traía comida y nos ayudaba cuando sufríamos una herida. ¡Oh, se llamaba Berlín!

—¿Berlín? Así se llama mi rey. Pero no pudo haber sido tan bueno. Él no tiene corazón, no puede pensar en alguien más que en él mismo.

—Su corazón está lleno de rencor desde el día en que nuestros dones cumplieron su deseo —respondió triste el pájaro.

—¿¡Entonces, usted conoció al rey Berlín!? ¿Cómo pudo ser tan bondadoso con ustedes y luego pedir a todo un pueblo cazarlos?





—Verás, mi querido Denol. Hace mucho tiempo, todo en este pueblo era diferente. Podíamos salir y volar a plena luz del día. Todos disfrutaban de nuestros cantos, de nuestros vuelos y, algunos afortunados, de cumplir sus anhelos. Berlín estaba encantado con nosotros. Descubrió el árbol donde nos refugiábamos y traía comida para toda mi familia. Poco a poco ganó nuestra confianza y también nuestro cariño. Pero un día, nos pidió cumplir su deseo del corazón. Al haber sido tan bueno con nosotros, decidimos otorgarle una de nuestras plumas sin pensar, o al menos preguntar, qué es lo que deseaba.

—¡Dígame, señor pájaro! ¿Cuál fue el anhelo del rey Berlín? —preguntó Denol con desesperación.

El pájaro Torlón dudó un poco en contestar, pero al ver a Denol tan confundido, decidió contar el resto de la historia.

*¿Tienes una idea de cuál fue su anhelo? Pues resulta que Berlín era un niño muy feliz, hasta que su padre, en una noche de Navidad, le dijo que tendría un hermano.*



—Nosotros lo notábamos extraño — dijo el pájaro Torlón—, sentíamos que estaba preocupado. Fue entonces que se me ocurrió regalarle una de mis plumas. Yo solo quería volver a verlo feliz ¿Quién no estaría alegre de cumplir un deseo del corazón?

Es aquí donde comienza la verdadera historia. Esa misma noche, Berlín, desde la esquina de su cuarto, pidió a la pluma que cumpliera su anhelo. La habitación rápidamente se convirtió en una boca de lobo; todo daba vueltas y se escuchaban voces, voces extrañas. Berlín sintió miedo, pero también una gran satisfacción al saber que el mundo jamás sabría que él pudo haber tenido un hermano. Al despertar de ese oscuro sueño, corrió a ver a su madre y como era de esperarse, el bebé jamás existió.

—Recuerdo verlo venir con una enorme canasta de comida; se reía a carcajadas, jugó con todos y hasta construyó algunas casas para otros pájaros. Sabía que mi pluma lo había hecho sentir contento. Pero fue al finalizar el día que decidí preguntarle cuál había sido su deseo.

En ese mismo instante, después de confesarle al pájaro su deseo del corazón, toda la familia Torlón se hundió en una profunda tristeza. Uno de ellos, enojado por lo que había deseado, enfrentó a Berlín y lo condenó a vivir una vida triste, aunque llena de riquezas, una vida en la que siempre vería el rostro de su hermano al despertar.

—Denol —dijo nervioso el pájaro—, el día en que fue condenado Berlín, fue el mismo día en que tú llegaste al palacio. Tú naciste con el rostro de su hermano y, al ser su sirviente, todos los días tiene que acordarse de lo que su corazón deseaba. Por esta misma razón te pareces a Berlín.

—¿¡Por qué yo!?, ¿¡por qué yo!?! —exclamó Denol, llorando desconsoladamente—. He nacido para hacer cumplir la condena de mi rey, pero, al mismo tiempo, también me han

condenado. Ahora entiendo sus malos tratos y lo desdichada que ha sido mi vida.

Denol estaba furioso, triste y confundido. En ese momento, lo último que quería era ver su propio rostro; aquel rostro que lo había hecho sufrir toda la vida. De repente, se desplomó en el suelo. Al despertar, en la oscuridad de la noche, logró ver algunos pájaros y animales muertos en la caza. Era una escena intolerable.

*¿Qué habrá pasado por la mente de Denol en esos instantes? ¿Qué habrá sentido al escuchar aquella verdad?*

De un momento a otro, Denol se reincorporó. Observó detenidamente su alrededor y, entre las hojas secas de los árboles, encontró una piedra un poco afilada y un grueso tronco. Tomó discretamente la piedra y la acercó a su rostro. Casi lograba rasgar su mejilla, cuando el pájaro Torlón se aproximó a detenerlo, pero Denol lo golpeó fuertemente.

—Todo es culpa de sus poderes; de sus bellas plumas coloridas y de la magia existente en ellas —gritó Denol frenético con el tronco en su mano—. Los anhelos del corazón en esta historia no han sido buenos, y tampoco lo será el mío.

Arrancó, no una, decenas de plumas coloridas del pájaro Torlón. Las guardó rápidamente en su bolsillo y se dirigió al palacio. La noche se hizo día y Denol no durmió pensando detenidamente cómo se vengaría. En la mañana, las plumas aparecieron en diferentes lugares del pueblo, llegando a manos equivocadas, cumpliendo deseos buenos y algunos no tanto. De este modo, en la vida hay deseos que han sido cumplidos y que

tal vez nunca debieron ser pedidos, pues lastiman a personas inofensivas, así como a Denol.

Cuentan que el joven sirviente se quedó con una última pluma. Y en una silenciosa noche se dirigió a la habitación del rey.

—En esta historia intercambiamos papeles. Cumple tu condena viendo el rostro de tu hermano cada vez que desees mirarte al espejo. Yo seré tú y tú serás yo —dijo Denol.

*Y tú, estimado lector, ¿qué desea tu corazón?*

FIN

# ¿DÓNDE ESTÁ SHUSHUS?

*Mariana Puga Colorado*

*Ilustración: Mariana Puga Colorado y Andrés Rafael Menier León*



—¡Shushus!, bishi, bishi, bishi, ¡ven, gatita! —gritaba Sofía.  
Y aunque pasaran noches y días, la espera seguía.



Ni en la sala ni en la cocina,  
solo su comida y una bola de estambre,  
porque, la muy ladina,  
podía pasar días con hambre.

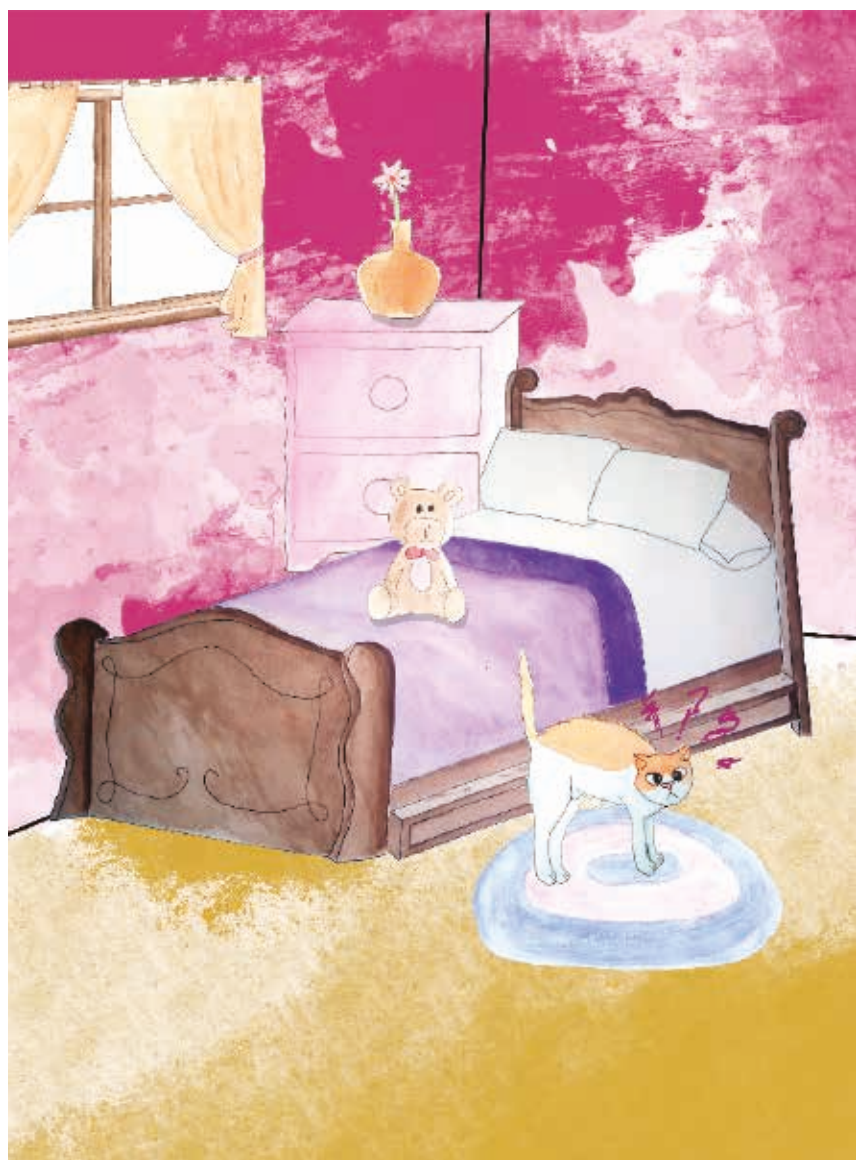


La tercera noche sin Shushus transcurría,  
pero antes de dormir,  
un deseo a Sofía se le ocurría:  
ver a su gatita y ya no dejarla ir.





De pronto, algo había ocurrido,  
Sofía en gata se había convertido.



Ahora veía un mundo diferente,  
de blanco y negro, criaturas raras y olores atrayentes.

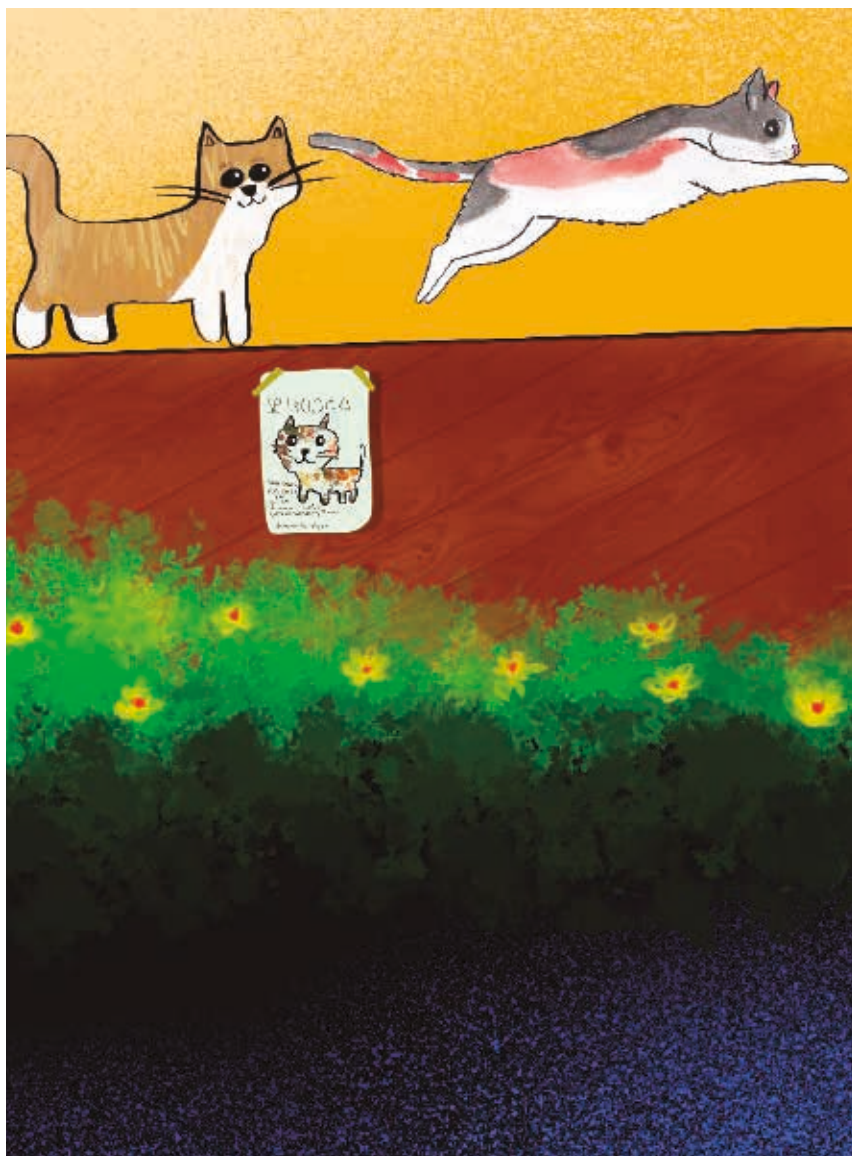


Ahí, en ese mundo raro, estaba su gatita.  
Podían hablar y entenderse, pero de cerquita.



Shushus dijo: “vamos, te mostraré mis secretos”.

Sofía la siguió, aunque sabía que se podía meter en aprietos.



Shushus mostraba a Sofía lo que fuera de casa hacía:  
ahuyentaba roedores, serpientes, murciélagos y lagartijas;  
incluso, atrapaba monstruos, porque en las noches jalaban las  
cobijas.



También robaba las tortillas a don Paco,  
solo para alimentar a Pío,  
un perro que, por estar amarrado, se veía muy flaco,  
y el pobre siempre tenía frío.



Sofía comprendía que Shushus era buena mascota,  
y que en la casa no siempre iba a estar.  
De pronto, escuchó rebotar una pelota,  
era un perro, que les empezó a ladrar.



En seguida, su mamá la despertó porque en el piso dormía.  
—Todo ha sido un sueño —dijo.  
Pero tenía a Shushus cerca, haciéndole compañía.





## LA ABUELITA Y SUS NIETAS

*Auristela Benito Hernández*

*Ilustración: Andrés Rafael Menier León*

Había una vez una abuelita llamada Tinita, que tenía muchas nietas y muchas mascotas, como gatos, perros y pollos. Además, tenía dos hijas, pero no estaban con ella porque vivían en otro país. Debido a razones económicas, debían trabajar fuera, así que dejaron a sus hijas recién nacidas con la abuelita para que las cuidara y viera por ellas, pues eran madres solteras.

Todo comenzó el día que festejaban el cumpleaños de una de sus nietas, Avi, que cumplía diez años. Al momento de soplar el pastel, pidió un deseo: conocer a su mamá. La niña lo dijo en voz alta con la intención de que su abuelita supiera y se hiciera realidad el sueño que tanto anhelaba desde pequeña.

Eran cuatro niñas. Avi y Ana tenían la misma edad, diez años. Lucy y Anahí también eran de la misma edad, tenían nueve años. Todas compartían el mismo deseo de conocer a sus mamás y poder pasar por lo menos un cumpleaños junto a ellas. En el cumpleaños de Avi, la abuelita le regaló una perrita. Aunque ya contaban con varios animales, incluyendo perros, ese presente había sido mandado por su mamá, por lo que fue muy especial para ella.

Avi estaba encantada con su regalo. A la perrita le puso el nombre de Mina. Después de un tiempo y había surgido un pequeño problema, a Mina le gustaba comerse a los pollos de



la abuelita. En tan solo cuatro días se comió tres de ellos; sin embargo, la abuelita, como quería mucho a su nieta, regaló a sus pollitos, a los otros perros y a los gatos, pues se peleaban con Mina. Las cuatro nietas querían demasiado a la perrita y la cuidaban bastante.

Mina tenía algo especial, no era como cualquier otro animal. Avi siempre creyó que algún día encontraría a una mascota que fuera mágica y se diera cuenta de muchas cosas; aunque a su familia y las demás personas se les hacía algo extraño, pues nunca habían conocido a un animal mágico.

Una mañana, la abuelita recibió una llamada de sus hijas.

—Mami, en tres días regresamos a México para conocer a nuestras hijas y estar por fin con ellas.

La abuelita estaba muy sorprendida y no sabía qué contestar. Lo único que dijo fue “después de muchos años podré volver a verlas; las espero con mucho amor, hijas”.



La abuelita estaba tan feliz que no contuvo las lágrimas. Avi la encontró llorando y le preguntó “¿qué te pasa abuelita?”.

—Tu mamá y tu tía llegan en tres días. Por fin vienen a vivir con nosotras —contestó la abuelita.

Avi no podía creerlo, estaba tan emocionada que corrió a contarle a sus primas y a su hermana.

—¡Primas, hermana, nuestras mamás por fin vienen!

Todas estaban muy contentas. Esperaban el momento de por fin conocer a sus mamás en persona, y no solo en fotografías. Llegó el día que todas estaban esperando; pero por la mañana, la abuelita recibió una llamada de sus hijas, donde le decían que llegarían con sus parejas e hijos. La abuelita no sabía nada al respecto, por lo que se sorprendió mucho y les preguntó por qué no habían dicho nada sobre esto.

—Nunca te lo comentamos porque queríamos que fuera una sorpresa. Así, ustedes se alegrarían más de saber que hay más miembros en la familia —contestó Avi, una de las hijas que se llamaba igual que la nieta.

—No se preocupen, todos serán bienvenidos y bien recibidos en esta humilde casa —dijo la abuelita, sin poder seguir creyéndolo.

La señora Avi le pidió a su mamá no decir nada a las niñas, porque querían darles la sorpresa.

Por la tarde noche, por fin llegaron las hijas de la abuela Tinita. Las nietas





salieron a la puerta de su casa muy emocionadas para conocer a sus mamás. En cuanto las vieron, corrieron a abrazarlas.

Sin embargo, solo tres nietas abrazaron a sus mamás, pues Avi se quedó junto a su abuelita. No porque no quisiera verla, sino porque no estaba segura de quién era, pues nunca tuvo contacto con ella. Entonces, la abuelita le pidió que abrazara a su mamá, señalándosela. Avi obedeció y corrió a verla.

—Mami, mami, por fin te conozco. ¡Qué bonita estás, pareces una princesa!

Las dos hijas de Tinita no se contuvieron y comenzaron a llorar de emoción por volver a ver a sus hijas después de tantos años. Aunque sabían que se habían perdido el crecimiento de sus hijas, tuvieron que irse por su bien, sobre todo porque no había quien más las apoyara.

Cuando seguían afuera de la casa, salió Mina, pero le empezó a ladrar al nuevo padraastro de Avi. La abuelita y las nietas sabían que cuando la perrita hacía eso era porque esa persona no le agradaba.

—¿De quién es esta perrita tan bonita? —preguntó la señora Avi.

—Es la mascota que le mandaste a tu hija de regalo de cumpleaños. Las niñas la nombraron Mina —respondió Tinita.

—Oh, ¡qué bonita está! Pero ¿por qué ladra mucho? —dijo la señora Avi.

—Porque Mina presiente cuando no son buenas personas —contestó su hija Avi.

—Eso no puede ser —respondió su mamá sorprendida.

—Puede ser que se esté equivocando —apuntó Avi.

Entonces, la mamá ignoró los ladridos y las niñas siguieron muy contentas con sus mamás.

Cuando entraron a la casa, comenzaron las preguntas: “¿por qué se fueron?, ¿cómo era el mundo donde ellos estaban?, ¿era bonito?”. Las mamás les dijeron que les contestarían todo con calma, pues ya habría tiempo para eso. Lo único que querían hacer en ese momento era conocerlas y poder disfrutar el mayor tiempo posible con ellas.

A la mañana siguiente, las cuatro niñas se prepararon para ir a la escuela. Todas estaban muy contentas porque era la primera vez que sus mamás las llevarían a la escuela y podrían presentarlas a sus maestros y amigas. Cuando llegaron, Avi le dijo a su amiga:

—Amiga, amiga, mira, te presento a alguien. ¿Sabes quién es?

—Claro que sí, lo puedo notar en tus ojos. Ella es tu mamá, ¿no? —contestó la amiga.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Avi.

—Avi, no dejas de sonreír y estás muy emocionada, precisamente como cuando me contabas de tu mamá. Por eso lo supe —respondió la amiga.

—Mucho gusto. Como ya sabes, soy la mamá de Avi. Me da gusto que mi niña tenga una amiga que siempre la ha apoyado.

—No agradezca, señora. Avi y yo hemos crecido prácticamente juntas. La quiero mucho, como si fuera la hermana que nunca tuve. Pero ya es hora de entrar a clases, si no, el profé se va a molestar.

La señora Avi se despidió de su hija con un beso en la frente.

—Mucha suerte, hija. No olvides que te quiero. Paso por ustedes en la tarde.

Avi entró al salón muy contenta.

Cuando salieron al receso, Avi, su prima y amiga platicaron sobre el poco tiempo que faltaba para el cumpleaños de Ana. Ella estaba muy feliz porque sería el primer cumpleaños que pasaría junto a su mamá, así que para ella eso era lo más importante. En ese momento se acercó uno de sus compañeros.

—Oye, Avi, hace unos días escuché que tu perrito podía reconocer a las personas malas, ¿es cierto?

—No es cierto, es algo imposible. Por más que quisiera, no sucedería. Solo son rumores, la realidad es otra —contestó Avi.

—No te preocupes, Avi. Solo quería confirmar. Además, tu perrita es muy valiosa y bonita —agregó su compañero.

—Gracias por los halagos —respondió Avi.

Las niñas escucharon la campana que indicaba que el recreo había terminado y regresaron al salón.

Las clases terminaron. Cuando salieron de la escuela, Avi se dio cuenta de que, en lugar de su mamá, fue el padrastro a recogerlas.

—¿Dónde está mi mamá? Ella dijo que vendría por nosotras —dijo Avi.

—No pudo venir porque no terminó a tiempo la comida de sus hijas adorables —respondió el padrastro.

—¿Ya nos podemos ir? —contestó Avi, notando el tono grosero con el que contestó su padrastro.



—Sí, porque si no tu mamá se enojará conmigo, y yo no quiero eso, porque si no quién me dará dinero —agregó el señor.

Se subieron al auto. En el camino, Avi y Ana platicaban sobre el cumpleaños de esta última. Y aunque el padrastro no hablaba, solo lo hizo para decirles:

—¡Cállense, porque ya me tienen harto!

Las niñas se callaron y, cuando llegaron, entraron a la casa algo tristes por lo que les había dicho el señor.

—¿Qué es lo que les pasa? —preguntó la mamá de Avi.

—Me siento un poco mal del estómago —contestó Avi. Sin embargo, su prima Ana sí le dijo la verdad.

—En el camino, mi tío nos calló, porque veníamos planeando mi cumpleaños.

Avi no quiso decir la verdad porque pensó que su mamá no le creería, pues había convivido más tiempo con su pareja que con su hija.

—No le hagan caso, está un poco estresado por el trabajo. Vayan a cambiarse y lavarse las manos, porque ya está lista la comida —añadió la mamá de Avi.

—Tardaré un poquito porque bañaré y le daré de comer a Mina —respondió Avi.

Mientras la mamá de Avi servía la comida, su esposo se acercó para explicarle cómo fueron las cosas.

—Lo único que quería era silencio, pero nunca les hablé fuerte y no era mi intención que se pusieran tristes.

—No te preocupes. Son niñas, ya sabes cómo se ponen —dijo la mamá de Avi.

Cuando todos estaban reunidos en la mesa, comenzaron a planear el cumpleaños de Ana, así como el primer mes de Mina con ellas. La abuelita y sus nietas le tenían una sorpresa a Ana, pero no se imaginaron que después del cumpleaños pasaría una desgracia.

Llegó el día. La mamá de Avi le pidió a su esposo que fuera por el pastel de Ana y uno muy chiquito para Mina.

Cuando el padrastro compró el pastel y lo puso en el carro, no lo pensó dos veces y le puso veneno al pastel de Mina. De esta manera, no seguiría ladrándole y no sospecharían que lo único que quería era robarle todo el dinero a su esposa. Él ya sabía que Mina tenía algo especial, por eso quería quitarla del camino.

Por la tarde comenzaron a llegar los invitados. La mamá de Ana los atendía mientras la abuelita y la mamá de Avi comenzaron a servir la comida. En ese instante llegó el padrastro con los pasteles y le pidió a su esposa que lo ayudara, pero ella notó un olor muy desagradable en el pastel de Mina, por lo que le preguntó:

—¿No notas algo extraño en el pastel de Mina?

—No, son imaginaciones tuyas —contestó secamente su esposo.

La señora Avi pensó que era su imaginación. Entonces, cuando metía el pastel a la casa, se tro-



pezó y lo tiró. Su esposo se enfureció mucho, pero no le dijo nada y metieron el otro pastel.

Después, él salió a hacer una llamada. Avi, que sacó a pasear a Mina, escuchó a su padrastro hablando por teléfono.

—Ya tengo todo listo para quitarle el dinero a mi esposa.

En ese momento Mina comenzó a ladrar y el padrastro se dio cuenta de que escucharon la llamada. Esto lo hizo enfurecer más.

Avi corrió con Mina a esconderse, bajo un arbusto, donde comienzan a planear algo para que su mamá no perdiera la fortuna que tanto le había costado hacer. Mientras tanto, el padrastro fue con su esposa.

—Quiero hablar contigo de inmediato —dijo el padrastro.

—Ahora no puedo, estamos a punto de partir el pastel. Mejor ve a buscar a Avi —le pidió ella.

El padrastro comenzó a buscar Avi, quien ya había regresado a su casa y estaba con su mamá.

—Ya estoy aquí, mamá. Fui por la sorpresa de Ana —dijo Avi.

—No te preocupes, hija. Lo importante es que ya estás aquí. Anda, prepárate para darle la sorpresa a tu prima.

Después de tres días, Avi, acompañada de Mina, juntó las pruebas suficientes para mostrarle a su mamá las intenciones de su padrastro. Aunque lo tuvo que espiar en varias ocasiones, por fin logró su objetivo. Sin embargo, ella no sabía que el padrastro ya tenía los papeles listos para que su esposa los firmara; solamente estaba esperando el momento

adecuado para decirle. Cuando Avi le pidió a su mamá hablar con ella, su padrastro llegó con los papeles.

—¡No hables con tu hija! ¡Todo lo que te dirá es mentira! —gritó el padrastro.

—¿Qué pasa aquí? —dijo la mamá muy sorprendida.

—Mina tuvo razón desde el principio, mamá. Tu esposo es malo. Lo único que quiere es robarte todo tu dinero e irse muy lejos.

—¡No es cierto! Es mentira. Lo está inventado porque nunca les caí bien —dijo él como defensa.

Pero el padrastro nunca imaginó que Avi tenía evidencias:

—Mami, ve esto. Son las pruebas que muestran que estoy diciendo la verdad. Mina siempre tuvo razón. Incluso, la quiso envenenar el día del cumpleaños de Ana.

La mamá de Avi estaba sorprendida, pero le creyó a su hija. En ese momento, el padrastro huyó, pero Mina lo persiguió. Cuando se dio cuenta de que Mina estaba atrás de él, pasó un carro y lo atropelló.

La señora Avi pidió disculpas a su familia por no darse cuenta a tiempo de la clase de persona con la que vivió tanto tiempo. Debido al atropello, el padrastro quedó mudo y parálítico; así fue como pagó por todo lo malo que había hecho.

Gracias a Mina, Avi pudo darse cuenta desde el principio que él no era buena persona; y a partir de ese momento, ella y toda su familia vivieron felices para siempre.

# MI TÍO JOSÉ Y SU AMIGO RAMÓN

*Marco Antonio Rincón Morales*

*Autor e ilustrador*

Mi nombre es Ulises, tengo ocho años y me encantan los trucos de magia. Vivo con mi mamá Lucía y mi papá Tomás. También tengo un hermano mayor llamado Iván. A él le gusta el beisbol y es el mejor jugador de toda la escuela. Además, mi abuela María vive con nosotros; ella nos cuida, a mi hermano y a mí, cuando llegamos de la escuela, porque mis papás trabajan hasta tarde. Mi papá tiene un hermano que se llama José, que vive con su mejor amigo Ramón.

Mi mamá siempre me cuenta la historia de cómo conoció a mi papá. Ellos se conocieron cuando eran jóvenes; recién empezaban a trabajar cuando, poco tiempo después, nació mi hermano Iván. Luego nací yo. También me gusta preguntarle por su tía Matilde. Mi mamá no tuvo papás, por lo cual ella creció con la tía Matilde.

Mi papá no habla mucho acerca de su hermano, el tío José. Solo sé que es un arquitecto que construye edificios altísimos, que llegan hasta el cielo y tocan las nubes, pero nadie me quiere decir nada más acerca de él cuando pregunto.



Solamente lo puedo ver cuando son las fiestas. Él viene en Navidad y me trae dos regalos, uno de su parte y el otro me dice que me lo manda su amigo Ramón. Cuando le pregunto por qué no viene Ramón a dármele, me contesta que está muy ocupado con el trabajo. Mi tío me ha contado que Ramón es un pediatra que trabaja con bebés y niños como yo, pero que están enfermos. También he visto fotos de donde trabaja; tiene muchos juguetes y peluches, y aparece con algún disfraz divertido.

El viernes, mientras estábamos todos cenando, mi abuela nos dijo que iría a ver a su amiga a Guadalajara. Saldría el domingo por la mañana y regresaría hasta el siguiente lunes. Mis papás se miraron con preocupación y le dijeron a mi abuela que ellos también tenían que salir durante toda la semana, preguntándose unos a otros quién se haría cargo de nosotros; mientras, Iván y yo nos reíamos, pues pensábamos que estaríamos solos en casa y podríamos dormir hasta tarde, comer dulces todo el día y muchas otras cosas que no nos dejan hacer. Sin embargo, mi mamá dijo que nos podríamos quedar con mi tío José, pero todos se quedaron callados. Yo estaba muy emocionado, porque podría ver a mi tío y por fin conocer a Ramón para agradecerle por todos los regalos que me manda.

Después de cenar, Iván y yo nos fuimos a nuestro cuarto a ver una película mientras mis papás y la abuela hablaban. Le pregunté a Iván por qué se pusieron serios cuando mencionaron al tío José; él solo me dijo que no preguntara y que todo es mejor así. Le hice caso y nos quedamos viendo la película hasta quedarnos dormidos.

La mañana siguiente, en el desayuno, mi mamá nos dijo que alistáramos nuestras maletas porque en la noche nos iban a ir a dejar con el tío José, que ya habían hablado con él y estaba más que feliz de cuidarnos. Iván le preguntó si papá estaba de acuerdo con que el tío José se hiciera cargo de nosotros; ella se limitó a decirle que no tenían de otra, no había nadie más que nos cuidara.

En la noche ya teníamos las maletas en la puerta para salir, pero mi papá nos llamó a Iván y a mí al cuarto para decirnos que nos cuidáramos y que no le habláramos ni hiciéramos caso a Ramón. No entendí bien lo que nos quiso decir, pero yo estaba muy emocionado de conocerlo. Cuando estábamos por salir del cuarto, mi papá le dijo a Iván que me cuidara mucho de aquellos e hizo un gesto con su mano, pero no lo alcance a ver bien. Iván solo le dijo que sí.

Por fin llegó la hora de irnos a la casa del tío José. Yo iba emocionado todo el camino, pues tenía muchas ganas de ver a mi tío y a Ramón. Iván estaba

con sus audífonos y mi abuela estaba platicando con mis papás en voz baja; no alcanzaba a escuchar lo que decían, ya que no les estaba poniendo atención por ir viendo el camino por la ventana. Al fin nos detuvimos.

Nunca había visto la casa de mi tío, era enorme por fuera y se veía un jardín muy bonito. Lo primero que pensé fue que si me dejarían practicar mis trucos de magia



en su casa. Salí como flecha hacia la puerta, pero un grito de mi papá me detuvo a medio camino; me dijo que ayudara con las maletas. Cuando llegamos a la puerta, mi papá dejó las maletas sobre el suelo y regresó a la camioneta. Quería preguntarle a mi mamá por qué mi papá no se quedaba, pero me ganaba la emoción de ver a mi tío, así que toqué la puerta.

Mientras se abría, pude notar que no era mi tío, era un hombre muy alto, tanto que casi tocaba el marco de la puerta con su cabeza. Tenía una barba y un bigote muy chistoso. Cuando abrió la puerta por completo, dijo “Aló, ¿quién es?”. Nos saludó de mano y me dijo: “tú debes de ser Ulises, tu tío me ha hablado mucho de ti”. Me asombró mucho que sacó una moneda de mi oído y le pregunté cómo lo había hecho, pero me respondió que “un mago nunca revela sus secretos”. Quedé maravillado y quería ver más. Después llegó mi tío.

–Veo que ya conocieron un poco más a Ramón. Le encantaban los trucos de magia. – Dijo mi tío con una pequeña risa y poniendo su mano sobre él.

No entendí por qué mi mamá me quiso tapar los ojos.

–Perdón que me tardara, estaba haciendo la cena. ¿No se quieren quedar a cenar, cuñada?

–No podemos, cuñado, tenemos que ir a hacer maletas. Además, ya sabes cómo es tu hermano y tu mamá, pero te dejo a mis hijos. – Contestó mi mamá.





Se despidió de mí con un beso en la frente y me dijo: “cuídate mucho y pórtate bien; no quiero recibir quejas de tí”. A Iván le forzó el beso en la mejilla y le pellizcó el cachete, y solo le dijo que le hiciera caso a mi tío y a su amigo. Mi tío saludó a lo lejos a mi papá y a la abuela, aunque ellos no le devolvieron el saludo. Creo que no lo vieron porque estaba muy oscuro. Vimos cómo se iban en la camioneta y justo cuando los vimos perderse al final de la calle, entramos a la casa del tío José. Se veía mucho más grande por dentro que por fuera. Los ojos se me abrieron tan grandes como platos y estaba tan distraído que no vi a Oslo, un perro bulldog muy gordo y hermoso que se dirigía hacia mí. Me tumbó y lamió todo; aunque terminé todo pegajoso y mojado, me hizo cosquillas. Siempre quise tener un perro. Ramón me quitó a Oslo de encima y me traté de limpiar lo más que pude. Mi tío y Ramón nos dieron la bienvenida a su casa. Nos enseñaron dónde nos íbamos a quedar; era un cuarto con dos camas. Yo corrí de inmediato a una y salté sobre ella. Dejamos nuestras maletas y me cambié la ropa babeada. Mientras tanto, Iván estaba en la sala viendo un juego de béisbol, Ramón ponía la mesa y mi tío terminaba de cocinar; no sabía qué era, pero olía de maravilla. De inmediato me dijeron que llamara a Iván y me sentara para cenar. Cuando destaparon la cacerola, vi que era algo raro. Mi tío me dijo que era comida china, que aprendió a hacerla con un compañero del trabajo. Nos preguntaron si quería servirme o ellos lo hacían; como no sabía cuánto debía tomar, le pedí a Ramón que si me podía servir.

Después de la cena, mi tío nos preguntó si queríamos ver una película. Yo les dije que había una de magia que recién



acababa de salir, pero no me acordaba del nombre. Ramón me contestó que ya sabía cuál era. Mi tío mencionó que a Ramón le encantaba la magia y se la pasaba practicando sus trucos con él. Ramón respondió que tenía que hacerlo porque a sus pacientes les gustaba y siempre les sacaba una sonrisa.

Antes de empezar a ver la película, yo me senté en un cojín enorme que tienen, pero me hundía, e Iván se fue al sillón de dos piezas. Ramón trajo unas palomitas de queso y otras de caramelo, que son mis favoritas. Nos dio un plato con mitad y mitad a cada uno. Mi tío trajo unas cobijas “porque su casa es muy fría”, dice él. Me dio una a mí, una a Iván y vi que solo le quedaba una, a lo cual le dije: “tío, se te olvidó la cobija de Ramón, deja voy por ella”. Estaba por levantarme, cuando Ramón dijo que no había problema, que ellos compartirían una. Se me hizo raro, pero ya quería ver la película, así que me di la vuelta para seleccionarla. Cuando acabó, me di



cuenta de que Iván  
se había quedado dormido,  
al igual que mi tío y Ramón, pero  
vi que ellos se quedaron dormidos abraza-

dos; entonces fui a moverlos para que se fueran a su cuarto. Ramón fue el primero en despertarse, y despertó a mi tío poniéndole la mano en la mejilla y moviéndolo con lentitud. Esto me recordó cuando mi papá se queda dormido en la sala y mi mamá lo despierta susurrándole: “despierta, amor”, acompañado de un beso en la mejilla.

Mi tío se despertó un poco desorientado y preguntó si ya había acabado la película.

—Sí, bobo, hasta nos quedamos dormidos. Ulises fue el único que aguantó. Mira, hasta Iván también cayó —contestó Ramón.

¿Cómo le vamos a hacer para llevarlo a su cama? ¡No podemos dejarlo aquí! Va a despertar todo torcido —añadió Ramón.

Mi tío se ofreció a cargar a Iván a su cama, pero Ramón le dijo:

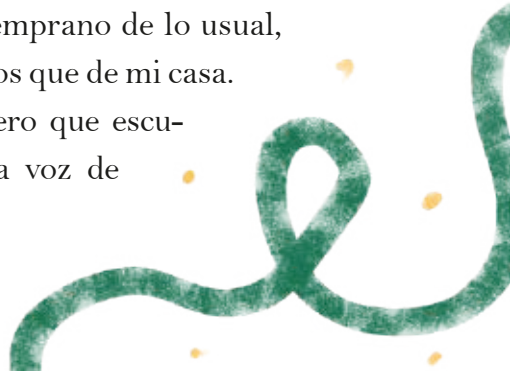
—Mejor yo lo llevo y tú acompaña a Ulises a lavarse los dientes; sirve que también lo haces, porque te huele la boca a palomitas.

Mi tío accedió y nos fuimos a lavar los dientes. Aproveché para preguntarle dónde dormiría Ramón, pues nosotros estábamos ocupando su cuarto, pero mi tío soltó una carcajada, casi se ahoga con la pasta de dientes. No sabía bien

de qué se reía, y creo que se dio cuenta de mi cara de confusión, porque me explicó que Ramón no duerme ahí, que ese era el cuarto de huéspedes. Me dijo que Ramón duerme en el mismo cuarto que él. Le pregunté por qué, y me contestó que porque ellos son esposos. Yo solo asentí, pero quería preguntarle más cosas, solo que ya me estaba venciendo el sueño y mejor terminé de lavarme los dientes para ir a dormir. Cuando llegué al cuarto, Iván ya estaba roncando y, en cuanto puse la cabeza en la cama, también me quedé dormido.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, vi que Iván ya no estaba en su cama. Después de ir al baño, bajé a la cocina; ahí estaban desayunando y riendo mi tío José, Ramón e Iván. Me dieron los buenos días y me preguntaron qué quería desayunar. Había huevos revueltos, tocino, panqueques, jugo de naranja y leche con chocolate. Elegí la leche con chocolate porque es mi favorita. Me senté a desayunar mientras escuchaba lo que platicaban. Resulta que mi tío también era jugador de beisbol y se ofreció a practicar con Iván en la tarde, y Ramón me propuso llevarme a un espectáculo de magia en la tarde. Cuando llegamos a la casa, enseguida nos fuimos a acostar, porque al otro día teníamos que ir a escuela y debíamos levantarnos más temprano de lo usual, pues la escuela quedaba más lejos que de mi casa.

Por la mañana, lo primero que escuchamos fue la voz de



Ramón: “chiquillos, ya despierten”, mientras tocaba ligeramente mi espalda. Cuando despertamos, nos dijo que nos metiéramos a bañar, que el desayuno ya estaba casi listo y ya tenía nuestros uniformes preparados. Hicimos una carrera para ver quién llegaba primero al baño, pero Iván me ganó. Mi tío lo vio y me dijo que podía bañarme en su cuarto, así que eso hice. Nos vestimos y después bajamos a desayunar. Vi una pila enorme de panqueques, una botella de leche con chocolate y una jarra de jugo de naranja; además, mi tío estaba haciendo huevos revueltos, y debo admitir que le quedan mejor que a mi mamá. Le pregunté por mi tío y me dijo que se fue muy temprano porque tenía que llegar mucho antes a su trabajo; pero que él no tenía citas temprano, así que nos llevaría a la escuela en su coche.

Ramón escuchó el reloj y nos dijo que nos apuráramos, porque si no llegaríamos tarde. Ya tenía nuestros almuerzos listos y nos llevó corriendo a su coche. Por suerte llegamos a la escuela a tiempo. Al bajarnos, me despedí a lo lejos y le dije: nos vemos al rato, tío Ramón. Creo que le gustó que le dijera tío, porque se puso rojo como tomate. A Iván no le pareció, pues me agarró del hombro y me preguntó que por qué le había dicho tío a Ramón; yo le dije que porque es el esposo



de mi tío, hasta tienen anillos como mamá y papá. Supuse que él no sabía que eran esposos, por eso su sorpresa. Ahí terminó nuestra conversación, porque lo llamaron sus amigos y a mí los míos, así que solo me dijo que me cuidara y no me metiera en problemas.

Las clases transcurrieron con normalidad. En Cívica y Ética nos pidieron dibujar a nuestras familias, por lo que yo dibujé a mi mamá, mi papá, la abuela, Iván y, por último, a mis tíos José y Ramón. Después, la maestra nos pidió que pasáramos al frente a exponer. Todos estaban atentos, pero se sorprendieron mucho cuando les dije que él era mi tío José y su esposo Ramón, incluso la profesora. Creo que fue porque les dije que mi tío José construye edificios altísimos que tocan las nubes y mi tío Ramón es un doctor que siempre anda disfrazado de algo muy divertido; además que le gustaba la magia al igual que a mí. Terminé de exponer y recibí aplausos de todos, aunque la maestra aplaudía un poco lento.

A la hora de receso todos mis compañeros me empezaron a preguntar por mis tíos. Yo me sentía muy bien porque ahora no solo yo creía que mis tíos eran geniales, sino que todos mis compañeros también lo hacían. Al terminar las clases, estábamos esperando a mi tío Ramón. Cuando llegó, me subí al carro, que ahora traía unas antenas que todos disfrutaron, y lo saludé con un beso en la mejilla. Iván y yo le dijimos “hola, tío”, aunque mi hermano más bien lo susurró. Parece que a mi tío le gustó mucho que lo saludáramos, porque puso una sonrisa de oreja a oreja. Nos dijo que iríamos a recoger a mi tío José porque su auto se había descompuesto y más tarde iríamos a cenar a un lugar muy especial. Pasamos a recoger a mi tío José; él se



sentó adelante, junto a mi tío Ramón. Dejó su maletín en el suelo, le puso el brazo alrededor y le dio un beso. Mi tío Ramón lo empujó y le dijo “José, están los niños en la parte de atrás”. Mi tío solo se tapó la cara y nos pidió disculpas, pero yo le dije que no había problema, que mis papás lo hacían todo el tiempo, pues es normal que los esposos se besen. También Iván le dijo que no se preocupara por nosotros. Pregunté a dónde iríamos a comer. El tío Ramón nos dijo que conocía un lugar muy rico que seguramente nos encantaría, pero antes pasaríamos a la casa para darnos un baño.

Al entrar en el restaurante, mi tío Ramón nos dijo que podíamos pedir lo que quisiéramos. El mesero, cuando nos fue a tomar la orden, les dijo a mis tíos que tenían una linda familia y unos hijos muy educados. Mis tíos se rieron y le contestaron que éramos sus sobrinos, pero que muchas gracias. Después de la cena, de camino a casa, Iván les preguntó que cómo se habían conocido. Mi tío Ramón le preguntó a mi tío José: “¿les cuento yo o les cuentas tú?”, pero mi tío José le respondió que la contara él, pues era su historia favorita. Mi tío Ramón nos contó que se conocieron cuando estudiaban en la universidad. Nos dijo que mi tío José era muy tímido, por eso fue él quien se animó a invitarlo a salir. También nos dijo que, en la cita, él trataba de hacer reír a mi tío José con sus trucos de magia, hasta que logró sacarle una risa tan sonora que se escuchó en todo el lugar.

Los siguientes días transcurrieron con normalidad. Mis tíos se turnaron para llevarnos y recoger nos en la escuela. Así avanzó la semana. Entonces, el sábado por la noche mis papás llamaron para avisar que llegarían al otro día por



la tarde junto con la abuela. Yo me puse muy feliz de saber que los vería pronto; tanto, que no pude dormir en toda la noche del entusiasmo. El domingo por la mañana, después de desayunar, quise esperarlos todo el día en la ventana para poder ver el auto de mis papás; pero me cansé, así que mi tío José me preguntó si quería ayudarlo con la cena para mis papás. Lo hice con gusto, mientras Iván y mi tío Ramón jugaban videojuegos en la sala. Mi tío y yo los veíamos cómo se reían, gritaban y brincaban en el sillón cada vez que uno ganaba o perdía.

Después, mi tío José les dijo que recogieran porque ya íbamos a cenar. Cuando ayudaba a poner la mesa, el timbre sonó y mi tío Ramón abrió. Escuché la voz de mi mamá y corrí a darle un abrazo. Me sorprendió ver a mi papá y a mi abuela afuera de la camioneta, pero también corrí a abrazarlos. Los invité a pasar para que cenáramos todos juntos. Mi tío Ramón me apoyó y dijo que había más que suficiente para todos. Mi mamá respondió que sí, porque venían cansados y no tenía ganas de cocinar; sin embargo, mi papá le dijo algo al oído, pero ella le respondió que no. Cuando mi tío José llegó, los saludó; primero le dio un beso a mi mamá y a mi abuela, después a mi papá con un fuerte apretón de manos. Él también los invitó a cenar, pues ya tenían la mesa puesta y la cena lista. Finalmente accedieron y pasaron a la mesa. Empezamos a hablar y nos preguntaron cómo nos había ido en la semana. Yo contesté que estuvo genial, que mis tíos eran muy amables con nosotros. Les conté que mi tío Ramón me había llevado a un espectáculo de magia; pero cuando dije esto, mi papá se ahogó con el agua que estaba bebiendo y mi mamá

y mi abuela se quedaron calladas, pero pusieron una cara de asombro.

Terminando de cenar, Iván se puso a jugar en la sala mientras yo lo veía. Cuando me paré a pedir un vaso de jugo, alcancé a escuchar la plática de mis papás y la abuela con mis tíos; ellos estaban hablando sobre por qué nos referíamos a Ramón como tío. Llegué a la mesa y pedí un vaso de jugo. Mi tío Ramón se paró a dármele y me dijo: “aquí está, chiquillo”, sacudiendo mi cabello; yo solo le dije muchas gracias, tío, y me dirigí a donde estaban mis papás para decirles que el tío José y el tío Ramón nos pueden cuidar más seguido, porque nos divertimos mucho con ellos. Mi papá, al ver que me abrazaba del brazo de mi tío Ramón, solo dijo que sí, que, si queríamos, podíamos pasar el siguiente fin de semana con ellos, pero solo si prometíamos portarnos bien toda la semana y si ellos estaban de acuerdo. Mi tío José dijo con asombro “¿en serio, hermano?, nosotros estamos más que felices de recibirlos cuando sea”. Seguido de esto, mi papá y mi tío se estrecharon las manos.

Ya eran más de las diez de la noche, y mi mamá dijo que sería mejor que nos fuéramos porque mañana había escuela y teníamos que dormir. Me despedí de mis tíos con un fuerte abrazo y les dije que nos veríamos el siguiente fin de semana. Luego de esto, todos nos despedimos y subimos al carro. A la distancia, pude ver cómo mis tíos se abrazaban y despedían de nosotros.

FIN

## LA FAMILIA DE MENA

*Eva María Torres Zamorano*

*Autora e ilustradora*

Mena tiene seis años y vive con su mamá. Es una niña muy alegre y curiosa; una de sus grandes cualidades es ser bastante observadora.

Un buen día, a la salida de la escuela, observó con detenimiento a algunas familias de sus compañeros y se percató de que son distintas a la suya, pues estaban compuestas por un papá, una mamá e hijos.

Esto dejó pensando a Mena en que su familia es, sin duda, rara y fuera de lo común, porque solo son ella y su mamá. De verdad la inquietó esta situación y comenzó a cuestionar por qué era así, pero no pudo encontrar una respuesta.

Días después, cuando estaba jugando en la clase, encontró un rompecabezas, pero al terminarlo de armar, notó que faltaban dos piezas; entonces, recordando a las familias de sus compañeros, a su mente llegó una idea:

—Tal vez mi familia es así porque, como en este rompecabezas, faltan piezas.

Ese día, llegando a casa buscó por todos lados la pieza faltante de su familia; en la cocina, en la sala, en su recámara, en la de su mamá y hasta en el baño, pero no encontró nada. No halló la pieza que faltaba.

Al día siguiente, Mena se sentía un poco angustiada porque no había encontrado la pieza que faltaba de su fami-



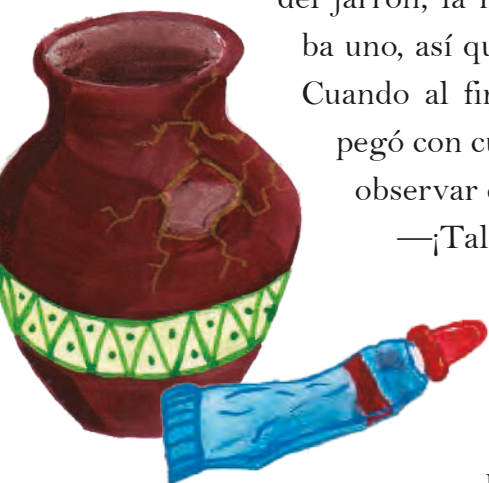


lia, por lo que estaba distraída en clases. Su cabeza andaba en las nubes, pensando en aquella pieza faltante. De repente, un estruendoso ruido la hizo volver a la realidad; a una de sus compañeras se le había caído un bonito jarrón de barro que tenía la maestra en su escritorio. La maestra recogió los pedazos y trató de unirlos. Todos sus compañeros estaban alrededor del escritorio observando cómo la maestra, magistralmente, acomodaba cada pieza para unirla a las demás con pegamento; sin embargo, al terminar de unir los fragmentos del jarrón, la maestra se dio cuenta que faltaba uno, así que todos comenzaron a buscarlo.

Cuando al fin lo encontraron, la maestra lo pegó con cuidado y el jarrón quedó listo. Al observar esto, Mena pensó:

—¡Tal vez mi familia está rota! Debo encontrar la parte que falta para unirla a las demás.

Ese día por la tarde, después de llegar a casa muy animada y esperanzada, comenzó a



buscar nuevamente. Esta vez lo hizo mejor que la anterior. Buscó debajo de las camas, de los muebles, de la estufa, del refrigerador, detrás del ropero, abajo de la mesa, las sillas, los estantes y hasta de las almohadas... pero no encontró nada. No halló ninguna pieza y se desanimó nuevamente.

Mena estaba triste; se seguía preguntando por qué su familia era distinta a las de sus compañeros. Sentía que algo le faltaba y no lograba encontrarlo.

Al día siguiente, en la escuela, un poco desanimada, salió a jugar atrapadas con sus compañeros a la hora del recreo, pero, cuando se cansó de correr, se quedó sentada bajo la sombra de un árbol, contemplando las nubes y preguntándose nuevamente por qué su familia no estaba completa, como las de los demás.

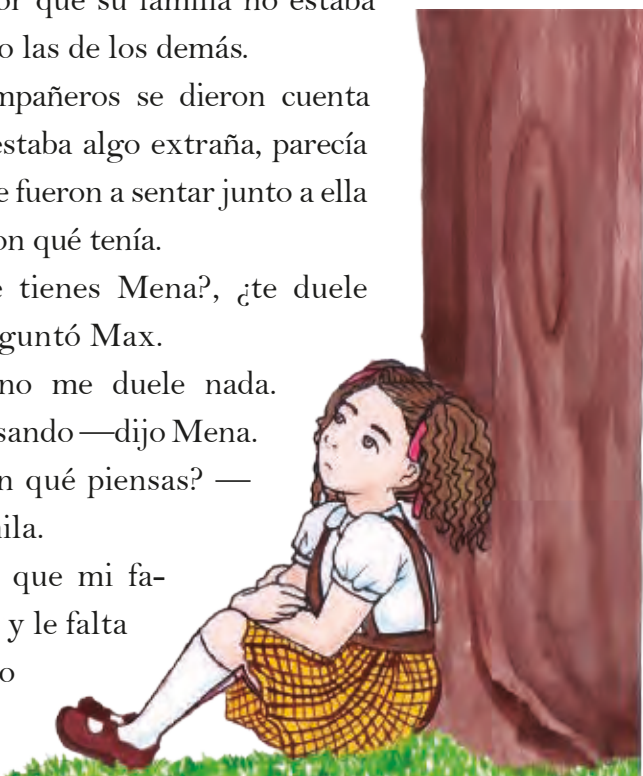
Sus compañeros se dieron cuenta de que Mena estaba algo extraña, parecía triste, así que se fueron a sentar junto a ella y le preguntaron qué tenía.

—¿Qué tienes Mena?, ¿te duele algo? —le preguntó Max.

—No, no me duele nada. Solo estoy pensando —dijo Mena.

—¿Y en qué piensas? —preguntó Camila.

—Creo que mi familia está rota y le falta una pieza, pero no logro encontrarla.



Ya la he buscado por todas partes, porque quiero unirla de nuevo y que así esté completa —explicó Mena.

—¿Por qué piensas que tu familia está rota? —preguntó Camila.

—Es que solo somos mi mamá y yo. No tengo papá ni hermanos; no como ustedes. Quizá mi familia se rompió y se perdieron, por eso tengo que encontrarlos, para pegarlos y así esté completa —respondió Mena.

—Mi familia solo somos mi papá y yo —le dijo Valentina, que escuchó con detenimiento a Mena.

—¡Solo tu papá y tú?! —exclamó Mena.

—Sí —contestó Valentina—, no tengo mamá. Una vez le pregunté a mi papá por qué nuestra familia no era como las demás, y me dijo que cada familia es distinta. Pero eso no es malo, porque mientras las familias se quieran y sean unidas,





no importa si solo están formadas de dos o tres personas, pues siguen siendo una familia.

Muy sorprendida, Mena escuchó lo que su amiga le decía y recordó lo mucho que su mamá la ama y lo unidas que son.

—Tengo un primo que vive con sus abuelos —dijo Max y agregó—: Ellos lo cuidan, lo llevan a la escuela y lo quieren mucho. No les dice abuelos; les dice papá Nacho y mamá Tita. Él es más grande que yo, va a la primaria; y una vez me dijo que su familia es la mejor del mundo porque se aman mucho.

—¿Entonces, su familia son sus abuelos?! —exclamó Mena, cada vez más sorprendida.

—Así es —dijo Max.

—Mi vecino Tomás es adoptado —intervino Ángel y continuó—: Un día, mientras jugábamos, me platicó que se quedó solo cuando era muy niño, así que los mejores amigos de sus papás lo adoptaron. Desde entonces lo han querido y cuidado mucho; también sus hermanos lo quieren mucho.



Él dice que, aunque sea adoptado, se siente muy feliz con la familia que tiene, y que es la mejor familia del mundo.

Mena estaba realmente sorprendida y fascinada con lo que le contaban sus compañeros.

—Yo conozco una familia que no tiene hijos —dijo Camila y agregó—: Son personas grandes y dice mi mamá que nunca tuvieron hijos, pero son una familia, una familia pequeña. Además, Ricky, el niño que vive en mi cuadra, tiene dos papás y dos hermanos. Es algo extraño, si lo piensas, pero Ricky dice que ellos se sienten muy normales, solo que, en lugar de tener una mamá y un papá, tiene dos papás.

—¡Sorprendente! Entonces existen más familias que tampoco están formadas por una mamá, un papá y sus hijos. ¡No soy la única que tiene una familia diferente! —dijo Mena muy emocionada y aliviada.

—No, tu familia no es la única diferente. Es más, si lo pienso bien, nosotros también somos diferentes —añadió Camila.

—¿Por qué? —preguntaron todos con mucha curiosidad.

—Porque, aunque yo tengo mamá y papá, ellos están divorciados —sentenció Camila.

—¿Divorciados? —preguntó Max muy intrigado.

—Es cuando los papás viven en casas diferentes —respondió Camila y agregó—: Al principio, mis hermanos y yo nos sentíamos raros, pero ahora tenemos dos casas. En casa de mi mamá vivimos los días de escuela; y con mi papá estamos los sábados y domingos. Cuando te acostumbras, es bastante divertido.



—Eso suena muy emocionante. Yo no tengo dos casas ¡qué suerte tienes, Camila! —expresó Mena.

—Así que ya no estés triste, Mena, ya viste que tu familia no es la única diferente. —Dijo Max, dando unas palmaditas en el hombro de Mena para reconfortarla.

—Tienen razón. Que mi familia sea diferente, no quiere decir que está rota o que le falte algo.

—Así es —añadió Ángel y continuó—: Lo importante es que las familias sean unidas y se quieran mucho.

Sonó la campana y todos corrieron hacia su salón. Mena se veía nuevamente contenta, como hacía días no lo estaba.

Al terminar las clases, cuando Mena se dirigía a la puerta de la escuela, vio a su mamá esperándola como todos los días. Corrió hacia ella, la abrazó muy fuerte y le dio un gran beso en la mejilla. Estaba contenta. Ahora comprendía que a su familia no le faltaba nada, simplemente era distinta, como muchas otras; pero eso sí, se amaban mucho y eso era lo más importante.



## ¿QUIÉN ES JUAN?

*Marco Uriel Pérez Aradillas*

*Ilustración: Ma. Fernanda Martínez Rosales*

*y Andrés Rafael Menier León*

A la ciudad de Papatol se mudaron un niño de nombre José y sus papás; venían de un pueblito muy muy lejano. Este pequeño debería asistir a la escuela que le quedaba más cerca de su nuevo hogar en esa ciudad. Cuando tuvo su primer día de clases, logró ver que el camino a su nueva escuela no era nada parecido al de su antiguo hogar; todo era muy diferente. Por ejemplo, ya no estaban esos castillos grandes donde solían vivir las personas; ahora vivían en unos lugares llamados edificios. Todo esto era muy extraño para él. Cuando entró a la escuela, le sorprendió que era muy diferente a la de su pueblito; esta era gigante, ya no estaban los pequeños salones —diferencia que notó al instante—, el patio era grandísimo y había muchos maestros y niños con quienes podría jugar y hacer nuevos amigos. Sin embargo, no fue tan emocionante ni suficientemente maravilloso como para que dejara de extrañar mucho a su amigo Juan, cómplice de travesuras y diversiones. Él era su vecino en el antiguo vecindario, pero sabía que una parte de su amigo siempre estaría con él. Cuando entró por primera vez a su salón, la maestra lo presentó al grupo.

—Niños, tenemos un compañero nuevo. Preséntate, por favor, mi niño.

—Mmm... hola, soy José —dijo muy temeroso.

La maestra, muy amable, le dijo que no tuviera miedo

y lo acompañó a su asiento en el centro del salón. Es de imaginarse que casi todos los niños lo miraban llenos de curiosidad, pues querían saber más sobre él, y esperaban con ansias la hora del recreo para jugar con él; a excepción de dos niños no muy contentos con su llegada: Julián y José Halim, a quienes no les agradó la idea de que hubiera otro José en el salón.

Muy tímido por ser su primer día, José ponía más atención a lo que estaba colgado en su salón que a la maestra. Era el dibujo de un castillo que le recordaba a su viejo hogar, y aun más a Juan y a la pequeña parte que lo acompañaba.

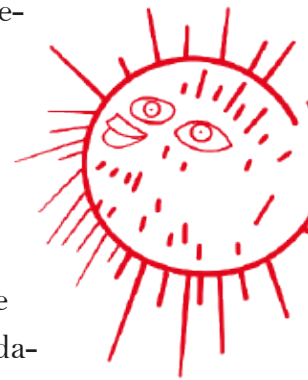
¡Ring!, ¡ring!, sonó el timbre para salir al recreo. Todos salieron rápidamente a jugar al patio, pero a José le costó integrarse; se sentía muy inseguro, por lo que se acercó a unas escaleras muy apartadas del patio y se sentó a comer un sándwich. Melissa, quien era su compañera del salón y la más amigable de todas, se acercó y lo saludó muy amablemente. Le preguntó de dónde venía y si le gustaría ser su amigo. José, muy temeroso, le contestó que era de un pueblito muy lejano y que sí quería ser su amigo. Solo esto le faltaba



para romper el hielo del primer día de clases a José, así cambió su cara de temor por una de felicidad. Al notar la simpatía de Melissa, le preguntó si le gustaría conocer la Luna y viajar en una nave espacial, pero todo como un secreto entre ellos. Melissa se quedó confundida y le dijo “prometo guardar el secreto, pero ¿cómo llegaremos a la Luna?”. Pero José le contestó que era muy fácil, “solo cierras los ojos frente al dibujo de mi amigo y dices: Juan, llévame a la Luna con José, por favor”.



A Melissa le costó creer que con solo decir esto frente a un dibujo de garabatos medio extraño y doblado que sacó del bolsillo podía estar en un viaje a la Luna. Después de pensarlo un poco, lo intentó, y mágicamente aparecieron en una nave espacial rumbo a la Luna. Melissa no podía creer que realmente estaba pasando. Al llegar, comprobó que verdaderamente la Luna es de queso. Para regresar, José le dijo que debía decir “gracias, Juan”. Entonces, su amiga repitió estas palabras e inmediatamente se transportaron al patio de la escuela, específicamente a las escaleras, de donde habían partido, y a tiempo para regresar a los salones. Melissa no podía creer la clase de magia que había visto, no sabía si fue un sueño. Cuando le quiso preguntar a José, ya no estaba a su lado. En el salón, ella estaba ansiosa





por contarles a todos lo maravilloso que era el dibujo de José, y cómo es que cumplía lo que le pidieras, como una especie de mago; pero al ver a José dentro del salón, había recordado la promesa que le había hecho de guardar el secreto. Sin embargo, fue más su emoción y le contó a su mejor amiga, Cecilia, quien se sentaba a su lado. Los niños que estaban enojados con la llegada de José no podían creer que ya fuera amigo de Melissa, por lo que sintieron aún más coraje con la llegada del niño nuevo.

Al finalizar las clases, José salió muy rápido del salón, sin decir adiós, y se fue con su mamá, quien lo esperaba afuera de la escuela, así que Melissa ya no pudo preguntarle quién era Juan.

Al día siguiente, muy temprano, Cecilia no pudo guardar el secreto y les contó a todos lo maravilloso que era el dibujo de José. Al enterarse de esto, Julián y José Halim pensaron en un plan malvado. Desafortunadamente, José llegó cuando comenzaba la clase y no pudieron preguntarle sobre su dibujo; además, permaneció callado y con la mirada distraída hasta que sonó el timbre para salir al recreo. Todos salieron corriendo hacia el patio, excepto José, que fue el último en salir. Como el día anterior, se sentó en el mismo lugar a comer su sándwich. Entonces, se le acercaron los niños maliciosos.

—¿Qué haces, amiguito? Nos contaron de tu dibujo mágico. ¿Nos enseñas cómo funciona? —le preguntó Julián. José, algo temeroso, no les negó la existencia de Juan, pero les dijo que no a todos les cumplía sus deseos. Sin dejarlo hablar más, le arrebataron el dibujo de su bolsillo y se fueron



corriendo a esconderse para no darle la hoja de papel. José no pudo hacer nada más que solo estar triste por haber perdido su cercanía con Juan.

Julián y José Halim, al estar lejos de donde se encontraba José, desdoblaron la hoja de papel y vieron el dibujo de un genio de lámpara, como de cuentos de hadas, hecho con lápiz. Los dos se miraron y comenzaron a reír; entre risas dijo Julián: “convierte la escuela en un zoológico, por favor, Juan”. Sin parar de reír, tiraron la hoja a la basura; sin embargo, vieron cómo empezó a salir pasto del patio y corrieron muy asustados a esconderse en un salón. Desesperado, José llegó corriendo, pero ellos ya no estaban, y no le devolvieron lo que era suyo. Ya era muy tarde. Empezaron a salir animales de los salones, como elefantes y jirafas; de las paredes se colgaban lianas; salían árboles en todo el patio y hasta vieron a un león. Todo era un caos, los maestros y niños corrían y gritaban mientras se escuchaban los sonidos de los animales.

Nadie sabía si era real o estaban soñando, pero muchos se refugiaron en los salones. José dijo que la única manera de volver todo a la normalidad era encontrando el dibujo. Melissa se dispuso a ayudar a buscarlo para resolver esa catástrofe, así que decidieron salir del salón de donde estaban escondidos.

Armados de valor, lograron correr hasta el bote de basura más cercano del patio, por suerte, ahí estaba el dibujo. Solo había un pequeño pro-





blema, como los que pidieron el deseo fueron Julián y José Halim, ellos tenían que pedir que todo volviera a la normalidad.

Los causantes del desastre estaban adentro de un salón y afuera estaba un león esperando a que los niños salieran. Para tratar de hacer que todo volviera a la normalidad, José ideó un plan. Alguien debería atraer al león, mientras José y Melissa entraban al salón donde estaban Julián y José Halim para pedirles que desearan revertir todo. Ante esto, los maestros decidieron ser la carnada sin arriesgar a los alumnos. El plan fue un éxito, Melissa y José llegaron con Julián y José Halim. Estos se disculparon por haber robado el dibujo y dijeron que estaban muy arrepentidos; pero no había tiempo de disculpas, José les explicó que deberían pedir por favor que todo volviera a su normalidad, porque los maestros estaban siendo perseguidos por el león. Así lo hicieron, y rápidamente una luz cegadora comenzó a extenderse por toda la escuela, provocando que todos cerraran los ojos. Al abrirlos, era normal. Estaban muy contentos de haberlo logrado juntos. Melissa, Julián y José Halim abrazaron a José y salieron del salón. Todos corrieron hacia ellos para aplaudirles y expresarles el agradecimiento por haberlos salvado. En ese momento, José les contó la verdad:

—Yo vengo de un pueblito encantado. Lo que causó todo esto fue un pergamino mágico, no un dibujo. Es un regalo de mi gran amigo el mago Juan. Me lo dio para que cuando me sintiera triste pudiera ir a visitarlo. Es cómo un transporte de la ciudad, pero más rápido.

Julián y José Halim estaban muy agradecidos con José por salvarles la vida y remediar el caos que habían provocado.

Le pidieron disculpas y que si podían ser amigos. José aceptó al ver su sinceridad. En ese momento, todos comprendieron el valor que tenía José como persona, aunque viniera de un lugar diferente con otras costumbres. Gracias a ese suceso, el mundo de los mágicos y los no mágicos comenzaron a convivir muy unidos.

FIN

# LAS MISTERIOSAS HISTORIAS DE MI ABUELO

*Luis Enrique Ángeles Torres*

*Ilustración: Luis Enrique Ángeles Torres*

*y María Fernanda Martínez Rosales*

Como cada noviembre, mis padres y yo fuimos a visitar a mi abuelo, que vive en una pequeña ciudad a la cual se le considera como La Perla de las Huastecas. Siempre vamos a su casa para disfrutar la celebración del Día de Muertos o Xantolo, como ellos le llaman.

El festejo va más allá de lo que puedas imaginar; hay música, comida, danzas y muchos colores que impregnan el ambiente. Pero hay algo que me gusta y sobresale en esta celebración: escuchar las historias de mi abuelo. Son relatos que te dejan la piel de gallina y te envuelven en una escena fantástica creada en tu imaginación.

Mientras mis padres acomodan los retratos, preparan la comida y las ofrendas para el altar, como de costumbre, mi abuelito y yo nos sentamos en la sala para que me cuente algunas historias que son comunes de escuchar entre los pobladores de esta ciudad. Aunque me dan un poco de miedo, siempre le insisto para que me las cuente.

—¿De verdad quieres escucharlas? —Me preguntó.

Dudoso le contesté que sí; entonces, comenzó a narrarme historias que provenían de hace muchas generaciones, pues sus abuelos solían contárselas a él cuando era niño.



—Hoy voy a platicarte la vez que una misteriosa mujer hechizó a un pescador mientras nadaba en el río —exclamó—. El pobre hombre llevaba una larga jornada de trabajo, así que decidió descansar un poco mientras se refrescaba en el río, pero no se imaginaba lo que estaba por ocurrirle, ya que, después de un rato, comenzó a escuchar el canto de una mujer; no se le hizo extraño, porque las mujeres que vivían cerca del río solían frecuentar el lugar para lavar su ropa. Él siguió tranquilo nadando, pero no por mucho tiempo, ya que la melodía se escuchaba cada vez más distorsionada y, a medida que se hacía más fuerte, era casi imposible entender lo que decía, pues aquella mujer cantaba en una lengua extraña. Asombrado, decidió buscar a quien entonaba ese canto. Pero no tardó en encontrar a una mujer que estaba cerca de la parte profunda del río. “Aléjate de ahí —le advirtió el hombre—, puede ser peligroso nadar en esa zona”. La mujer detuvo su canto y se quedó ahí, inmóvil; entonces aquel hombre decidió acercarse a ella, pensando en que tal vez la mujer no se había dado cuenta de la advertencia. Conforme se acercaba, mayor era su asombro al ver el esbelto cuerpo de la dama, su cabello largo y una piel que parecía tan blanca y brillante. Cuando llegó a donde ella se encontraba, trató de hablarle, pero quedó paralizado, pues la mujer había revelado su verdadero rostro; tenía un aspecto espantoso, con una mirada profunda y negra, y con rasgos faciales apenas reconocibles. Se cuenta que aquel hombre enfermó, tuvo alucinaciones y fiebre por días. Y se decía que había sido a causa del avistamiento de esa mujer con el rostro desfigurado y de canto extraño.





¡Qué miedo!, le dije. Pero yo quería seguir escuchando.

—¿Puedes contarme más?

—Claro, si prometes no asustarte —me dijo.

Por supuesto que siempre le respondía que sí, pero me seguía sorprendiendo con cada cosa que me contaba.

—Está bien. Ahora te contaré una que mi papá me platicó cuando yo era pequeño, como tú —exclamó. Muy bien, esta historia trata sobre un hombre con una habilidad sorprendente, pues podía convertirse en una bestia...

—¿Es eso posible? —lo interrumpí.

—Al menos en la historia lo es —respondió y prosiguió con el relato: Muy bien, pues ese hombre solía vivir en una pequeña casita ubicada en la zona más alta del pueblo, entre los cerros. Las personas que vivían cerca de él decían que se dedicaba a hacer infusiones de hojas y algunos ungüentos que solía recetar a la gente que lo visitaba por algún malestar. Aunque era un ermitaño, su fama de curandero fue creciendo debido a la gran cantidad de personas que decían haber sido curadas por él. Sin embargo, al poco tiempo, la gente comenzó a alarmarse, pues de noche, en las oscuras calles del pueblo, solían ver a un extraño animal con la apariencia de un coyote de gran tamaño; con ojos que brillaban entre las sombras y que atacaba los sembradíos y el ganado de la población. Todos se preguntaban de dónde había salido y cómo podían deshacerse de aquella extraña criatura. Hasta que cierto día, un grupo de hombres, cansados por lo que sucedía con su ganado, decidieron reunirse para cazar a la bestia. Y así fue, por varias noches hicieron guardia en las calles, hasta que, en una ocasión, en medio de la noche, se



escuchó un disparo. Un hombre había sido atacado por aquel extraño ser, lo que provocó que disparara e hiriera a la bestia; y aunque huyó, el hombre aseguraba haber dejado malherido a ese animal. Efectivamente, pasaron los días y ya no había más desapariciones de ganado y robo en las milpas. Entonces, un día, mientras unos vecinos de aquel solitario hombre fueron a visitarlo, se percataron de que no había rastro de él; y como era un hombre de edad avanzada, decidieron entrar a su casa para asegurarse de que todo estuviera bien; pero cuál fue su sorpresa al encontrarlo recostado y moribundo a causa de una herida, la misma herida de bala que ahuyentó a la bestia...

—¿Y qué paso después, abuelito? —lo volví a interrumpir.

—Dicen que esa herida causó la muerte de aquel hombre. La gente quedó impactada, pues dentro de su casa había una gran cantidad de objetos extraños que posiblemente utilizaba para convertirse en un ser con apariencia animal.

¡Que aterrador!, pensé.

—¿Te asustaste? —me preguntó mi abuelito.

—Suenas interesante, pero eso no me asusta, abuelito —contesté un poco inseguro.

Entonces, mi abuelo me miró con una pequeña sonrisa en la cara y me dijo:



—Espera a que te platique la historia que hacía temblar a tu padre, ¿no es así, hijo?

Mi padre, que estaba en la cocina, se acercó y le respondió entre risas:

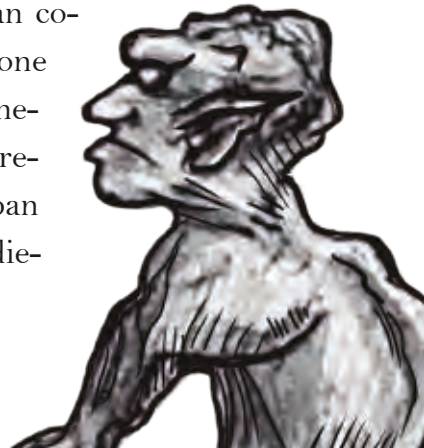
—Es verdad, papá. El relato de esos duendes traviosos siempre me hacía temblar.

—¿Duendes? —pregunté muy entusiasmado.

Mi padre me sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Puedes platicarme sobre eso, abuelito? Te aseguro que no me asustaré.

—Está bien, hijo. Entonces, prepárate para escuchar lo que suele ocurrir en algunos lugares solitarios de este pueblo —me dijo el abuelo con voz tenebrosa y empezó a contar la historia—: Cierta día, llegó a esta ciudad una pequeña familia conformada por los padres y dos hijos pequeños, que habían conseguido rentar una casita que anteriormente se había quedado deshabitada por varios años, cerca de un arroyo de agua cristalina. El señor padre de esa familia tenía que salir del pueblo, pues su trabajo dependía de largos viajes, mientras que la madre se quedaba en casa a cuidar de los niños. Todo parecía estar bien, hasta que, en una ocasión, la madre de los pequeños comenzó a escuchar que sus hijos murmuraban cosas durante la noche, cuando se supone que deberían estar dormidos. Al amanecer, mientras desayunaban, ella les preguntó a sus hijos con quién platicaban la noche anterior, pero ellos respondi-



ron que solo jugaban. A ella le pareció normal, después de todo, llevaban poco tiempo en la casa y tal vez cada rincón era un lugar por descubrir. Los días y las noches pasaron, y los niños conocían un poco más del lugar donde vivían, pues cada vez que la señora se iba al mandado, ellos se aventuraban a explorar el arroyo y se adentraban en la espesura de los matorrales. Pero la madre comenzó a notar que algunos objetos de la casa comenzaron a desaparecer o aparecían en un lugar diferente al que ella solía dejarlos, pues, en ocasiones, los encontraba en el patio o, incluso, cerca del arroyo. Entonces, con gran enojo, ella se dispuso a cuestionar a sus hijos sobre qué hacían sus cosas en el patio y a qué se debía el desorden. Los niños, un poco temerosos por la sanción que su madre les daría, decidieron confesar algo que dejó pasmada a la señora. Le dijeron que, al atardecer, cuando el Sol ya no se veía entre los cerros, venían a visitarlos unos niños que salían de entre los matorrales para jugar, a los que ellos llamaban “vecinitos”. La madre no podía comprender lo que sus hijos decían, pues en aquel lugar no tenían vecinos cerca y no podía imaginar que unos niños anduvieran en la espesura de la maleza a mitad de la noche, así que decidió prohibirles que los dejaran entrar. Sin embargo, al parecer esto no les agradó a esos seres, pues los niños amanecían con rasguños y durante la noche algo les halaba del cabello; además, cada vez era más frecuente encontrar platos rotos y un desorden en la cocina. Cansados de esta situación, la señora decidió buscar ayuda con un señor que era el más cercano al lugar, a lo que él le comentó que los antiguos dueños de esa casa se habían quejado

por el mismo motivo, y solo le aconsejó rociar agua bendita. Y así lo hizo, la señora consiguió agua bendita y la esparció por cada rincón de la casa; pero esto logró enfurecer más a esos seres, pues, una mañana, uno de sus hijos ya no estaba en la casa. Desesperada, la madre de aquellos niños recorría el lugar llorando, gritando y tratando de encontrar al pequeño. Después de un largo rato, el niño regresó llorando a su casa, empapado, con rasguños y espinas en su ropa, mientras balbuceaba que había despertado entre los matorrales.

—¿Y qué pasó después, abuelito?

—Se dice que cuando el padre regresó, le contaron todo lo que pasó y tuvieron que mudarse inmediatamente.

—¡Qué horror! Ahora entiendo por qué esa historia le daba tanto miedo a papá. ¿Puedes ver cómo se erizaron los vellos de mi brazo?

—Ya veo, hijo, pero recuerda que solo son relatos que suelen escucharse aquí en el pueblo.

Después de un rato, mamá nos llamó para poner las ofrendas. El altar estaba dedicado a nuestros familiares fa-

llecidos, en él se encuentran las  
fotos de mi abuelita, mis  
bisabuelos y tíos;



también pusimos comida y algunas bebidas que solían ser las preferidas de nuestros difuntos.

Por todo esto me encanta disfrutar del festejo con mi familia. Espero que el año próximo no sea la excepción, pues siempre me emociona escuchar las misteriosas historias de mi abuelo.



**JUVENIL**





## OJOS NOCHE

*Griselda Aguirre Santos*

*Ilustración: Andrés Rafael Menier León*

Nunca había visto un paisaje tan hermoso en mis 14 años de vida. Un bosque enorme y oscuro se alzaba frente a mí; imponente y aterrador, pero, al mismo tiempo, magnífico. Para llegar a él, desde mi casa, debía pasar por un camino de tierra bastante largo. Se notaba cuando estaba cerca, porque el paisaje cambiaba drásticamente: el aire se volvía más frío, el sonido de los pájaros se escuchaba con más claridad y, mientras más me adentraba, todo se volvía más oscuro, a tal punto que, a veces, me hacía pensar que ya había anochecido.

No estaba sola. Recuerdo que encontré a mi amigo de paja un día mientras paseaba en medio de los enormes e imponentes árboles.

—¡Qué ser más extraño! —pensé—. Es como un humano, pero su piel parece ser de paja.

Se veía triste y afligido. Por un momento pensé acercarme y preguntarle si estaba bien, si podía hacer algo por él, pero decidí no molestar. Él no me había visto, o al menos eso creí. Continué caminando a la orilla de un pequeño río de



aguas cristalinas que atravesaba el lugar, cuando escuché que alguien hablaba.

—Tú no puedes hacer nada por mí —me dijo.

Habló con toda tranquilidad, como si no hubiera estado leyendo mis pensamientos. Tenerlo cerca hizo que pudiera detallarlo mejor. Toda su piel parecía de paja, excepto sus manos, que tenían una textura similar a las raíces de los árboles, desde el antebrazo hasta la punta de los dedos. Pero sus ojos eran la mejor parte; su color era un azul intenso con pequeños matices de gris. Me miraban tan fijamente que de repente me perdí, como si me hubieran atrapado en una sexta dimensión; eran tan hermosos y profundos como la noche misma.

—¿Qué dices? —pregunté.

—Tú no me conoces, pero yo a ti sí. Te he visto venir al bosque varias veces, pero nunca te quedas demasiado tiempo.



¿Por qué crees que necesito tu ayuda? Eres tú la que necesita ayuda desesperadamente.

—¿Cómo te llamas? —me apresuré a preguntar—. ¿Vives aquí? ¿Cómo supiste lo que estaba pensando?

—Mi nombre es Kasgar. Este bosque ha sido mi hogar toda mi vida y, a la vez, una extensión de mí; por eso mi piel es de paja y mis manos son como una raíz. No existe nada en el mundo que no haría por este lugar, es tan importante para mí como el aire que respiro. ¿Cuál es tu nombre?

—Yo soy Susa —contesté—. No sabía que un ser como tú pudiera existir en el mundo; creí que solo existían humanos y animales.

—Ese es el problema con ustedes —me dijo—, no ven más allá de su propio ser. Si abres tu mente, podrás encontrar un mundo diferente al que crees conocer.

No pude creer lo que me había dicho. Fue como si estuviera soñando, pero un sueño tan fuerte que se vuelve real. ¿Habrás más como él? Comencé a mirar a todos lados buscando a otros; por un momento pareció entender mi reacción y me hizo una seña con la mano para que lo siguiera.

—No existen más como yo, si eso te estabas preguntando. Soy único en mi especie —continuó hablando mientras caminaba a mi lado—; pero soy amigo de todos los que habitan en este bosque, tanto plantas como animales. ¿Por qué vienes tan seguido aquí?

—Vivo justo a las afueras del bosque, en casa de mi abuela Astana. Ella murió hace unos meses y quedé sola en el mundo. Vengo todas las tardes porque este es mi lugar favorito en la Tierra.

Así pasaron algunos días. Yo iba por las tardes a visitar a Kasgar y él me enseñaba partes del bosque que nunca había visto: cuevas, pozos y claros. El corazón del bosque era aún más verde que el exterior, y, mientras más adentro iba, más criaturas me encontraba. Al ir acompañada de Kasgar, los animales sentían la confianza de acercarse, se dejaban tocar y algunos caminaban junto a mí.

Cada día era una aventura nueva. Siempre tenía cosas divertidas por hacer o enseñarme; íbamos a nadar, trepábamos hasta la copa de los árboles para ver el atardecer, construíamos cosas y un sinfín de juegos.

Hasta que un día no apareció más.

Lo esperé un día, dos, tres, incluso cuatro, pero jamás volvió. Quise creer que estaba jugando conmigo, que pronto aparecería; sin embargo, al ver que no llegaba, una molestia enorme comenzó a crecer en mi interior.

Después de la muerte de mi abuela, Kasgar era todo lo que me quedaba. Era mi único amigo y comencé a tomarle demasiado cariño. Entonces, que desapareciera como si no le importara, me causó mucho dolor y rabia.

—¿Cómo puede abandonarme así nada más? —grité—, como si yo no valiera nada, ni un minuto de su tiempo para decirme que se iba.

En el tiempo que estuve con Kasgar en el bosque, conocí a muchos animales que después se hicieron mi mejor compañía cuando él se fue. Según me había dicho, cada uno tenía un nombre, que yo, por obvias razones, no conocía a menos que él me lo dijera. Gracias a eso conocí a Patna y



Gaya, dos hermosas ciervas que no se alejaban de mí y que se volvieron mi sombra, mi única compañía.

Pasaron los días y todo estaba igual; el mismo aire, el mismo sonido de los árboles al moverse y el de los pájaros al cruzar el cielo, todo excepto yo, que cada vez estaba menos triste pero más rencorosa. Hasta que un día, como cualquier otro, Kasgar regresó a su hogar, seguía siendo el mismo de siempre, pero cometió el error de pensar que podía hablarme como si nada hubiera pasado, como si no me hubiese dejado sola, a mi suerte. Pero estaba equivocado y yo demasiado afectada para dejarlo pasar.

—Necesitaba un tiempo para mí —comenzó a decir—. Estabas siempre a mi lado y me sentí abrumado. En todos los días que pasamos juntos te tomé más aprecio del que hubiera imaginado. Antes de ti, yo solo tenía este bosque, pero comencé a quererte más que a mi propio hogar y eso no puede ser. Necesitaba espacio para despejar mi mente.

Ojalá lo hubiese entendido en ese momento, pero yo estaba tan furiosa y al mismo tiempo tan triste, tan afectada, que por más que lo intenté, no entendí sus razones.

—Eras todo lo que tenía —le dije — ¡y te fuiste como si hubieras dejado atrás a una simple cosa mal puesta! Me hiciste sufrir, me abandonaste, pronto tú sentirás lo mismo.

Salí corriendo sin mirar atrás. Escuché cómo Kasgar gritaba mi nombre, pero solo podía pensar en mí y en lo devastada que me sentía. Su regreso despertó todo ese huracán de emociones que había comenzado a enterrar. Quería gritar y destruir todo, porque al final, el bosque era lo que más que-

ría, ¿no? Pues se quedaría sin él, aunque yo también saliera perdiendo.

Estaba como en trance, completamente fuera de mí, ni siquiera presté atención al dolor de mis piernas después de correr tanto para llegar a casa de mi abuela. Tomé un encendedor y un poco de gasolina con la que prendía el fuego para cocinar. Regresé al límite del bosque y tiré la gasolina sobre algunos árboles, las hojas caídas y hasta en el pasto. Entonces, le prendí fuego.

Poco a poco las llamas se hicieron más y más grandes, hasta casi igualar el tamaño de algunos árboles.





—¡Susa!, ¡Susa! ¿Qué has hecho? —gritaba Kasgar desesperado—. ¡Ayúdame a apagar esto, por favor, el bosque no puede quemarse!

Yo veía cómo corría desesperado tratando de apagar el enorme incendio con sus manos. Los animales corrían despavoridos buscando refugio, y oía el crepitar de las hojas y plantas al quemarse.

—¡Ayuda! ¡Por favor, ayúdame!

Simplemente me di la vuelta y regresé a mi casa, satisfecha, sin mediar palabra, sin decir adiós.

Fue un incendio demasiado fuerte, el aire se sentía más caliente de lo regular. Al día siguiente no regresé, me quedé en casa. Al tercer día tuve que volver al bosque, necesitaba ver a Kasgar sufrir, así como yo lo había hecho. Esperaba encontrarme con un paisaje desolador, pero no tanto como el que encontré. Cientos y cientos de árboles quemados desde la raíz hasta la punta; los peces estaban tirados a la orilla del río, unos estaban quemados y los que no, supongo que salieron del agua cuando esta comenzó a ponerse muy caliente.

Algo dentro de mí se movió y comencé a sentirme mal. Nunca podré olvidar el momento en que encontré a Patna y Gaya tiradas en medio del bosque, quemadas hasta las astas y con una clara señal de agonía en sus rostros. Esas dos nobles ciervas que nunca me dejaron sola cuando mi amigo de paja decidió abandonarme y que ahora estaban muertas por mi culpa, por no pensar las cosas y cederle el control a mi coraje.

Caí de rodillas junto a sus cuerpos e hice la cosa más inútil que pude imaginar: llorar. Lloré tan desconsoladamente

hasta que no me quedaron más lágrimas. Si yo me quería morir, no imaginaba cómo lo estaba pasando Kasgar; yo destrocé su hogar, su vida y la de sus amigos. Sus inocentes amigos. Por mi mente solo pasaron sus hermosos ojos azules, llenos de dolor e impotencia, sus hermosos ojos noche.

¿Por qué no pensé que mis acciones, por individuales que sean, también afectarían a los demás? Quería lastimar a Kasgar, es cierto, pero jamás fue mi intención herir a inocentes como Patna y Gaya, como las flores y los peces del río. ¿Cómo pude ser tan egoísta? No solo destruí mi lugar favorito en el mundo, sino que destruí el mundo entero de alguien más.

Continué caminando entre los restos del que antes fue un lugar único y especial para mí. El aire estaba invadido por el humo espeso y caliente, como recordatorio del fuego que antes pasó por ahí. Las ramas del suelo crujían cuando pasaba sobre ellas, todo se veía tan triste y silencioso, tan gris. Ya nada quedaba de ese verde brillante y llamativo, ni de las hermosas flores que decoraban todo el lugar.

A lo lejos escuché un lamento profundo y desgarrador que no necesité ver la cara de quien lo hacía para saber de quién se trataba. Seguí avanzando sigilosamente para no llamar su atención, y pronto escuché una voz que hablaba entrecortado.

Me acerqué un poco más, hasta que pude distinguir varias figuras a unos metros de mí, eran Kasgar y un puñado de animales sucios y heridos, algunos con su cuerpo sangrando y quejándose de dolor, mientras él estaba sentado en un árbol caído con la cabeza entre sus negras y quemadas manos.

—¿Cómo pudo hacernos esto? ¿Cómo pudo hacerme esto a mí? Yo le dije que este bosque lo era todo para mí, mi hogar, mi vida. Le conté y enseñé cosas que quizá no debía, pero lo hice porque confié en que ella sabría apreciarlo tanto como yo. ¡Cómo me arrepiento!

No pude soportar verlo y a los otros animales en ese estado. Toda la culpa recaía sobre mis hombros y se volvió una carga muy pesada. No tenía cara para acercarme a ellos e implorar por su perdón. No merecía su perdón. Decidida a irme para siempre y no volver a causarles más dolor, me di la vuelta y comencé el camino de regreso a mi casa, pero las ramas en el suelo hicieron mucho ruido y advirtieron mi presencia. De repente, tenía 12 pares de ojos viéndome fijamente; sin embargo, los únicos que podía reconocer eran esos intensos ojos azules, tan azules como el mar, que ahora estaban rojos e hinchados por el rencor y las largas horas de llanto.

—¡Tú! ¡Mira lo que has hecho! —se levantó de golpe y comenzó a caminar—. ¿Qué haces aquí? Cómo te atreves a pararte sobre este lugar sagrado cuando tienes las manos manchadas de sangre. No solo te llevaste su hogar, también sus vidas.

—Tú no tienes derecho a pisar este bosque; no mereces nuestra amistad y nuestro afecto, o las flores y frutos que solías recoger. ¡Ni siquiera el aire que respiras!

Mientras se acercaba, yo daba algunos pasos hacia atrás; si él daba uno, yo retrocedía dos. A pesar de su apariencia poco común, Kasgar nunca me dio miedo, hasta ahora. Un

escalofrío recorrió mi cuerpo; era mi instinto diciéndome que debía huir, que ya no podía quedarme.

—No tienes idea de lo que es ver lo que más amas destruido por la única otra cosa que también querías.

No pude disimular mi cara de asombro ante tal confesión. Como siempre, a él nada se le escapaba y notó mi expresión.

—Por supuesto que llegué a quererte —me dijo—, pero mi cariño era puro, real. Jamás podría hacerte algo como lo que tú nos hiciste a todos. ¡Destruiste lo que más amaba! ¡Lo que ellos más amaban!

Sus manos estaban apretadas en puños y se notaba en sus brazos la furia con la que lo hacía. Jamás cruzó por mi mente ver a Kasgar tan enojado, aunque no es para menos, así como yo lo hice sufrir por el dolor que me causó su abandono, merecía pagar por el tormento de todos a los que dañé; aunque empecé a sospechar que mi precio era demasiado alto.

—¿A dónde vas, Susa? ¿Ahora tienes miedo de nosotros? ¿De mí? El único monstruo aquí eres tú, perdónanos si no dejamos que te vayas, pero tienes una cuenta pendiente con nosotros y es tu deber pagarla.

No esperé que lo dijera de nuevo. Salí corriendo con toda la fuerza que tenían mis piernas; miré una vez hacia atrás y noté que no solo Kasgar me perseguía, sino también los animales, que, aún heridos, no dejaban de correr.

El miedo recorría mi cuerpo, mi pulso estaba acelerado y me empezaba a quedar sin oxígeno. Jamás me había sentido de esta forma, tan... ¿cómo decirlo?, ¿cómo expresar en palabras un sentimiento tan ajeno a algo de carne y hueso?

Aproveché su pésima condición lo más que pude, sintiéndome aún más ruin por agradecer que estuviera débil y cansado. Brincaba sobre los troncos de los árboles caídos, me metía entre las ramas y trataba de dejar obstáculos en el camino. Cada que hacía esto ganaba un poco más de distancia entre ellos y yo. Al cabo de un rato los perdí de vista, pero no pude detener mi carrera por temor a que me alcanzaran. Quería vivir y haría lo necesario para conseguirlo.

Corrí y corrí hasta que no pude más, y aun así continué corriendo, pero ahora sin mirar atrás. El único lugar donde podía refugiarme era en casa de mi abuela Astana, sin embargo, era consciente de que no estaría ahí mucho tiempo.

Entré a la casa y al cerrar la puerta me recargué de ella para tomar un respiro. A pesar de estar a las afueras del bosque, sabía que Kasgar y los demás no dudarían en buscarme aquí. Necesitaba irme. Tomé una bolsa de tela similar a una maleta y comencé a meter lo esencial en ella: una muda de ropa, comida del refrigerador, entre otras cosas. Sin darme cuenta, el peso de mi tristeza se hizo presente cuando vi un retrato de mi abuela en la sala; lo tomé para guardarlo en mi maleta, pues era lo más importante de la casa. Entonces comprendí el dolor de Kasgar al tener que dejar mi hogar y las cosas que a mi abuela tanto trabajo le costó conseguir solo por mi egoísmo e impulsividad. Con razón me odiaba, y ahora yo también comenzaba a hacerlo.

Miré la casa a detalle, como queriendo grabarla en mi memoria, porque solo eso me quedaría, pues estaba segura de que no volvería a verla. Esas paredes color rosa pastel, las viejas puertas de madera que crujían al abrirse, la alfombra

y los muebles de la sala, las tejas y las tablas del techo; todo quedaría abandonado apenas cruzara la puerta.

Eran cerca de las seis de la tarde y la noche comenzaba a caer. Continué llenando la maleta y debatiendo acerca de qué debía dejar para que no fuera tan pesada, hasta que el esfuerzo de la carrera y el no comer nada en todo el día se hicieron presentes en mi cuerpo. Comencé a sentirme muy cansada y adolorida. Deseaba quedarme al menos un momento a descansar, pero si lo hacía, sería mi fin. La única opción que me quedaba era comer un poco de lo que había en la cocina y hacerme un café para reponer energía y mantenerme despierta. Confiada en que Kasgar y sus amigos estaban aún demasiado lejos, tomé las cosas y me preparé un café negro con dos de azúcar, como siempre. Al primer sorbo me quemé la boca.

Estaba tan caliente que fue imposible beberlo y tuve que dejarlo enfriar unos momentos. Aproveché ese pequeño tiempo para abrir un poco la ventana y ver si había señales de ellos, pero nada. Entonces, tuve la idea de guardar algunas de las cosas que tenía en cajas y bolsas, por si alguna vez tenía la oportunidad de regresar por ellas, así que cerré la ventana y emprendí la tarea.

Tomé unas bufandas y abrigos de mi abuela que usaba mucho. Tengo muchos recuerdos de ella haciendo pan de naranja cuando llegaba diciembre, siempre fue mi favorito y amaba prepararlo con ella cuando se acercaba el frío de la Navidad. Me abracé a ellos aspirando su aroma y algunas lágrimas se asomaron en mis ojos. Me dolía tener que dejar tantos recuerdos atrás, incluso extrañaría las marcas en la pared del

fondo, ella las hacía cada año para ver qué tanto había crecido. “¡Mira qué grande estás!”, decía mi abuela cuando escribía la fecha sobre la última marca y añadía: “un poco más y serás más alta que yo”.

Me sentí tan triste, tan enojada conmigo misma, por perderlo todo. Estaba tan metida en mis pensamientos que no advertí el sigiloso ruido de la puerta al girar el picaporte. Cuando me di cuenta de lo que pasaba, ya era demasiado tarde. Dos enormes ojos rojos estaban detrás mí, esos hermosos ojos de noche que tanto me gustaban y que ya no estaban más. Aun así, sus ojos seguían siendo el cielo para mí.

Después de la muerte de mi abuela Astana, me sumí en una profunda depresión y, en medio de mis delirios, comencé a imaginar muchas formas en las que podía morir, porque no me creía capaz de vivir sin ella. Pasaba horas y horas pensando en la mejor y más rápida manera de morir, sin saber que en realidad moriría en este mismo día, cuando más deseaba vivir, esperando que enfriara mi café.

## BRILLANTE OSCURIDAD

*Ivonne Michelle López Paz*

*Ilustración: Andrés Rafael Menier León*

### OSCURIDAD

Todo a mi alrededor era oscuridad. No había ni un pequeño punto de luz. ¿Por qué estoy aquí? Debería estar contigo, pero ¿dónde estás?

Mi mente se siente en penumbras. Solo hay pequeños chispazos de recuerdos confusos: alcohol, botella rota, Emi en el suelo, sangre...

¿La sangre era mía?, ¿qué pasó con Emi?, ¿por qué no logro recordar nada?, ¿logré escapar?

Necesito salir de aquí, pero cómo hacerlo. No sé dónde estoy, no logro encontrar una salida. Trato de levantarme, pero es imposible, quizás la sangre sí era mía y estoy tan débil que mi cuerpo no puede ejercer movimiento alguno.

De pronto, siento muchas manos tocándome. ¿De dónde vienen? ¡Déjenme! ¡Suéltense! Mis gritos parecen no querer salir. Necesito irme de aquí, debo buscar a Emi, quiero saber cómo está.

El cansancio logra consumirme. Cuando por fin despierto, ya no hay más oscuridad; ahora todo es luz y quisiera que no fuera así, pues logro percibir grandes charcos de sangre y... ¿un cuerpo?, ¿soy yo? Usando todas mis fuerzas logro caminar hasta el otro extremo de lo que parece ser una amplia habitación.



¿Quién es ella? Su pequeño cuerpo está lleno de moretones y grandes manchones de sangre. Quiero tocarla, pero no puedo. Estoy frente a una posible escena del crimen y cualquier movimiento brusco haría verme culpable.

Después de observarla y centrar toda mi atención en ella, noto que la habitación parece ser una gran caja. La iluminación es demasiado brillante, quizás las paredes blancas hagan ese efecto.

Después de dar varias vueltas sobre mi propio eje, me doy cuenta de que en una de las esquinas del techo hay una cámara y lo que parece ser un agujero de ventilación, pero no hay puertas ni ventanas. Opto por sentarme y esperar a que algo pase... pero nada. Nuevamente me está consumiendo el cansancio, tal vez sea por no haber comido desde lo que creo son más de 24 horas. Finalmente, observando el cuerpo de la chica desconocida es como me duermo.

Oscuridad... nuevamente todo es oscuridad. Esta vez no siento tanta pesadez en el cuerpo; siento que el tiempo que dormí logró darme fuerzas. Por alguna extraña razón siento la necesidad de levantarme y buscar algún interruptor, aunque sé que no lo encontraré.

Lo hago. Me levanto de lo que parece ser una cama. ¿En qué momento me acosté sobre una cama? Lo último que recuerdo fue que me quedé dormida en la mitad de la habitación sobre el piso, pero... ¿por qué estoy en una cama si en la habitación no había ninguna? Muchas preguntas de nuevo y muy pocas respuestas. Cuando pongo un pie en el piso siento un fuerte dolor de cabeza y por fin ahí están... todos y cada uno de los recuerdos de la noche anterior llegaron a mí.



—*Deberíamos irnos de aquí. Las cosas se están poniendo demasiado feas y pronto llegará la policía y estaremos en graves problemas —Emi me decía mientras jalaba fuertemente de mi brazo sollozando en silencio—. Él ya no está más. Debes aceptar que se ha ido; odio decírtelo, pero él así lo quiso, es momento de seguir, Mer.*

Lo sé. Ahora lo sé. Él se fue y me dejó sola, simplemente ya no podía más. Y sin darme cuenta, lágrimas brotan de mis ojos y nuevamente lo siento... el gran vacío en mi estómago, la desesperación y, sobre todo, la necesidad de tener algo en mi sistema que me aleje de la realidad. No puedo evitar pensar en el último día que lo vi.

—*El próximo viernes podremos salir. El nuevo café abrirá y sé que te gustará; te conozco tan bien que sé que será tu nuevo lugar favorito, obvio después de mí, claro.*

Para ser tan tímido, Alex era demasiado seguro de sí mismo, lo cual lo hacía lucir aún más guapo de lo que era.

—*¿Qué te pasa, Mer? Durante todo el camino has estado callada.*

—*No me pasa nada—.* En este momento solo prefiero escuchar. No quiero arruinar el buen momento que estamos pasando con otra más de mis crisis por falta de droga. No está siendo nada fácil mantenerme limpia, pero mi madre solo me ha dado una última oportunidad.

Lágrimas... todo se ha vuelto borroso desde que comencé a llorar. El dolor de cabeza por recordar todo de golpe me está afectando demasiado. Necesito controlarme; sé que el llorar afecta la poca fuerza que he conseguido al dormir.

Me levanto de la cama y me doy cuenta de que la oscuridad se ha ido. Nuevamente la veo, pero esta vez la sangre ha desaparecido. Ahora ella está más cerca de mí, quiero correr a su lado y preguntarle si está bien, pero parece perdida. Su cara está demasiado pálida y moretones se logran asomar a través de su pijama. Al igual que toda la habitación, ella cambió.

La ansiedad de no haber consumido nada en varias horas me desespera, corro por toda la habitación lo más rápido que puedo tratando de liberar la desesperación acumulada, y, sin darme cuenta, resbalo y siento dolor; mucho dolor que sé que solo podría controlarse con lo que yo llamo medicina. Consigo levantarme y, al estar frente a la cama, veo un pequeño paquete que se encuentra sobre ella.

Realmente espero que sea comida o lo que tanto necesito. Sí, ahí está, una pequeña bolsa guarda en su interior tres diminutas pastillas que en muchas de mis crisis han estado para mí. Mi desesperación aumenta y sin pensarlo ya las tengo pasando por mi garganta. Ahora todo está bien, sé que todo está bien.

Sé que en menos de 15 minutos harán efecto y todo aquel dolor que he reprimido podrá ser calmado, pero no. Siento tanto ardor en mi estómago que realmente deseo que estén fuera de mí; debo vomitar, necesito hacerlo.

Consigo sacarlas y ahora no puedo detenerme. El vómito no cesa, mi garganta arde, todo comienza a ponerse borroso y caigo. El dolor inunda cada parte de mi cuerpo. Esto de la abstinencia es una jodida mierda.

Me he preocupado más por cualquier otra cosa que ni siquiera he pensado en cómo conseguiré salir de aquí. ¿Ya habrán comenzado a buscarme?, ¿mamá estará preocupada?, ¿Emi creerá que también he escapado?, ¿quién me habrá encerrado aquí?, pero, sobre todo, ¿quién es ella?

La niña no emite sonido alguno. Tiene la mirada fija en un punto de la pared. Realmente espero que siga con vida, odio la compañía, pero en estas circunstancias no me vendría mal; además, sé que, si no logramos salir de aquí, una de las dos terminará comiéndose a la otra.

Comienzo a recorrer lentamente la habitación, tratando de buscar alguna puerta secreta o algo que me ayude a salir de aquí, pero es en vano. Decido sentarme y esperar a que un milagro pase y nos encuentren o muramos, lo que pase primero. Sé que si fuera Emi con quien me encerrarán, no me aburriría; esa tonta sabría cómo buscarle el lado positivo a esto, si es que lo tiene, pero si fuera Alex, pues...

—*Mer, sal de ahí —Alex golpeaba fuertemente el cristal del auto, no sé cuánto tiempo llevaba así, pero cada vez se veía más enojado y preocupado—. Por favor, nena, esto no es bueno para ti y lo sabes, debes dejarlo, necesito que lo dejes, te necesito.*

Sus palabras se sentían lejanas, cada vez me alejaba más de la realidad, y el pequeño recipiente de pastillas quedaba vacío, amaba esa sensación.

—*Mer, ha llegado Emi, por favor sal del auto, pronto debo llevarte a tu casa y sabes lo que tu madre te hará cuando llegues y te vea así —ahí estaba de nuevo el tonto de Alex intentando salvarme de las golpizas de mi madre—. Emi, por favor habla con ella, sé que a ti te escuchará más que a mí.*

—*Hola, guapa, ya llegué a salvarte; por favor abre la puerta. Alex es un tonto, no te entiende a veces, pero ese tonto se preocupa por ti —la preocupación en el tono de voz de Emi era muy notoria, odiaba que siempre estuviera en estos momentos. —Mer, por favor, debes dejarlo, te ayudaremos a dejarlo, debes dejarlo para estar bien.*

—*Genial, mi novio y mi mejor amiga tratando de salvarme —mi tono de voz sonaba muy burlón, pero es que realmente no quería hacerles caso—. Emi, sabes que necesito esto para estar bien, por favor ya déjenme en paz o vengan a disfrutar conmigo de todo esto.*

## ETERNIDAD

El paso del tiempo es muy extraño en este lugar. No logro identificar si es de día o de noche. Siento que he estado aquí durante una eternidad. Ella parece tan ensimismada en sus pensamientos, como si todo lo que ocurriera aquí no tuviera importancia.

Aquí está de nuevo, la inminente oscuridad que estará presente por el resto de mis días o hasta que algo o alguien me permita salir. Realmente no logro entender cómo es que llegué aquí. Si se tratara de algún juego de escape, estoy segura de que habría perdido, pero realmente no lo siento así. Supongo, por la oscuridad, que ya es de noche, por lo que de nuevo en un rincón de la habitación caigo rendida.

¡Manos y más manos recorren mi cuerpo!, debo estar pasando por algún tipo de parálisis, pues no puedo ejercer movimiento alguno. En esta ocasión, la claridad repentina que se produce en la habitación me permite despertar y mo-

verme, pero por más que busco, no logro encontrar a aquellos que me tocaban. Es como si de pronto se hubieran esfumado.

Y como por arte de magia, la habitación cambia de nuevo, y ella también lo hace. Moretones y más moretones cubren su cuerpo y algunas gotas de sangre resbalan de su mejilla. La he observado durante todo el tiempo que llevo aquí y esperaba que sus expresiones corporales fueran las mismas, pero no. Ella me observa y su mirada parece estar cargada de ira. No creo que ni siquiera note las grandes gotas de sangre que brotan de su rostro lastimado, pues está concentrada en odiarme, en odiar, de alguna manera, mi presencia en la habitación.

Por lo lastimada que está, esperaba que no pudiera levantarse, pero lo hace. Camina torpemente hacia mí, emanando furia por cada uno de sus poros. Al verla de esa manera, sé por qué estoy aquí y, sobre todo, sé quién es ella.

## DOLOR INFINITO

Su respiración es cada vez más débil y, aunque ya no hay más sangre brotando de su mejilla, el dolor que siente es tan inmenso que casi se puede palpar. Por fortuna, la habitación está en penumbras y por primera vez lo agradezco, pues así no puedo verla, no puedo sentir.

Después de mucho tiempo, por fin he conseguido sentir algo. Es demasiado sofocante sentir un dolor que sé que no puedo controlar con ningún tipo de sustancia. Todo esto solo me hace pensar en la vez que logré desconectar mis emociones de las palabras hirientes del ser que se supone más me debería amar...

—¡ERES UNA MALDITA, AMÉRICA, ¡LO ÚNICO QUE HAS HECHO DURANTE TODA TU VIDA ES JODER LA MÍA! ¡MALDITO EL DÍA EN QUE PERMITÍ QUE ESTUVIERAS EN ESTE MUNDO! —*deseaba sentir algo, que aquellas palabras dolieran o produjeran algo en mí, pero no; unas estúpidas palabras de una estúpida mujer no duelen tanto como los golpes que me ha propinado por el simple hecho de existir—. Deberías estar llorando. No hay nada que me produzca más placer que verte sufrir, porque eso es lo único que te mereces después de haberme jodido la vida, de destrozarse todos y cada uno de mis sueños.*

—*Continúa... di todo lo que tengas que decir; después de todo, las palabras de una tonta mujer alcohólica no me duelen tanto como los golpes.*

Podría jurar que mi madre parecía sorprendida por mis palabras, pero realmente no fue así. Su brazo fue tan rápido que apenas pude darme cuenta de que ya estaba sobre mi mejilla. Y como si fuera algo de esperarse, los golpes y cachetadas no cesaron hasta que me desmayé.

## PALABRAS QUE SANAN

Al despertar, me sorprendió que la luz en la habitación no fuera tan alucinante como en anteriores ocasiones. Ahora todo parece ser tan... ¿acogedor?

Me detengo un momento a observar la habitación y no sé cómo ni cuando alguien ha colocado fotos en todas las paredes; fotos mías, de Emi y de Alex. Fotos que al parecer fueron tomadas por alguien que nos observaba sin que nos





diéramos cuenta. Me pregunto cómo habrá logrado estar en todos esos momentos.

Lentamente me levanto de la cama intentando no despertarla y comienzo a recorrer la habitación como si me encontrara en una galería. El día de mi cumpleaños número 19, el cumpleaños de Emi, mi primera cita con Alex; el día que mi vecina, la señora Ana, me regaló mucha ropa; cuando aprobé mi primer examen de matemáticas; cuando conseguí estar limpia por todo un mes. Muchos de mis buenos recuerdos se encuentran aquí; realmente me sorprende verme de esa manera, tan... llena de vida.

La siguiente pared está repleta de mis peores momentos: la primera vez que mi madre me golpeó, el tipo del bar que intentó abusar de mí, la vez que tuve relaciones con un tipo por droga, el día que me expulsaron de la preparatoria, cuando hace apenas un año viví en la calle. Ninguno de estos

malos recuerdos me afecta tanto como el de mi padre muerto, tirado en su habitación con una jeringa en el antebrazo y rodeado con miles de pastillas y bolsitas de marihuana.

Como era de esperarse, las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos, pero continúo mi recorrido. En la siguiente pared se encuentran enmarcadas frases y los nombres de las personas que las dijeron:

“Lo único que has hecho mal, ha sido quedarte con tu madre, sabes que siempre puedes quedarte aquí”. Doña Ana, el día que me curó los golpes de mi madre.

“Solo es un mal día, no una mala vida”. Emi, el día que recaí después de dos semanas de estar limpia.

“Si las personas se detuvieran a conocerte, sabrían lo maravillosa que eres”. Alex, el día que estuve a punto de darme por vencida.

“No quiero que crezcas viéndome de esta manera; eres mi pequeña y te mereces lo mejor, perdóname por dañarte”.

Mamá, el único día que logró estar sobria.

“No mereces que tu madre te golpee, perdóname por no defenderte, yo sí estoy feliz de que estés aquí”. Papá, el último día que estuvo con vida.

Recuerdo perfectamente el sentimiento de esperanza que sentí cuando me dijeron estas palabras. En ese momento fueron sanadoras.

Finalmente, en la última pared, que es donde está la niña, solo se encuentra una nota enmarcada:

Y ahora que sé esto, me siento más tranquila, pues ya todo acabará.



## NO ME SALVASTE

Al terminar mi recorrido por la habitación, me quedo sentada al borde de la cama esperando a que la pequeña despierte y logre darme respuestas; luego de un rato, por fin despierta. Lentamente se sienta apoyada en el respaldo de la cama, y con su mirada fija en mí, me dice:

—No esperaba que llegaras tan pronto aquí. Tenía la esperanza de continuar sola con esto, solo así nos mantendría a salvo de ella —su voz sonaba demasiado ronca y frágil, quizás por todos los golpes que ha tenido y lo mal alimentada que se ve—. Realmente lamento no haberte salvado cuando pude hacerlo, sé que fue demasiado difícil aguantar todo por tanto tiempo. Nada de lo que ha pasado ha sido nuestra culpa,

todo lo causaron los demás. Imaginaba que tú estarías bien, pues he hecho lo posible por mantenerte a salvo, pero veo que mis esfuerzos han sido en vano; tan solo mírate... Tranquila, sé que has aguantado todo lo que has podido, pero no fue suficiente: no me salvaste —lentamente se mueve hacia la orilla de la cama y me abraza. —Pronto saldrás, Mer, y me salvarás. Lo vas a lograr.

Luego de esto, se levanta de la cama y camina hacia una de las esquinas de la habitación y, como por arte de magia, una puerta se abre ante ella. Nuevamente me quedo completamente sola.

## RECUERDO DE UN DOLOR

Aunque pude haber corrido tras de ella y lograr haber salido de aquí, no lo hice. Sé por qué estoy aquí y ella tenía razón. No la pude salvar antes, pero ahora sí lo voy a lograr. Ahora comprendo que los golpes fueron por mí, todo ha sido por mí. Ella era todo lo bueno que quedaba en mí y lo arruiné, la arruiné.

Era tan pequeña cuando todo comenzó...

—*¡NO, MAMI!, prometo que no lo volveré a hacer, pensé que estarías feliz —mi voz era casi inaudible, no paraba de llorar mientras sostenía la botella de licor vacía.*

—*Estúpida niña, lo único que haces es seguir arruinándome la vida. No te basta con haberme quitado el sueño de ir a la universidad, ahora también me estás quitando lo que más amo —el cable que sostenía en sus manos poco a poco rozaba mi espalda y sabía que en cualquier momento me golpearía.*

Recuerdo que, al día siguiente, mi maestra de primaria intentó llevarme con ella, pero le dije que por ser muy tonta me caí de las escaleras.

### CUESTA ABAJO

Después de mucho tiempo pude lograr dormir bien y se lo debía a ella. Lentamente me levanto de la cama y todo lo que había antes en las paredes ha desaparecido y fue sustituido por un gran cuadro, en el que se encuentran las siguientes palabras:



Lo entiendo, sé a qué se refiere, pero es casi imposible no culparme de ello, no lo ayudé...

—*Mer, no fue tu culpa, tú no sabías nada de esto. ¿Cómo podías saberlo? Él no quería ser salvado —aunque estaba demasiado triste para hablar, Emi sabía perfectamente qué decir, pero eran cosas que yo no quería escuchar.*

—*Todo ha sido mi culpa. No lo escuché y ahora se ha ido —la furia me inundaba el alma, las uñas hacían demasiada presión en las palmas de mis manos y en cualquier momento las harían sangrar.*

—*Señoritas, ¿lo conocían?, ¿vieron qué pasó? Necesitamos un testigo que nos diga lo que pasó. Si saben algo, por favor acompañenme a la estación —el policía permanecía en espera de alguna respuesta, pero al ver que ninguna de las dos decía nada, se retiró.*

A partir de ese momento, mi vida se fue cuesta abajo. Ya no había momento en el que no estuviera consumiendo algo. Poco a poco sentía cómo me perdía... y era lo mejor, era el mejor castigo que podría tener por no haber visto todas las señales y haber prevenido esto.

Alex simplemente se fue apagando y yo no pude evitarlo. Estaba tan centrada en mí que no pude verlo; no pude ver que ya estaba llegando al final. Es que, aunque Alex desde pequeño había sido diagnosticado con depresión, nunca se le veía mal; él era una persona “normal”. Desde que lo conocí, jamás había tenido una crisis, él sabía cómo lidiar con ello.

Recuerdo haber sentido aún más dolor y culpa cuando veía como poco a poco quitaban la soga de su cuello. Realmente, de todas las maneras posibles en que creí que podría haberlo hecho, esta fue la menos pensada.

Después de ese día, no volví a ver a Emi. No quería hacer que también se perdiera por intentar salvarme. Sé que fue muy egoísta de mi parte dejarla sola en ese momento, pero ya era demasiada la culpa que sentía como para intentar consolarla. Lo único que podía hacer bien en esa situación era alejarme.

## PERDIDA

No recuerdo exactamente cuánto tiempo estuve perdida; y no hablo de extraviada como quien no encuentra el rumbo, sino de estar perdida en ti.

La primera noche ingerí más de lo que debía, por lo que estuve a poco de sufrir una sobredosis, pero, por alguna razón, simplemente me desmayé en la calle. Los siguientes días empecé a conseguir droga de la manera más rápida y fácil posible; lo que comenzó con pedir limosna, se convirtió en acudir donde se encontraban siempre ellas. La sensación de asco y temor no existía en mí en ese momento, pues mi prioridad era sentirme bien y conseguir dinero para lograrlo.

Al principio me sentía mal conmigo misma por haber llegado a ese punto, recuerdo que la primera noche que estuve con aquellos dos tipos lloré hasta dormirme. Me habían hecho mucho daño y ni siquiera había podido conseguir el dinero para comprar lo que tanto necesitaba. Alguna noche después, una de las mujeres me preguntó si ya era mayor de edad, porque decía que me veía muy pequeña para estar en un lugar y una situación así. Aunque fue muy amable conmigo, no necesitaba que nadie se metiera en mis asuntos en ese mo-

mento, por lo que le dije que solo estaría ahí dos o tres días más y nuevamente los “clientes” serían de ella.

A partir del tercer día todo dejó de importar. No recuerdo con cuántos tipos estuve esa noche. Estaba tan drogada como para saberlo, yo simplemente quería más dinero para poder sentirme mejor.

Creo que vagué por dos semanas, yendo de aquí a allá, consiguiendo dinero de la única manera en que podía hacerlo, hasta esa noche.

## A SALVO

En una de las primeras noches de la tercera semana, mientras intentaba llegar a mi punto de “trabajo”, Emi estaba ahí, esperando por mí, y supe que era así porque platicaba con una de las mujeres; pensé en huir de ahí, pero simplemente no pude hacerlo...

*—Hola, guapa. Al fin te encontré —dijo mientras colocaba mechones de cabello detrás de su oreja—. Creo que si intentabas esconderte debías hacerlo lejos de aquí; todo mundo sabe lo que has estado haciendo.*

Dudaba mucho en responderle, pero sentía que de alguna manera le debía una explicación.

*—¿Qué haces aquí? No estoy perdida, pero ahora que me “encontraste”, vete. Debo trabajar —estaba intentando sonar lo más tranquila que pudiera, aunque deseaba con todo mi ser que mis ganas de irme con ella fueran más grandes que mi adicción.*

*—Mer... sé que no estás bien, déjame ayudarte; sé que te duele que ya no esté aquí, pero debes seguir. Nada de lo que hizo fue*



*tu culpa, simplemente la oscuridad lo consumió. Vámonos de aquí, te ayudaremos a dejarlo —Emi tomaba mi mano, intentando que sus palabras me convencieran, pero ya no había esperanzas en mí, todo mi interior estaba vacío y no quería arrastrarla a eso.*

*—Emi, vete de aquí. No quiero verte más, debes entenderlo, simplemente ya no puedo. Mi lugar en el mundo se encuentra aquí, donde no puedo lastimar a nadie —y sin más qué decir, me alejé de ella, dejándola con la palabra en la boca.*

Luego de haberla visto, recuerdo cómo todo se volvía más gris; todo se resumía en fluidos corporales, dinero y drogas, una rutina que no hacía más que alejarme de mí.

Pero siempre hay algo o alguien que lo arruina, y por más que quisiera que ese alguien fuera yo, no fue así. Todo se me había salido de las manos.

*—Necesito tener más clientes, el dinero ya no es suficiente —el nerviosismo se apoderaba de mí, cada vez ingería más y más hasta el punto de dejar de pensar con lucidez—. Lauren, debes entenderme por favor, prometo que después te lo compensaré, solo déjame esta noche para mí sola; sé que estaré bien.*

*—Mer, estas rebasando tus límites y lo sabes. Deberías estar consciente de que, si te dejo esta noche para ti sola, tendrás que estar con 10 hombres, mínimo. No está bien eso, necesitas ayuda, niña —Lauren sonaba como alguien amable que solo quería ayudarme, pero realmente yo no necesitaba ayuda, solo quería más y más, no importaba con cuántos hombres fuera a estar esa noche, sabía que con eso podría conseguir el dinero y poder comprar lo que tanto me hace bien.*

—Lau, por favor, estaré bien, ya lo verás; es más, te daré parte de mis ganancias —estaba haciendo todo lo posible por convencerla y, al parecer, lo estaba logrando.

—Está bien, Mer, pero promete que si llega a pasar algo me llamarás —no sonaba tan convencida, pero aun así había accedido y eso era todo lo que necesitaba.

—Está bien, ya te hablaré si algo pasa —y así fue como finalmente pude deshacerme de Lauren, ahora era momento de ponerme en marcha hacia la habitación del que sería mi primer cliente.

En ese momento no sabía que este cliente sería el primero y el único de la noche. Desearía que Lauren no hubiese accedido a irse, pues nada habría pasado. Siento un gran nudo en la garganta por recordar todo, pero aun así no logro saber cómo fue que terminé aquí. No entiendo cómo, de estar con ese hombre y luego con Emi, terminé aquí.

Podría pasarme la vida entera culpándome de mis malas decisiones, aunque yo no soy la única responsable, también lo eran mis padres. Aun así, no son responsables del camino que elegí.

—¿DÓNDE ESTÁ ESA ZORRA? A TI NO TE QUIERO AQUÍ, NIÑA TONTA —el maldito cliente frecuente de Lauren no paraba de insistir en que no me quería ahí, pero aun así yo no podía hacer nada; necesitaba el dinero, así que lo único que podía hacer era convencerlo.

—Lauren no ha podido venir, tranquilízate, la pasaremos bien —lentamente me acerqué a él y pude sentir cómo se iba tranquilizando o al menos eso pensaba en ese momento.

Luego de eso, lo único que recuerdo fue que él estaba sobre mí, sentía un dolor inmenso y de repente estaba Emi. No sabía cómo, pero Emi estaba ahí y el tipo estaba... ¿muerto?

—*¡Por favor, Mer, vámonos de aquí, te ayudaré con todo lo que necesites!* —*Emi jalaba fuertemente de mi brazo, sollozando.*

—*Necesito trabajar, Emi, déjame en paz. Lo único que me hace bien son las drogas, después de él ya no puedo más, todo fue mi culpa.*

—*Esta no es la mejor manera de lidiar con las cosas y lo sabes. Terminarás matándote.*

Por más que intento recordar lo que pasó, no puedo. El dolor de cabeza me está consumiendo y, por más asqueroso que pueda parecer, recurro a la esquina donde antes había vomitado las pastillas; ahora sí puedo lograr mantenerlas dentro y comienzo a recordar.

—*¡SUÉLTAME, POR FAVOR! ¡VOY A LLAMAR A LAUREN!* —*no podía parar de llorar, el tipo estaba siendo demasiado violento conmigo y simplemente no cedía, me sentía demasiado mal, no creí que esto fuera a pasar, todo se me salió de las manos.*

*Poco a poco fue aumentando la intensidad, y más allá de eso, él comenzó a golpearme. De pronto, me encontraba tirada en el piso mientras me pateaba con fuerza. Estaba comenzando a sentir cómo las costillas intentaban perforarme los pulmones, algo dentro de mí me decía que era el final, pero creo que aún no era tiempo de terminar mi camino.*

—*¿PAPÁ?!* —*Emi estaba al borde de las lágrimas y una gran decepción y angustia se reflejaban en su rostro—.* ¿*QUÉ HACES?*, *¡QUÉ MIERDA TE PASA!* *¡SUÉLTALA, LA ESTÁS LASTIMANDO!*

—*Emi, vete, no quiero que te lastime —mis palabras eran casi inaudibles, pero rogaba porque ella no estuviera ahí y, sobre todo, que él no fuera su padre.*

—*¡ES UNA MALDITA! LAS MUJERES COMO TÚ SOLO SIRVEN PARA ESTO. ESTOS GOLPES SOLO SON UNA PRUBADA DE TODO LO QUE TE HARÉ, PORQUE A PARTIR DE AHORA SOLO SERÁS PARA MÍ.*

Después de haber dicho esto, Emi lo golpeó fuertemente en la cabeza con una de las botellas de cerveza que se encontraban tiradas por toda la habitación. El hombre cayó al suelo, haciendo que poco a poco un gran charco de sangre se formara en el piso.

—*¡Mer, levántate!, debemos irnos, despierta por favor —Emi intentaba ponerme la ropa y levantar mi cuerpo golpeado; en ese momento, solo podía sentirla, pues no podía hablar.*

—*Yo no sabía que ese tipo...*

—*¡Sssh!, no digas nada, resiste todo lo que puedas, debemos irnos de aquí —todo mi peso estaba apoyado sobre los delgados hombros de Emi.*

—*Perdón por no haber llegado antes y evitar que todo pasara —las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras intentaba ayudarme—. Ya estás a salvo, Mer.*

*Sabía a qué se refería y no quería ir con ella. Lo único que haría sería alejarme de lo que me ha ayudado a seguir de pie. Conseguí alejarme de ella, aunque se resistía, retroceder y acercarme más al lugar de donde habíamos salido. En lo único que pensaba en ese momento era en la cantidad de pastillas y sustancias misteriosas que se encontraban en la habitación de aquel que era su padre.*

—Deberíamos irnos de aquí, las cosas se están poniendo demasiado feas, pronto llegará la policía y estaremos en graves problemas —Emi jalaba de mi brazo—. Él ya no está más, debes aceptar que se ha ido, odio decírtelo, pero él así lo quiso, es momento de seguir; Mer, aferrarte a él te hace más daño que las drogas, y lo sabes.

Sin escuchar sus palabras, entré nuevamente a la habitación y su padre ya no estaba; lo único que quedaba era el rastro de sangre por el golpe. Cojeando, caminé hasta el pequeño mueble que guardaba en su interior lo que necesitaba y, como si se tratara de dulces, metí una gran cantidad de pastillas a mi boca y las tragué.

Estaba demasiado drogada como para darme cuenta de que Emi se había ido; creía que estaba sola en la habitación, pero un gran dolor en la espalda me confirmó que no era así. El padre de Emi había clavado su navaja en mi espalda y sentí cómo me desangraba.

## EL PRINCIPIO DE LA OSCURIDAD

Después de desmayarme por la pérdida de sangre, comenzó todo. Ahora lo sabía. Había muerto, quizás me encontraba en una especie de mundo alterno para librarme de todos mis asuntos pendientes.

Luego de unas horas, el efecto de las pastillas había pasado y ella estaba ahí. Vestía un conjunto muy colorido; parecía estar mejor.

—Ahora lo sabes, ¿cierto? Debiste escuchar a Emi, debiste escucharlos a todos —decía esto mientras se acercaba a mí, como si cualquier movimiento en falso fuera a hacerme daño.

— No era momento de irme — apenas y pude notar que las lágrimas comenzaban a salir, ya no había vuelta atrás—, yo solo quería que estuviera conmigo...

—Aún no te has ido, Mer, sigues aquí, ¿acaso no lo ves? Yo pronto me iré, pero podrás seguir sin mí.

—¿A qué te refieres? Tú siempre serás parte de mí, no importa a dónde valla, sé que irás conmigo, pequeña. Después de todo, ya he muerto.

—Mer, tú no has muerto. Yo sí, me convertí en un ciclo que debes cerrar. Debes soltarme, soltarlo y seguir; debes seguir —en ese momento se acercó y me abrazó.

—Estaremos bien, tú estarás bien. Ya no estaremos atrapadas nunca más —terminó el abrazo lentamente, como si no quisiera hacerlo—. Soy una parte de ti que debe irse, conmigo se irá todo; al menos una de las dos debe salir y estar bien. Ahora debes partir, ya estuviste lo suficientemente atrapada en ti.

—Adiós, pequeña Mer. Perdón y gracias por todo —definitivamente esto era una despedida.

—¡DESPIERTA!

Ya no estaba más. Ahora lo único que veía era a Emi y al montón de enfermeros y médicos que intentaban reanimarme. Ya no había oscuridad.

## EL COLIBRÍ DE ANA

*Elsa Arlet Salas Ortiz*

*Ilustración: Ma. Fernanda Martínez Rosales*

Era una mañana fría en Londres. Ana había ganado su cuarto premio a la escritora del año. A pesar de escribir miles de historias de diferentes géneros, ser famosa y poseer mucho dinero, sentía que no era feliz. La monotonía la consumía lentamente. Su rutina se basaba en escribir, tanto que había olvidado la razón por la que lo hacía. Ana era una persona introvertida, lo que le dificultaba entablar relaciones afectivas con otros; por lo tanto, gran parte del tiempo estaba sola. Sin embargo, Ana tenía algo que no todos los habitantes de la ciudad podían tener: un colibrí.

El colibrí era su fiel acompañante. Siempre estaba con ella en las buenas y en las malas, por esta razón lo consideraba su mejor amigo. Un día, Ana decidió dar un paseo por la ciudad con su amigo el colibrí. Ambos observaron cada detalle, en especial, a las diferentes personas que encontraban en su trayecto, como niños jugando en el jardín de un orfanato, enfermos en hospitales, personas desempleadas, entre otros. No obstante, hubo alguien que llamó la atención de Ana, un hombre que se encontraba mendigando, sucio, semidesnudo y sin brazos.

Ana sintió un gran estruendo en el corazón y, sin más, comenzó a llorar. Las lágrimas recorrieron su rostro y cada

gota cayó en el suelo. En ese momento, valoró lo mucho que tenía, especialmente sus brazos y manos, pues eran los que la mantenía económicamente y le ayudaban a transformar sus pensamientos en palabras. Ana no pudo continuar mirando aquella escena, le causaba tanto dolor que decidió regresar a casa. Ella quería hacer algo al respecto, pero no sabía qué. Se quedó pensando por más de diez minutos hasta que se le ocurrió una gran idea. Sabía que no lo lograría llevar a cabo ella sola, por eso decidió contarle a su colibrí en qué consistía el plan.

Ana era una escritora muy buena, así que pensó que podría enviarle mensajes de aliento a todas aquellas personas que se sintieran desdichadas y tristes.







Estaba consciente de que no sería capaz de entregarlos de manera personal, así que el colibrí se encargaría de llevarlos.

El primer mensaje que Ana redactó fue para aquel hombre que había visto mendigando. Su texto estaba lleno de fe y esperanza. El colibrí emprendió el viaje y le entregó el recado. Al leerlo, aquel hombre sintió consuelo y un poco de tranquilidad. Ana esperó el retorno del colibrí y realizó esta actividad más de cinco veces ese día. Enviaba textos a todo tipo de personas, principalmente a las que había observado en su paseo por la ciudad. Esta actividad había cambiado su perspectiva sobre la vida, pues reconoció que existían personas que la estaban pasando peor que ella.

Una noche, Ana le dijo al colibrí que debía llevar un mensaje a un niño del orfanato. Este pequeño se sentía solo y temía que absolutamente nadie quisiera adoptarlo. El colibrí realizó el viaje, sin embargo, las condiciones meteorológicas de aquella noche no eran nada favorables. Ana abrió las ventanas de la habitación y el colibrí emprendió el viaje. Aquella noche estaba muy cansada y no esperó el retorno del colibrí como de costumbre.

A la mañana siguiente, Ana buscó al colibrí, pero este no estaba. La angustia comenzó a invadirla, pues tenía miedo de que algo malo le hubiese pasado. Transcurrieron más de cinco horas y el colibrí no regresó. Ella salió en su búsqueda. Recorrió el camino que sabía que este tomaría. Así, una cuadra antes de llegar al orfanato vio al colibrí tirado en medio de la calle. El colibrí, cansado por el viaje, no se percató de que venía un coche y chocó con él. Ana comenzó a llorar pro-

fundamente al ver a su mejor amigo muerto; sabía que había perdido a su fiel compañero.

Los días pasaron y Ana se sentía muy triste, pues había perdido lo único que la mantenía con la esperanza de seguir viviendo. No soportó el dolor y cayó en una depresión tan fuerte que volvió a ser la misma de antes. Ya no quedaba nada de aquella alegre Ana que tenía un motivo para seguir escribiendo mensajes de aliento, porque su corazón estaba roto.



## ¿LA HA VISTO?

*Francisco Javier Mártir Mártir*

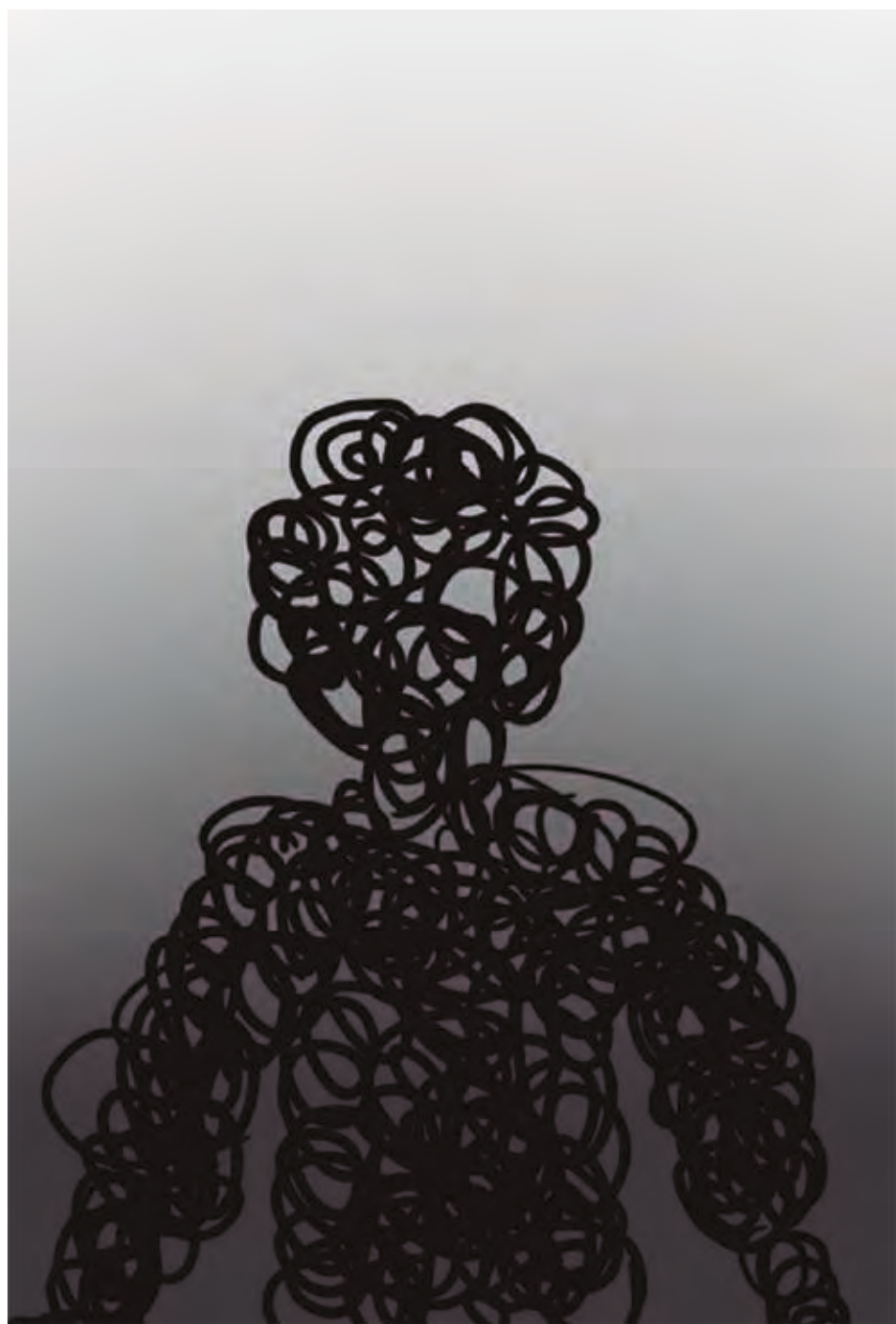
*Autor e ilustrador*

—¿La ha visto! —preguntó Lucía a una mujer en el parque. Aquella señora le respondió que no y continuó su camino.

Lucía ya se encontraba cansada, pues desde temprano había salido a buscar respuestas sobre la desaparición de su amiga, por lo que decidió sentarse en una banca de aquel parque donde se encontraba preguntando a las personas y pegando pequeños carteles. Mientras descansaba, comenzó a recordar cómo es que había terminado en esa situación.

Era un martes nada diferente a cualquier otro día. Lucía notó que las clases ya estaban por comenzar y Andrea aún no llegaba. Se le hizo extraño porque su amiga era muy puntual. Cuando al fin las clases comenzaron, la maestra pasó lista y Andrea todavía no llegaba. El día pasó y las clases terminaron. Entonces, Lucía decidió ir a casa de Andrea para preguntarle por qué no había asistido a clases. Al llegar, solo vio una casa solitaria y descuidada.

Después de reflexionar sobre la poca información que tenía, Lucía necesitaba investigar para comprender lo que sucedía. Se levantó y se retiró de aquel lugar. Mientras caminaba a su casa, recibió una llamada de su padre, quien le recriminó por estar tan involucrada en algo que no era asunto suyo, pero ella solo le respondió “Ya voy a casa” y colgó. En el camino comenzó a recordar algunos detalles sobre la vida de su amiga.





Poco a poco comenzó a relacionar distintos fragmentos de la vida de Andrea que ella le había contado. Sabía que su madre había muerto cuando ella nació, por lo que se quedó sola con su padre. Él fue amoroso y cuidadoso con ella al principio, pero, con el paso de los años y al ser el único a cargo de Andrea, fue cambiando. Comenzó a embriagarse y perdió su empleo.

Lucía ignoraba muchos detalles de su vida, porque la conocía hace poco tiempo; sin embargo, sabía lo suficiente para darse cuenta de que Andrea y su padre eran distantes. Además, el hecho de que Andrea estuviera sola prácticamente todo el día había contribuido de una u otra forma a su desaparición. Todo esto lo pensaba mientras se encontraba recostada en su cama. En ese momento entró su padre a la habitación. Él la notó agobiada y en un tono de voz alto le dijo:

—De seguro estás así por esa niña. Parece que no tiene padres que la busquen; y tú tienes que andar ahí como si te importara o fuera alguien importante.

Lucía simplemente le contestó que lo iba a dejar y que no se preocupara. Hasta cierto punto era consciente de que su padre podía llegar a manipularla. Al igual que Andrea, ella vivía sola con su padre, pero con la diferencia de que él era una persona adinerada; por lo tanto, no le faltaba nada.

Ya había pasado otro día y Lucía seguía sin saber nada. Mientras se encontraba en el parque preguntando a la gente por Andrea, pasó algo que cambiaría todo lo que ella sabía o creía saber. Cuando le preguntó a un hombre sobre su amiga, este la amenazó y le robó su teléfono. Lucía trató de perseguirlo, pero su esfuerzo fue inútil. Esto hizo que se sintiera aún más frustrada por todo lo que estaba pasando: por un lado, había perdido a su mejor amiga y no encontraba la forma de poder ayudarla; y por el otro, su padre no parecía prestarle la atención suficiente.

Lucía llegó a su casa. Era tarde, su padre estaba esperándola sentado en la entrada; y como ya se lo imaginaba, le volvió a reprochar por estar involucrada en un asunto que no era de su incumbencia. Le dijo que pudo huir con su novio o incluso haberse suicidado lejos de todo para escapar de su horrible vida. Pero Lucía sabía que su mejor amiga no era una persona que vivía en tristeza, pues siempre veía lo positivo en la vida y lo valioso de existir. Notaba que su padre lo decía con un tono serio y de seguridad, lo cual la incomodaba.

Lucía seguía conflictuada por el asalto que había sufrido. Entonces, decidió contarle a su padre acerca del robo y aprovechó para pedirle que si le podía comprar otro. Su padre no dudó en responderle que le daría el teléfono que él tenía,

porque en ese momento no merecía uno nuevo, por las actitudes que tenía hacia él.

—Le borraré todo lo que tengo y después te lo doy — le dijo en un tono frío. Lucía asintió con la cabeza, le dio un abrazo y se fue a su habitación. Sabía que necesitaba un poco de tiempo para descansar y asimilar todo lo que estaba sucediendo.

Al poco tiempo, su padre tocó la puerta de su habitación. Despertó y, en un tono de voz adormilado, le dijo que pasara. Él entró, le entregó el teléfono y se fue. A la mañana siguiente, Lucía se encontraba feliz porque tenía un teléfono nuevo, por así decirlo. Su padre ya había borrado todo lo que tenía, como lo mencionó, por lo cual empezó a descargar aplicaciones e intentar recuperar información de su teléfono anterior. Sin embargo, encontró algo que su padre había omitido eliminar, su cuenta de correo electrónico. No quería abrirlo, pues creía que eran cosas sin importancia para ella. Estaba a punto de borrar la cuenta cuando llegó la notificación de un correo: “Ya te depositamos el dinero





que nos pediste por la chica. ¿Tienes alguna otra? Ya sabes que este negocio es de ganar”.

Lucía estaba confundida, no sabía a qué se refería exactamente. Creyó que estaba equivocado el destinatario. Sin embargo, nunca se había cuestionado cómo es que su padre ganaba dinero, es decir, no sabía en qué trabajaba específicamente. Solo veía que salía durante el día y, en ocasiones, en la noche, pero no le importaba tanto como para preguntarle.

Leyó muy bien el mensaje y revisó la bandeja entrada. Encontró más correos enviados por la misma cuenta; incluso, en algunos estaba el nombre de su padre. No había duda de que eran enviados para él. Al parecer, todos los mensajes trataban de lo mismo, temas relacionados con el dinero o negocios y cosas que no lograba entender.

Los correos le habían dado un posible escenario a Lucía sobre el trabajo de su padre. Pero todo empeoró cuando entró a la bandeja de enviados. El último correo era de hace cinco días, el mismo tiempo que Andrea llevaba desaparecida. Cuando lo abrió, leyó la información sobre su amiga y una foto, así como el lugar donde la entregaría. Todo estaba descrito de una manera muy cruel y fría. Lucía comenzó a sentir repugnancia y dolor. Cambió la forma en la que veía a su padre, todo lo que tenía y le había dado.

Fue muy doloroso para Lucía saber lo que le había pasado a Andrea, pero sabía que con todo lo que había leído podía planear algo para hacerle justicia a su amiga y a todas las mujeres que habían pasado por eso a causa de su padre.

Lo que estaba en esa cuenta de correo era suficiente prueba para que su padre fuera detenido. Claro que le dolía

hacer eso, pero le causaba más sufrimiento saber que su padre había sido parte de un daño irreversible para varias mujeres, sabiendo que ella, por ser su hija, no tendría ese destino. Lucía contactó a su tía, que vivía muy cerca de su ciudad, para que viniera por ella.

Esperó a que fuera el día siguiente. Ya tenía un plan elaborado, su tía estaba en la ciudad y solamente esperaba a que su padre saliera. Cuando se fue, Lucía le avisó a su tía para que fuera por ella. Al llegar, se subió al auto y se fueron a tomar acciones legales con la evidencia que tenía para que su padre pagara ante la justicia.

Había pasado el tiempo. Su padre y la red de personas involucradas se encontraban en prisión. Lucía sabía que no podía recuperar a Andrea, pero se reconfortaba sabiendo que al menos había evitado ese horrible destino para otras mujeres.

FIN



## CON FRAGANCIA A SOL

*Esmeralda García Coronel*

*Ilustración: Andrés Rafael Menier León*

A veces, las personas solamente son una guía en el camino de la soledad. Es insólito pensar que podrás quedarte con la misma persona que juraste amar toda tu vida. Así como el Sol y la Luna tienen su propia historia de amor, mi vida y mi alma también la tienen...

¿Tanto piensas que se quedará a tu lado por el resto de tu vida? Existen pensamientos que aún no logro descifrar... es como si el destino nos quisiera cerca, como cuando el arcoíris sale después de la lluvia, pero los cuales no pueden sentirse... tal vez sea el destino o quizás sea el cielo quien nos quiere juntos... ¿por qué en cada ocasión que sueño apareces? Hasta el día de mi muerte seguiré alucinando con tu regreso, mi gran amor, y cuando me encuentre en ese sueño, seremos felices hasta nuestro regreso a la Tierra...

Cuenta la historia de un gran amor entre dos almas que, a pesar de encontrarse en el vacío, seguían anhelando estar juntas. Su nombre era Arul, un alma masculina formada por las estrellas; su rostro resplandecía como el oro, aún recuerdo su fragancia, pero no logro comprender su aroma, es como el mismo Sol. Desde que conocí a mi alma, supuse que estaríamos unidos durante el resto de nuestras vidas. Permanecí toda mi vida enamorada de sus ojos y de esa hermosa fragancia, pero ¿en alguna ocasión imaginaste que esa per-

sona que tanto soñaste podría ser parte de este mundo? Es como si fuese un sueño, lo pude ver en ellos...

*Edda es una chica a quien le gusta soñar despierta. Su corazón estaba formado como una roca, hasta el día en que él apareció en sus sueños.*

Entrar al portal de los sueños no es algo que todos logren realizar. Yo logré entrar en ellos... y ya no quiero salir.

*Cada vez que Edda pensaba en despertar, su corazón lloraba y realizaba lamentaciones.*

No quisiera despertar, quiero quedarme con él por el resto de mis días...

La palabra *amor* no es algo fácil de comprender, hasta que llegas a sentirlo propiamente. Yo lo conocí el día que te encontré. Centrado en dos almas que, a pesar de las circunstancias, sueñan para estar juntas. El amor es algo que todos llegamos a sentir en nuestras vidas; es algo que realmente inicia sin comprenderse.

Siempre me preguntaba lo mismo: “¿por qué tienes un aroma a Sol?, ¿quién eres?, ¿por qué solamente puedo verte en mis sueños?”.

Todos los días me encontraba muy ansiosa por la llegada de la noche. Al caer las estrellas, podía mentalizarme que lo volvería a ver de nuevo. La noche llegó, me preparaba para ir a la cama, pero antes de dormir quise ver la Luna. Me dio mucha tristeza pensar que ella no puede estar cerca de su ser amado, el Sol, que cada vez que amanece y anochece solamente pueden tocar sus rostros con la punta de su nariz.

Con lágrimas en los ojos, entré a casa y me dispuse a dormir. Al entrar a mis sueños, tenía que pasar siempre por



un portal; y antes de llegar al otro mundo, me cruzaba con seres sobrenaturales que bailaban con la melodía del viento. Pero ¿qué estoy haciendo aquí?, ¿por qué estoy en el cielo? Mi piel se desvanece y se vuelve cristalina como el agua, ¿acaso estoy soñando? De pronto, me encontré en un lugar oscuro, pero, en realidad, mi corazón iluminaba esa gran oscuridad, era lo único que brillaba en mí. Una voz sigilosa se escuchaba a lo lejos y decía “Edda, Edda”.

Por más que trataba de coordinar mi oído para encontrar aquel susurro, no podía. La inquietud me estaba matando, ¿acaso me conoce alguien de este mundo?, ¿acaso será él?...

Después de un largo tiempo de caminar por la oscuridad, pude darme cuenta de que se encontraba la luz. De repente, pequeñas luciérnagas cantaban alrededor mío, no lo niego, me encontraba asustada, pero al salir de la oscuridad descubrí que era un túnel enorme llamado El Espejo de la Melancolía. Seguía sin entender por qué mi corazón era el único que brillaba dentro del túnel. Al seguir caminando, vi a las personas que son parte de este mundo, son tal cual como las recuerdo; sus rostros son de personas, pero todos son diferentes a los de la Tierra. Me fui dando cuenta de que algunas personas de este mundo se dirigían al túnel, pero ¿por qué van ahí? El túnel es frío y oscuro...

Volví a escuchar esa voz que me estremecía cada vez que decía mi nombre. Seguí avanzando hasta llegar a un enorme mar. Escuchaba la voz cada vez más cerca... y era él, me gritaba como si estuviera ansioso por verme. Se encontraba de espaldas, pero podía percibir su hermosa fragancia a Sol

a metros de distancia. Cuando me acerqué, escuché otra voz que me decía desesperadamente “¡despierta, despierta!”.

Cuando por fin lo tenía cerca, me dispuse a toser fuertemente... abrí los ojos y no pude ver su rostro ni tocarlo, pero ¿quién es él?, y ¿por qué me hace sentir esto? Efectivamente, me estaba ahogando y mi corazón palpitaba cada vez menos. La voz que me llamaba era de era mi hermana, y mientras mi cuerpo permanecía sobre mi cama, lamentaba mi regreso a la Tierra. Mi cuerpo moría, pero mi alma vivía...

Al día siguiente asistí a la escuela. Era una mañana cálida; trataba de recordar ese bello aroma, trataba de recordar su brillante piel, pero ¿quién era?

En la clase, la maestra nos explicaba sobre los mundos paralelos y el destino de las personas. Me pregunto ¿quién es mi destino? Es extraño pensar en el futuro cuando con esfuerzo puedes sobrellevar el presente. El tiempo transcurría, los días pasaban y no podía recordar lo que había soñado cada día anterior. Tal vez mi agotamiento escolar no me permitía soñar, aunque era extraño no hacerlo, cuando en ocasiones lo hacía despierta.

Una mañana me desperté con una corazonada algo extraña, pero ¿qué estará ocurriendo? Mamá preparaba el té que solía tomar antes de ir a la escuela; lo bebí y salí muy temprano de casa. De camino a la escuela pude observar que el señor Sol estaba más intenso que nunca, lo cual generaba esa gran fragancia. Al llegar a la escuela, ingresé al salón de clases; era una clase de matemáticas, pero no podía concentrarme debido a que una voz decía mi nombre; era esa voz que me llamaba anteriormente en mis sueños. Me asusté un

poco y pedí permiso al maestro de ir al baño, me encontraba enjuagando mi rostro cuando frente al espejo pude recordar lo que había soñado el día anterior: era el chico con aroma a Sol; el espejo me ayudó a visualizar todo lo que había soñado ese día.

Al frotar mis ojos y volverme a ver al espejo, pude observar que mis lágrimas escurrían y sentía el palpitar de mi corazón. Regresé al salón; cuando estaba a punto de entrar, toqué la puerta y alcancé a sentir una energía demasiado fuerte, como si se tratara de una enorme barrera. Abrí la puerta y era un niño nuevo. El maestro lo estaba presentando, pero ¿quién es él?, ¿por qué su olor es como la persona del sueño? Era extraño y no lograba asimilarlo. Quedé paralizada. Después fui a mi pupitre y el niño se colocó al lado mío. No esperaba que el maestro requiriera mi ayuda y pude conocer al chico. Le pregunté su nombre y él contestó: “mucho gusto, me llamo Arul”. Contesté el saludo, pero no podía creer que fuese el mismo aroma.

Transcurrieron los días y Arul se convirtió en alguien demasiado especial para mí. Un día logró confesarme que me había visto en un sueño; le dije que también me había ocurrido lo mismo. Era como si estuviésemos conectados desde hace tiempo, pero qué extraño, pues era la primera vez que lo veía. Con el transcurso del tiempo, supuse que me estaba enamorando de él. Sus ojos eran como dos diamantes, su boca como una cereza y su cuerpo, cuando me abrazaba, era demasiado cálido, como si fuese el Sol, y yo tan fría, como el invierno.





Es inevitable que mis ojos no se llenen de lágrimas cuando lo recuerdo; solo con ver su sonrisa me hacía sentir como el mismo Sol en las épocas de invierno, como esa luz que se encuentra al final del camino. El día más esperado de mi vida llegó, Arul me pidió ser parte de su vida. Aún recuerdo esas fechas, una Navidad tan perfecta que jamás en mi vida volveré a experimentar... al menos eso pensaba en ese tiempo. Cada vez que me encontraba cerca de él era como si el tiempo pasara rápido, como si fuese el viento. En las noticias anunciaban que se acercaba el gran eclipse.

Esa noche me encontraba demasiado entusiasmada por el eclipse solar que se acercaba. Este se prolongaría hasta el 23 de junio del 1999. En las lecturas que realizaba sobre libros fantásticos, explicaban los lazos que existían con seres de otro mundo y los cuales solían darse en los eclipses solares. Todo esto tenía que ver con la intensidad con la que el Sol y la Luna se aman. Me mantuve despierta para observarlo. Arul y yo habíamos planeado verlo al mismo tiempo, pero cada uno desde su casa. El eclipse se acercaba, la hora mágica comenzaba. Este se encontraba en su gran centro, podía observarse perfectamente y fue entonces cuando sentí algo demasiado extraño. Era algo que no logro explicar, un dolor muy fuerte en el alma, pero ¿qué ocurre? Fui a dormir antes de que el fenómeno culminara, no con una grata alegría, ya que algo dentro de mí estaba sucediendo.

A la mañana siguiente, entusiasmada asistí a clases para preguntarle sobre su experiencia con el eclipse solar, pero no asistió; supuse que tal vez ocurrió algún imprevisto, tal vez se le hizo tarde o, muy común de él, debió de quedarse

dormido. El maestro no comentó nada sobre su ausencia en el salón. Los días pasaron y mi angustia por saber de Arul me mataba, era como si nunca hubiese existido. Aún recuerdo la nota que me dejó en mi libreta de matemáticas. Yo no preguntaba sobre él, era como si la Tierra se lo hubiese comido; en el grupo nunca más se volvió a mencionar su nombre. Al pasar los días, lo extrañaba más y más. Tomé mi libreta de apuntes de matemáticas y revisé la parte donde me escribió un pequeño texto, pero no encontraba esa hoja. ¿Qué pasa?, ¿acaso volví a soñar despierta?

Cada día que pasaba estaba peor. Por fin había logrado encontrar el Sol ante semejante tempestad y lo volví a perder. La graduación llegó y Arul no se volvió a mencionar en mi salón de clases. Fue cuando decidí dejar de sonreír, él se había llevado mi corazón y mi gran sonrisa.

*¿Acaso ella sabe lo que está haciendo? La soledad vuelve a invadir su corazón, sus marcas en los brazos son muy notorias.*

Mis días se tornaron grises y lluviosos. ¿Acaso ella sabe lo que está haciendo? La soledad vuelve a invadir su corazón, sus marcas en los brazos son muy notorias. “¿Qué estás haciendo?”, me decía mi conciencia, y mi alma respondía “estoy curando mi dolor”. Era como si hubiese muerto algo dentro de mí. Todos los días dormía en aquella habitación llena de soledad y con esa melodía en la cabeza que me atormentaba día con día.

Cada pequeña cortada era por el dolor que sentía por él. La cicatriz quedaba, pero mi alma seguía llorando. Quizás fue un sueño, quizás nunca estuvo cerca de mí. Hasta ahora es

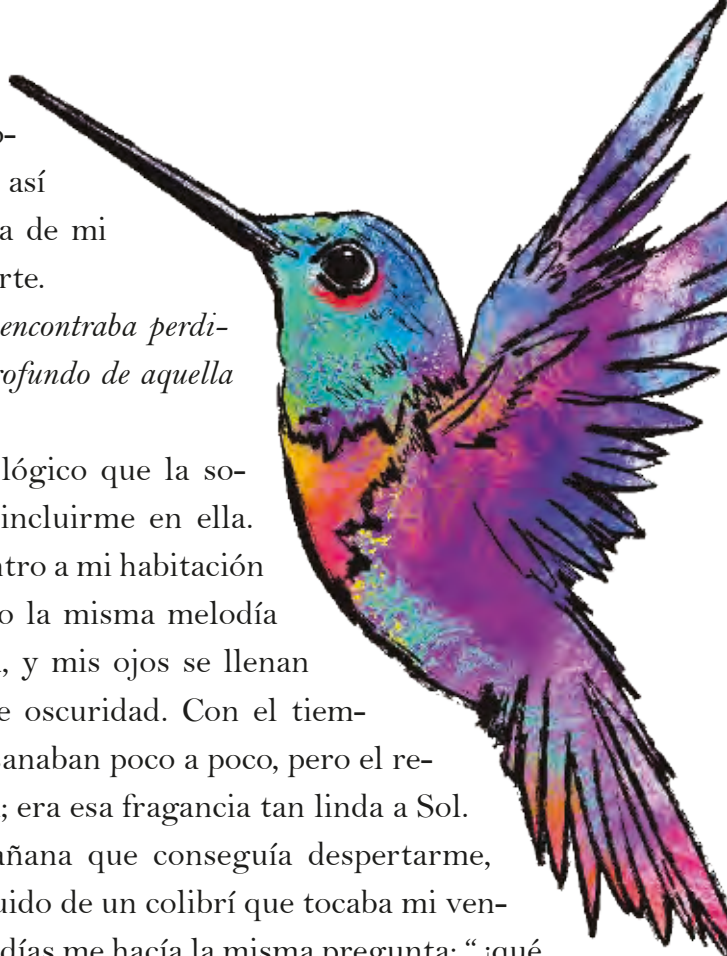
algo que no lo-  
gro descifrar y así  
será hasta el día de mi  
agonizante muerte.

*Edda se encontraba perdi-  
da en el vacío profundo de aquella  
habitación.*

Es algo lógico que la so-  
ledad volvió a incluirme en ella.  
Cada vez que entro a mi habitación  
siempre escucho la misma melodía  
que le dedicaba, y mis ojos se llenan  
de tristeza y de oscuridad. Con el tiem-  
po, las heridas sanaban poco a poco, pero el re-  
cuerdo quedaba; era esa fragancia tan linda a Sol.

Cada mañana que conseguía despertarme,  
era gracias al ruido de un colibrí que tocaba mi ven-  
tana. Todos los días me hacía la misma pregunta: “¿qué  
quiere ese colibrí?”. Aún recuerdo esas épocas de otoño  
cuando el maestro de preparatoria nos explicaba que lo colibrí  
suelen ser almas de los muertos. ¿Acaso será un alma?...  
no lo sé, es como si quisiera decirme algo, era extraño. A ve-  
ces hacía la misma pregunta: “¿qué pasaría con Arul?”. Jamás  
volvió a buscarme.

Los días pasaban y seguía haciéndome adulta. Logré  
pasar etapas complicadas a lo largo de mi juventud. Es difícil  
que un ser tan grande en tu vida se marche sin decir adiós;  
no hablo de Arul, sino de esa persona que me ayudó a crecer



mentalmente. Mi vida pasaba por más dificultades, además de la falta de mi ser amado y el gran vacío que tenía mi corazón por ello. Aunque nunca quise formarme como una persona que une su vida con otro ser humano, me quedé sola esperando la llegada de Arul.

El colibrí seguía visitándome todos los días. Una noche volví a observar a la Luna, era brillante, como ningún día o tal vez sí como algún día. Estaba igual de resplandeciente como la noche que pude tener muy cerca al chico con fragancia a Sol; mis lágrimas se escurrieron y me dispuse a dormir, pues tenía que trabajar al día siguiente y era necesario descansar de manera adecuada.

No me he sentido bien últimamente. Los dolores regresaron, tal vez estaba enferma, pero aun así nunca me rendía, lo seguía buscando. Mientras estaba durmiendo, volví a sentir lo mismo que me ocurrió aquella ocasión: pude entrar al portal de los sueños. ¿Es real?, ¿he vuelto a ser aquella joven soñadora? Ya no bailaban seres sobrenaturales a mi lado, simplemente caminaba en ese vacío cielo color rosa como pastel de fresa; logré pasar por el túnel, mi corazón ya no se encendía, no sabía la razón. El colibrí me encontró, estaba iluminando mi camino en semejante oscuridad.

Pude salir del túnel y el colibrí desapareció. Seguí caminando en busca de la fragancia a Sol, pero no podía sentir ese aroma; mi olfato me estaba fallando, no sé qué era lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué me falla?, no alcanzo a comprender lo que está pasando.

Seguí caminando y mi cuerpo se desvanecía; me pedía a gritos que parara, pero ¿qué sucedía? De pronto, caí. A

lo lejos pude observar una luz; conforme más me acercaba a ella, podía ver lo que estaba pasando. Era la habitación de un hospital demasiado fría con el número 109; rápidamente me pregunté “¿por qué estaba soñando esto?, ¿quién se encuentra en esta habitación?”. Logré abrir la puerta para entrar y observé mi cuerpo; no tenía alguna explicación del porqué estaba en esa cama. Mi piel era pálida y estaba cubierta de mangueras que transportaban el fluir de mi sangre, pero aún más extraño, ¿por qué me estaba viendo a mí misma?, y ¿por qué era adolescente?, ¿retrocedería el tiempo? No recuerdo estar en el hospital, ¿acaso es un sueño? Entonces, comencé a toser pensando que me ayudaría a despertar de esa enorme pesadilla; tosía y tosía, pero no podía despertar.

De pronto, observé que la puerta de la habitación se abrió y volví a percibir ese gran aroma, su fragancia como el Sol. Se abrió y era Arul, pero de adolescente. Mis lágrimas se escurrieron, lo estaba viendo de nuevo; aunque tenía muchas preguntas, solo me importaban: ¿por qué me dejaste?, ¿por qué nunca me buscaste? Esos siempre fueron los dos grandes dilemas en mi vida.

Seguí observando. Arul me dio un beso en la frente; sus lágrimas escurrían y por más que le hablaba fuerte, no lograba escucharme. Mis palabras eran “Arul, Arul, descuida, este es un mal sueño, todo está bien, no llores”. Me sentí muy triste, quería que este sueño se acabara, a pesar de que por fin volvía a verlo y sentir esa hermosa fragancia a Sol.

De la nada, mi madre entró a la habitación con muchas lágrimas en sus ojos. Me fue posible escuchar lo que le decía a mi amado Arul; sus palabras fueron que los doctores me

tendrían que desconectar... ¡qué pasa!, ¿acaso todo este tiempo estuve soñando?, y ¿en realidad la única que se imaginaba aquel futuro después de esa vacía habitación era yo?

Por fin logré entender las cosas. Arul siempre estuvo conmigo, se ausentó unos días porque sus padres tuvieron que mudarse, pero regresó a verme. Sí, lo recuerdo, yo estaba triste y desolada en esa habitación; no medí las consecuencias que me generaron las cortadas en mis muñecas, el no comer y ni hablar del no dormir. Fue un malentendido, Arul regresó.

De pronto, los doctores entraron a la habitación y me desconectaron. Mi cuerpo estaba muerto, pero mi alma vivía tristemente. No fueron las mejores decisiones que pude tomar y mi vida se fue por el camino de la soledad y la tristeza. Ahora entiendo los enormes vacíos que sentía en mi pecho y los dolores de mi corazón, ya estaba enferma desde hace tiempo. También entiendo por qué mi corazón ya no brillaba en aquel túnel, pues ya estaba muerto.

Pero ¿quién era ese colibrí? Es cierto, no todo fue un sueño. Recuerdo que mi madre fue a visitarme a esa habitación de hospital, me dijo desesperadamente y triste que su padre había muerto, eso no fue un sueño, eso fue real. Entonces, el colibrí era el alma de mi abuelo, la cual me guiaba por el camino de la verdad, el que llevaría a mi alma a descansar. Solo me preocupaba una cosa: ¿volveré a sentir ese aroma a Sol?

Pero escúchame, ser amado, el día que nos encontremos en aquel vacío volveremos a estar juntos, así como se unen dos pedazos de tierra para formar una roca y nada ni nadie nos podrá separar. El día que regrese a la Tierra te

buscaré y te amaré por el resto de mi vida; tal vez no recuerde nada cuando me encuentre en ese sueño profundo llamado muerte, pero algo sí te diré: mi corazón seguirá percibiendo ese gran aroma a Sol.

¿Ustedes creen en el regreso de las almas?, yo sí. Mis ojos se hidrataban con las lágrimas que salían de mi corazón, cuando, de la nada, vi y escuché al colibrí:

—Es hora de irnos, el tiempo se ha terminado.

Mi cuerpo mutaba mientras avanzaba a la luz. Sí, también me convertí en un hermoso colibrí y jamás volví a recordar lo que fui.





## SOBRE LOS AUTORES

**Cortés López, Alán Armando** (Coord.). Es licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Veracruzana. Actualmente es editor de la revista digital *Eduscientia. Divulgación de la ciencia educativa* y encargado del Área de Publicaciones, Difusión y Fomento Editorial en la Dirección de Educación Normal. Cuenta con más de diez años de experiencia en corrección de estilo y en el ámbito editorial. Y ha impartido diversos talleres de redacción, corrección y escritura creativa.

**Hernández Basurto, Tania** (Coord.). Es licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV y estudió la Maestría en Lectoescritura de la Universidad Iberoamericana, Puebla. Es docente del Centro de Actualización del Magisterio Xalapa y actualmente está al frente del Departamento de Titulación y Proyectos Estratégicos de la Dirección de Educación Normal. Tiene experiencia como editora de revistas académicas y como correctora de estilo, así como diseñadora y facilitadora de cursos y talleres sobre redacción académica, citación, promoción de la lectura y escritura creativa.

**Aguirre Santos, Griselda.** Tengo 21 años y curso el sexto semestre de la Licenciatura en Educación Primaria en la Escuela Normal “Juan Enríquez”, en Tlacotalpan, Veracruz. Me gusta mucho armar rompecabezas y crucigramas; también soy aficionada a los deportes, en especial al béisbol, fútbol y atletismo. Disfruto mucho las actividades de

construcción y solución de acertijos; de igual forma, tengo interés por la lectura, con una inclinación hacia el género policiaco, así como las historias de fantasía y ciencia ficción.

**Angeles Torres, Luis Enrique.** Nací en la ciudad de Tantoyuca, Veracruz. Actualmente curso el sexto semestre de la Licenciatura en Educación Primaria en el Centro de Estudios Superiores de Educación Rural “Luis Hidalgo Monroy”, en Tantoyuca. Me gusta dar lo mejor de mí; siempre estoy dispuesto a aprender, mejorar y hacer bien lo que hago para compartir algo positivo al mundo.

**Benito Hernández, Auristela.** Tengo 18 años y actualmente curso el segundo semestre de la Licenciatura en Educación Primaria en el Centro de Estudios Superiores de Educación Rural “Luis Hidalgo Monroy”, en Tantoyuca, Veracruz. Mi mayor anhelo es ser una gran docente y ser un modelo para las y los estudiantes. Dentro de mis pasatiempos favoritos están convivir con mi familia, practicar algún deporte y leer.

**Cruz Franco, Jesús Eduardo.** Nací en la ciudad de Huejutla de Reyes, Hidalgo, pero vivo en el estado de Veracruz. Actualmente curso el sexto semestre de la Licenciatura en Educación Primaria en el Centro de Estudios Superiores de Educación Rural “Luis Hidalgo Monroy”, en Tantoyuca, Ver. Me gusta aprender cosas nuevas, especialmente sobre la tecnología.

**García Coronel, Esmeralda.** Tengo 18 años y actualmente curso el segundo semestre de la Licenciatura en Educación Primaria en el Centro de Estudios Superiores de Educación Rural “Luis Hidalgo Monroy”, en Tantoyuca, Veracruz. Siempre doy lo mejor de mí misma en todo momento

y mi más grande aspiración es convertirme en una honorable docente, que no solo transmita aprendizajes de las asignaturas, sino que sea capaz de enseñar a sus alumnas y alumnos las enseñanzas de la vida. Mis sueños son enormes, por eso les pongo un gran empeño para cumplirlos; por ejemplo, sueño con vivir en el extranjero y ser una gran docente de lenguas.

**Hernández Medina, Eddy.** Tengo 18 años y actualmente curso el segundo semestre de la Licenciatura en Educación Primaria en el Centro de Estudios Superiores de Educación Rural “Luis Hidalgo Monroy”, en Tantoyuca, Veracruz, de donde soy originario. Siempre me resulta muy interesante intentar cosas nuevas y el hecho de escribir un cuento me pareció una oportunidad que no podía dejar pasar. Entre mis pasatiempos favoritos están hacer ejercicio, jugar fútbol, ver películas y series, así como leer notas sobre temas científicos. Mi principal meta es ser un gran docente y cumplir con todos los objetivos, tanto profesionales como personales, que me proponga con el pasar de los años.

**López Paz, Ivonne Michelle.** Tengo 19 años y estudio la licenciatura en Educación Primaria en la Escuela Normal “Juan Enríquez”, en Tlacotalpan, Veracruz. Disfruto pasar tiempo con mi familia y amigos; también, leer novelas románticas (con trama cliché) y expresar lo que siento a través de la escritura. Sueño con lograr grandes cosas, como ser una escritora reconocida y una excelente docente.

**Martínez Morgado, María Fernanda.** Tengo 21 años y estudio el octavo semestre de la Licenciatura en Educación

Primaria en la Escuela Normal “Juan Enríquez”, en Tlacotalpan, Veracruz. Me gusta participar en actividades donde pueda explorar, aprender o desarrollar nuevas habilidades; de esta manera, favorezco mi desarrollo personal y profesional. Por esta razón, disfruté hacer esta aportación literaria, porque implicó compartir los resultados de mis dos pasatiempos favoritos: crear y escribir.

**Mártir Mártir, Francisco Javier.** Soy originario de Tantoyuca, Veracruz, y actualmente curso el segundo semestre en la Licenciatura en Educación Primaria en el Centro de Estudios Superiores de Educación Rural “Luis Hidalgo Monrroy”, en Tantoyuca, Ver. Me considero una persona solidaria y empática, pues me gusta ayudar a los demás. Además, me gusta tomar decisiones que mejoren el mundo para todas y todos los que vivimos en él.

**Ortiz Mauro, Valeria.** Tengo 20 años y estudio el sexto semestre de la Licenciatura en Educación Preescolar en la Escuela Normal “Juan Enríquez”, en Tlacotalpan, Veracruz. Quiero ser educadora porque puedo ayudar a las niñas y los niños a desarrollar sus habilidades, intereses y trabajar en sus necesidades. Me motiva saber que puedo guiarlos en una etapa tan importante para su desarrollo, como lo es la infancia. Además, los momentos que se viven con ellas y ellos son muy gratificantes y aprendes cada día. Mis intereses personales son la educación, la psicología, las artes visuales y la literatura.

**Pérez Aradillas, Marco Uriel.** Curso el segundo semestre en la Licenciatura en Educación Primaria en el Centro de Estudios Superiores de Educación Rural “Luis Hidalgo

Monroy”. Mi sueño es ser un docente que cree lazos en el proceso de enseñanza-aprendizaje con niños en un ambiente de confianza, lleno de emoción, alegría e imaginación. Mi interés personal es la danza, la cultura y el arte mexicano, así como expresarme emotivamente escribiendo.

**Puga Colorado, Mariana.** Estudio el octavo semestre en la Licenciatura en Educación Preescolar en la Escuela Normal “Juan Enríquez”, en Tlacotalpan, Veracruz. Me gustan las artes plásticas y crear bajo un significado. Por eso, mi cuento, “¿Dónde está Shushus?”, refleja una de mis creaciones artísticas, donde, a partir de la pregunta ¿qué hace mi gata cuando no está en casa?, mi imaginación respondió a esa interrogante.

**Rincon Morales, Marco Antonio.** Actualmente curso el segundo semestre de la Licenciatura en Educación Primaria en el Centro de Estudios Superiores de Educación “Luis Hidalgo Monroy”, en Tantoyuca, Veracruz. Mi mayor aspiración es ser un docente que las y los estudiantes puedan ver como un ejemplo y en quien confiar. Mi pasatiempo favorito es la lectura de ciencia ficción y romance. Con mi cuento busco ayudar a que se normalice ser parte de la comunidad LGBTQ+, así como demostrar mi apoyo para tener una familia inclusiva; además, como parte de esta comunidad, me hubiera gustado leer este tipo de cuentos.

**Salas Ortiz, Elsa Arlet.** Tengo 22 años y curso el octavo semestre de la Licenciatura en Educación Primaria en la Escuela Normal “Juan Enríquez”, en Tlacotalpan, Veracruz. Decidí ser docente porque creo firmemente en que, a través de la educación, podemos construir un mundo mejor. Me

gusta leer porque por medio de la lectura puedo vivir, sentir, conocer e imaginar otros mundos. También me gusta escribir, ya que, por esta vía, puedo expresar lo que siento.

**Torres Zamorano, Eva María.** Soy originaria de Lerdo de Tejada, Veracruz. Actualmente curso el cuarto semestre de la Licenciatura en Educación Preescolar en la Escuela Normal “Juan Enríquez”, en Tlacotalpan, Ver. Me gusta dibujar, pintar y aprender algo nuevo cada día; también amo compartir el tiempo con mi hija, que es la persona más importante de mi vida y quien me inspiró para poder crear mi cuento: “La familia de Mena”.

## **SOBRE LOS ILUSTRADORES**

**María Fernanda Martínez Rosales.** Es licenciada en Artes Visuales por la Universidad Veracruzana. Ha colaborado con el Centro de las Artes Indígenas y National Geographic México. También ha participado en exposiciones colectivas de escultura, pintura y cerámica. Actualmente trabaja como docente de preescolar en el Jardín de Niños “Elba Posadas Quinto”, en La Laguna, Veracruz, así como ilustradora y diseñadora gráfica en la Dirección de Educación Normal.

**Andrés Rafael Menier León.** Es licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad Hernán Cortés y cuenta con una Especialidad en Diseño Editorial por la Universidad Gestalt de Diseño, ambas en Xalapa, Ver. Actualmente es diseñador e ilustrador en la Dirección de Edu-

cación Normal. Además, cuenta con más de diez años de experiencia en las artes visuales, cuyo trabajo lo ha llevado a participar en cinco exposiciones colectivas. Entre sus técnicas más utilizadas están el óleo y la ilustración digital.

*#EntreCuentosNormalistas*, de Alán Armando Cortés López y Tania Hernández Basurto (Coords.), se terminó de editar en septiembre del 2022 en la Dirección de Educación Normal, Río Tecolutla núm. 33, col. Cuauhtémoc, C. P. 91069, Xalapa-Enríquez, Veracruz. Cuidado de la edición: Alán Armando Cortés López y Tania Hernández Basurto (Coords.).





#*EntreCuentosNormalistas* es el resultado del taller de creación literaria con el mismo nombre, impartido por la Dirección de Educación Normal a las y los estudiantes de la Escuela Normal “Juan Enríquez” y del Centro de Estudios Superiores de Educación Rural “Luis Hidalgo Monroy”, con la finalidad de ofrecerles acompañamiento en la elaboración de sus cuentos. Todo este proceso resultó en una gran experiencia para ambas partes, pues esta contribución literaria demuestra, entre otras cosas, la capacidad creativa y el gran aporte artístico de las y los estudiantes normalistas. Por lo tanto, estos cuentos llevan de la mano al lector por múltiples escenarios y fantásticas historias, producto de la imaginación de las y los jóvenes normalistas.



**EDUCACIÓN**  
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA



**DGESuM**  
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN  
SUPERIOR PARA EL MAGISTERIO

 **CONAEN**  
CONSEJO NACIONAL DE AUTORIDADES  
DE EDUCACIÓN NORMAL

 **CRESUR**  
Centro Regional de Formación Docente  
e Investigación Educativa



**VERACRUZ**  
GOBIERNO  
DEL ESTADO



**SEV**  
Secretaría  
de Educación

**SEMSyS**  
Subsecretaría de Educación  
Media Superior y Superior

**DEN**  
Dirección de Educación  
Normal